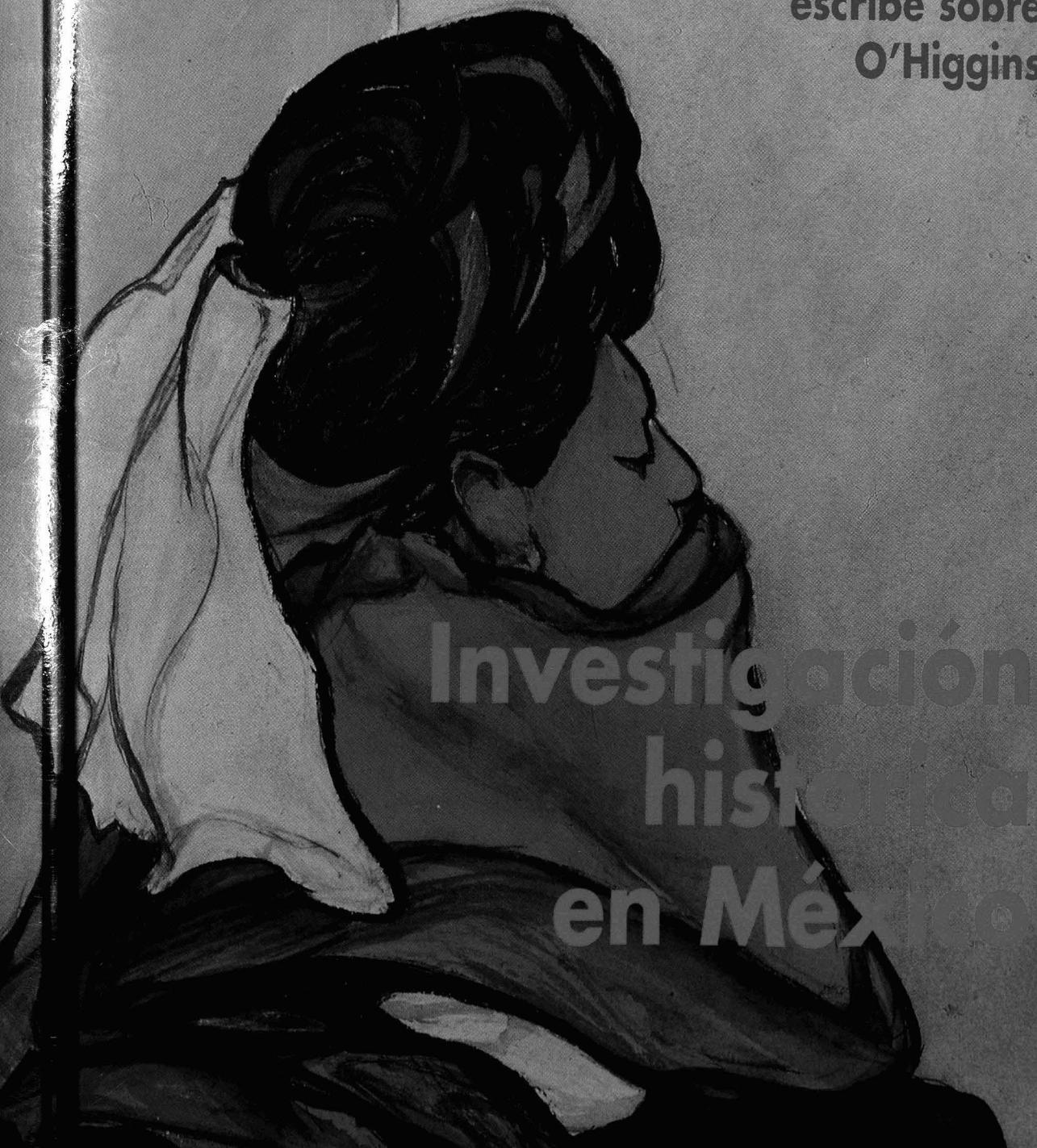


Foto: H. J. / 33

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO MAYO 1995 NÚM. 532

Alberto Híjar
escribe sobre
O'Higgins



Investigación
histórica
en México



Colón descubridor del Nuevo Mundo



Peces voladores en el mar

BIBLIOTECA NACIONAL

FONDO RESERVADO

Grabados del siglo XVI de Teodoro de Bry

Tomados del libro IV de la serie *América* del mismo autor

Archivo Fotográfico IE-UNAM



UNIVERSIDAD DE MÉXICO
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Humanidades

Director: Alberto Dallal

Consejo Editorial: José Luis Cecena, Alberto Dallal, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Mario Melgar Adalid, León Olivé, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitol, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro, Miguel José Yacamán

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster

Publicidad y relaciones públicas: Áurea María Vericat

Administración: Leonora Luna Téllez

Diseño y producción editorial: El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

Oficinas de la revista: Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, México, D.F., 14000. Apartado Postal 70288, México, D.F., 04510. Tel. 606 1391 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DCC Núm. 061 1286. Características 2286611212.

Impresión: Offset Rebosan, S.A. de C.V., Zacahuitzco 40, Col. Portales, 03300.

Distribución: Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, México, D. F., 03100, y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: N\$15.00. Suscripción anual: N\$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

PORTADA: Pablo O'Higgins, *Mujer de Cuetzalan*, 1983, acuarela/papel, 55 x 40 cm. Foto: Mario Casasola. Cortesía del Museo Dolores Olmedo Patiño

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ	◆ 3 ◆	La historiografía mexicana en las décadas recientes
ANTONIO DELTORO	◆ 7 ◆	Atardecer
MIGUEL LEÓN-PORTILLA	◆ 8 ◆	La historia antigua de México
CLARA E. LIDA	◆ 11 ◆	Los historiadores españoles exiliados en México
PILAR GONZALBO AIZPURU	◆ 15 ◆	En busca de la gente sin nombre
BEATRIZ ESPEJO	◆ 19 ◆	El tañer de las campanas
GISELA VON WOBESER	◆ 22 ◆	Cincuenta años del Instituto de Investigaciones Históricas
ARTURO GÓMEZ-LAMADRID	◆ 26 ◆	Raymond Aron: la historia-acción
ALBERTO HÍJAR	◆ 33 ◆	O'Higgins: la línea gruesa
PATRICK JOHANSSON K.	◆ 39 ◆	En el principio era la danza...
MATSÚO BASHŌ	◆ 43 ◆	Memorias de un esqueleto a la intemperie
FELIPE CASTRO GUTIÉRREZ	◆ 48 ◆	Historia y antropología: asuntos de familia
WOLFDIETRICH SCHNURRE	◆ 52 ◆	En la huida
NELSON PAPAVERO Y JORGE LLORENTE-BOUSQUETS	◆ 54 ◆	Maupertuis y la teoría evolutiva

MISCELÁNEA

ANA BARAHONA	◆ 61 ◆	David Hull: cambio conceptual y evolución biológica
MAGDALENA GALINDO	◆ 64 ◆	Una larga metáfora sobre la vida
MARGARITA VÁZQUEZ CASTILLO	◆ 66 ◆	Fecundidad en el Estado de México
EMILIO GARCÍA MONTIEL	◆ 67 ◆	Sordomuda
JOSÉ EDUARDO SERRATO CÓRDOVA	◆ 68 ◆	Usos sociales del humor en <i>El desfile del amor</i>
	◆ 70 ◆	Colaboradores

Presentación



La historia es arte y es ciencia. Emparentada durante largos siglos con la crónica, la novela, la épica, sólo hasta el siglo pasado se desprende de su polo imaginativo, casi fantástico —la realidad supera siempre a la esoteria y a los sueños— para hacerse de procedimientos más rígidos, más “objetivos”, menos discutibles e interpretativos. Si antes contaban, ante todo, la calidad de las percepciones del historiador, ahora, sin erradicar la sustancia de sus intuiciones, vendrán a apoyarlo desenvueltos sistemas de comprobación objetiva. Sus miramientos y funciones, sin embargo, hacen de la historia —aun en esta época de torbellinos cuestionadores e iconoclastas— un atractivo universo imprescindible. Su operatividad de lente que permite la visualización del futuro; su papel de aguafiestas en las bacanales e invasiones del poder y el autoritarismo; sus señalamientos cuando con el ejemplo de cuitas pasadas aconseja al más cambiante y revolucionario de los dirigentes, hacen de la historia un fluido y sonado bebedero intelectual. Y como vieja y testaruda comadrona —atenta a los procedimientos del parto y también a las formalidades del caso— la historia posee capacidades para advertir, ubicar y darle nombre a cuanto nuevo vástago de la organización humana aparece, ya sea con advertencia o felicitación. La historia indicará con creces qué tanto del pasado se roban jóvenes y viejos, hombres y mujeres, débiles y poderosos para erigir sus nuevas instituciones o para criticarlas y superarlas.

México es una nación pródiga en historia e historiadores. La investigación de la historia es, en el país, tradicional y brillante campo de acciones, de doctrinas, de técnicas, libros y protagonistas. Las obras de los historiadores mexicanos han acompañado a sus próceres y a gobernantes; también a malos conductores quienes, ante sus incapacidades para interpretar las señas y señales de la historia, a veces han preferido prescindir de ese aura que, de manera general, podemos llamar “escrúpulo histórico”: a saber, cierto pudor o prurito de dirigir empresas e instituciones, cambios e instauraciones sociales con sentido o autoconciencia de la relación pasado-presente-futuro.

En este número hemos acudido a la información, el conocimiento y los comentarios de algunos destacados historiadores para exhibir una revisión amplia de lo que la historiografía mexicana ha realizado en los años recientes. Hemos hecho coincidir esta selección de “exámenes” con la celebración, a todas luces regocijante, del medio siglo del Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra Universidad. Nada mejor para el lector universitario o inclinado a aprovechar la cultura universitaria, que esta muestra descriptiva de hechos, obras, actitudes y figuras de hacer histórico. ♦

La historiografía mexicana en las décadas recientes



JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Los cambios profundos que ha sufrido nuestro mundo en el medio siglo que siguió a la segunda Guerra Mundial resultan sorprendentes. A fines del siglo XIX, Henry Adams notaba con estupor el aceleramiento de la historia; sin embargo, a los que hemos vivido una buena tajada del XX nos parece insignificante. Incluso es difícil listar los cambios: grandes revoluciones político-sociales, dos conflagraciones mundiales, formación de bloques ideológicos y económicos, increíbles descubrimientos de la ciencia y de la técnica y sus efectos secundarios sobre nuestra Tierra, nuevos medios de comunicación masiva y la consecuente globalización, el sorpresivo desmoronamiento del mundo “socialista”, etcétera. Es indudable que todos estos hechos han influido para transformar nuestra percepción del pasado.

La historia siempre está presente en la vida mexicana, seguramente porque al convivir con nuestras raíces, nos siguen conmoviendo las derrotas y glorias pretéritas y todo lo que se refiere al pasado tiene público. Eso ha permitido que la historiografía mexicana haya mantenido su lugar como género importante. Mas la profesionalización de la historia es bastante reciente: antes de la década de 1940 buena parte de los historiadores provenía de las filas de la abogacía. El tiempo lento y rutinario de la vida era propicio para que personas sensibles, educadas e interesadas en el pasado consolidaran su formación en bibliotecas privadas, nutriéndose de obras clásicas y de “antigüedades” mexicanas. Una vez despertada la curiosidad, pasaban naturalmente a empeñarse en la búsqueda de documentos y huellas del pasado. Por supuesto que difícilmente sobrevivían si no contaban con un peculio o ejercían con éxito la política, la diplomacia, la abogacía, el periodismo o tenían puestos burocráticos. Esa pequeña élite se habría de conformar muchas veces alrededor de diversas instituciones como el Museo Nacional (1824) o la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1833), donde compartían inquietudes, intercambiaban conocimientos y promovían la fundación de instituciones académicas, de

repositorios documentales y bibliográficos y la publicación de muchas obras clásicas.

En esta forma, la historiografía estaba sujeta a muchas circunstancias fortuitas. Aires menos inseguros empezaron a soplar a partir de fines de la década de 1930 con la aparición de importantes instituciones. En 1939 se estableció el Instituto Nacional de Antropología e Historia que, en 1956, crearía su Departamento de Investigaciones Históricas. En 1940 la Casa de España en México se transformó en El Colegio de México, que al año siguiente fundaría su Centro de Estudios Históricos. En 1944 se organizó el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, al tiempo que la Facultad de Filosofía iniciaba sus seminarios de especialización, para que los graduados que obtenían maestría en historia pudieran acceder al doctorado. Estas y otras instituciones, como los institutos de Investigaciones Estéticas, Jurídicas y Sociales, iban a crear las condiciones que favorecían la investigación histórica.

Uno de los obstáculos que enfrentaba la dedicación a la historia era la polarización existente entre los miembros del gremio. La disputa sobre los orígenes los dividía en hispanistas e indigenistas, mientras que la ideología, la metodología y la concepción de la verdad histórica los fragmentaba en diversos grupos. Todavía algunos historiadores concebían su tarea como la búsqueda de “datos inéditos” que, acumulados, “algún día” permitirían conocer la “verdad”. Por supuesto que había estudiosos que trascendían esa estrecha visión y concebían la función de la historia en un marco más amplio, a lo cual iba a contribuir la labor de discusión iniciada por el Fondo de Cultura Económica desde su fundación en 1934, con su ambicioso programa de traducción de obras clásicas y modernas indispensables en las ciencias sociales y las humanidades. Todo ello permitió que la vida académica fuera conquistando madurez, a pesar de la estrechez económica.

La llegada de los intelectuales españoles a partir de 1939 significó un gran impulso para los estudios históricos en México. Entre los exiliados se encontraban Rafael Altamira,

José Iglesias, Wenceslao Roces, Pedro Bosch Gimpera, José Miranda, Agustín Millares Carlo, Javier Malagón, José María Miquel y Vergés y el filósofo que habría de modelar a toda una generación de historiadores de las ideas, José Gaos. Es decir, historiadores de gran talla que representaban diversas corrientes de pensamiento se sumaban a ilustres mexicanos como Pablo Martínez del Río, Manuel Toussaint, Antonio Gómez Robledo, Luis Chávez Orozco, Manuel Othón de Mendiábal, Ángel María Garibay, Alfonso Caso, Justino Fernández, Silvio Zavala, Alfonso Teja Zabre, José C. Valadés, Daniel Cosío Villegas, Edmundo O'Gorman, etcétera, para contribuir a renovar la vida académica mexicana.

La maestría en historia que se cursaba en la Facultad de Filosofía de la UNAM o en la Escuela Normal Superior habilitaba a los graduados a impartir clases. En ese sentido, la maestría en historia de El Colegio de México, organizada por don Silvio Zavala, con su aspiración de formar investigadores significó una revolución. Contribuyó también con otras innovaciones; amplió el marco de interés por la historia de Hispanoamérica, aunque ceñido a la época colonial, y exigió dedicación exclusiva a profesores y alumnos. Hay que subrayar que la estrecha colaboración entre el INAH, El Colegio de México y la UNAM fue muy fructífera. El Seminario de Historia del Pensamiento en Lengua Española, dirigido por José Gaos, permitió que varios universitarios y colegiales elaboraran tesis que se convirtieron en modelo, entre ellas las de Leopoldo Zea, Pablo González Casanova, Monelisa Pérez Marchand y Luis Villoro. De las tres promociones de colegiales resultó una cosecha de distinguidos historiadores cuya preparación *profesional* les permitiría hacer una importante contribución al cultivo de diversas ramas de la historiografía en varias instituciones.

El ambiente permitió que para 1945 se definieran tres corrientes de pensamiento histórico: el materialismo, el historicismo y el neopositivismo. Por entonces el marxismo no cobraba la importancia que adquiriría durante las décadas de los sesentas y setentas, de manera que el enfrentamiento principal se daba entre el neopositivismo, que representaba don Silvio Zavala, y el historicismo, que defendía Edmundo O'Gorman. La rica prosa de Luis González nos informa cómo

En 1945 tuvo lugar en México una interesante confrontación de ideas entre Edmundo O'Gorman y Silvio Zavala, representantes, respectivamente, del relativismo y del neopositivismo. Después de una discusión inicial, ambos polemistas acordaron presentarse a un duelo ideológico acompañados de padrinos. O'Gorman llevó a José Gaos y a Ramón Iglesia; Zavala invitó a don Rafael Altamira y a don Domingo Barnés...¹

Seguramente estas discusiones le sugirieron a don Edmundo su *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947); sin

¹ Luis González, "La pasión del nido", en *Historia mexicana*, xxv: 4, 1976, p. 537, nota 11.

embargo, su preocupación central era ya la de la entrada de América a la historia, planteada en *Fundamentos de la historia de América* (1942) y perseguida en la elaboración de un enjundioso libro, *La idea del descubrimiento de América* (1951), para culminar en *La invención de América* (1958). Su extensa obra incluye interpretaciones lúcidas personales de la historia mexicana, en especial, *Supervivencia política mexicana, México, el trauma de su historia* y *Destierro de sombras*, todas contribuciones fundamentales a la historia de las ideas. Aunque don Edmundo desafiaba la simple búsqueda de datos, tenía una sólida experiencia en el Archivo General de la Nación, junto a un conocimiento profundo de los cronistas e historiadores mexicanos y de la historiografía y filosofía occidental. Sus innovadoras clases de historia de la historiografía, geografía histórica y filosofía de la historia y el seminario de investigación, formaron generaciones de historiadores convencidos de las limitaciones del conocimiento histórico y de la necesidad de recrear el pasado. Gracias a la colaboración de algunos de sus discípulos, entre los cuales destacó un gigante de la docencia, don Juan Ortega y Medina, la escuela de O'Gorman se abrió paso, con gran dificultad, en la Facultad de Filosofía, hasta convertirse en la predominante para los años sesentas. Las enseñanzas de O'Gorman se extendieron a otras instituciones, entre ellas el departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, la Veracruzana y el propio Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

A Zavala, en cambio, le atraían las instituciones, la legislación y la historia social y abriría causas que seguirían muchos de sus discípulos. Junto a ensayos históricos como *La encomienda indiana, Instituciones jurídicas en la conquista de América* (1935), *La filosofía política de la conquista de América* (1947) y *Ensayos sobre la colonización española en América* (1944), concentró su trabajo en la publicación de grandes colecciones de documentos sobre la historia social, con especial referencia al trabajo en Hispanoamérica. Tanto Zavala como O'Gorman tenían formación jurídica y los dos se interesaban por el pasado colonial de América, es decir, traspasaban el provincialismo tradicional concentrado en la historia mexicana. Pero mientras el temperamento de Zavala le permitía afirmar la posibilidad de ser objetivo, don Edmundo, polémico y apasionado, iba a ser el terror de los neopositivistas, convirtiéndose en el *enfant terrible* de las reuniones académicas. Zavala combinó tareas diplomáticas con el ejercicio de la historia. O'Gorman dedicó su vida a la academia.

Durante la década de 1950, en un ambiente en que vibraba la preocupación por "lo mexicano", después de presenciar los excesos de la guerra de huesos de Cortés y Cuauhtémoc, la UNAM se trasladaba a la Ciudad Universitaria. La profesionalización de la historia parecía asegurada cuando El Colegio de México suspendió sus actividades docentes formales. La creatividad del tercer gran mentor de historiadores, don Daniel Cosío Villegas, iba a experimentar con el seminario como vía de formación de historiadores. El abogado, sociólogo, econo-

mista, crítico implacable, editor y promotor, preocupado por encontrar respuestas a los problemas mexicanos, iba a emprender la aventura de desentrañar la historia moderna de México, desde 1867 hasta 1910. Fue innovador en muchos sentidos. Después de asegurar un buen financiamiento, formó su seminario con miembros graduados en historia o ciencias sociales. Los que tenían experiencia se constituyeron en investigadores y los jóvenes que se iniciaban, se consideraron ayudantes. La finalidad del seminario era doble, por un lado, contribuir al mejoramiento de sus miembros y, por el otro, elaborar la historia total del periodo. Este primer seminario interdisciplinario se estableció sin el bombo y platillos que



tendrían los posteriores. Don Daniel fijó una ruta de trabajo simple: el jefe de cada volumen presentaba un proyecto inicial con su lista de fuentes y éste se discutía en el pleno del seminario; una vez aprobado, se distribuían los temas entre el jefe de volumen y sus ayudantes, que procedían al fichado, clasificando el material por temas. Cuando se consideraba que se tenía el material suficiente, se procedía a la redacción. El seminario discutía cada parte para afinarla o corregirla, práctica que acostumbró a la crítica a todos sus miembros. Del éxito del seminario resultaron diez grandes volúmenes que cubrieron la historia política, social, cultural y económica de la República restaurada y el Porfiriato. Más tarde, pero con menos éxito pues le fallaron los autores de cinco de los primeros volúmenes, organizó la *Historia de la Revolución mexicana*; en cambio, pudo llevar a buen fin *La historia general de México*.

Mientras tanto, el mundo y México se transformaban al influjo de las comunicaciones masivas. Se abrieron posibilidades de viajar y estudiar en el extranjero, mientras que historiadores norteamericanos y europeos visitaron frecuentemente nuestras instituciones. El Centro de Estudios Históricos reinició su maestría en 1962 y para 1969 decidió concentrar sus esfuerzos en formar doctores. Gracias a un financiamiento externo se consiguió invitar a profesores extranjeros, y el Centro de Estudios Internacionales se vio en la posibilidad de incursionar en el pasado mundial, lo que permitiría ampliar el lente con que se observaba el pasado y renovar el estudio de la historia diplomática.² La UNAM, por su parte, además de empezar a recibir una avalancha de aspirantes, también amplió sus perspectivas a través de sus diversas instituciones. La Facultad de Filosofía estimuló especialidades atractivas, gracias a su excelente profesorado en la historia de las ideas, prehispánica, del arte, latinoamericana o de la historiografía, entre otras áreas.

En los nuevos y viejos historiadores se notó una mezcla de inquietudes propias con ecos de fuera. En el lento proceso de transformación de la historiografía tendría importancia la aparición de obras de profunda influencia, entre las que podríamos citar *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz (1949), *New Spain's Century of Depression* de Woodrow Borah (1951), *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II* de Fernand Braudel (1953), *América como conciencia* de Leopoldo Zea (1953), *La formation des grands domaines au Mexique* de François Chevalier (1952), *El proceso ideológico de la independencia* de Luis Villoro (1953), *La diputación provincial y el federalismo mexicano* de Nettie Lee Benson (1955), *La filosofía náhuatl* de Miguel León-Portilla (1956), *Social Bandits and Primitive Rebels* de Eric Hobsbawm (1959), *El liberalismo mexicano* de Jesús Reyes Heróles (1961-1962), *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610* de W. W. Borah y S. F. Cook (1960), *The Aztecs under the Spanish Rule. A History of the Valley of Mexico, 1519-1810* de Charles Gibson (1964), *La democracia en México* de Pablo González Casanova, *Mexican Liberalism in the Age of Mora* de Charles Hale (1968), *Crown and Clergy in Colonial Mexico, 1759-1821* de Nancy Farris (1968), *Zapata and the Mexican Revolution* de John Womack (1969), *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810* de David Brading (1971), *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca* de William Taylor (1972), *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl* de Alfredo López Austin (1972), *La formación del poder político en México* de Arnaldo Córdova (1972), *La cristiada* de Jean Meyer (1973) y aún la traducción del libro de los soviéticos M. S. Alperovich, B. T. Rudenko y N. M. Lavrov, *La Revolución mexicana* (1962), que hoy se antojaría simplista pero que al traducirse causó cierto revuelo.³

² Ejemplo temprano sería el libro de Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, 1968.

³ Estamos seguros de ser injustos y aventuramos un compromiso enorme pues para ser más justos requeriríamos de un verdadero estudio historiográfico, que este ensayo no puede pretender. Puede consultarse el libro de E. Florescano, *El nuevo pasado mexicano* (1991) para obtener una visión de conjunto.

Acontecimientos y nuevas ideas inclinaron a los noveles historiadores hacia temas inéditos y a una actitud ecléctica, por lo menos hasta que en el ambiente propicio de fines de la década de 1960, la influencia de los movimientos de liberación nacional, la teoría de la dependencia⁴ y la nueva historia marxista europea constituyeran una corriente que dominaría la docencia. Las reuniones de historiadores vieron la participación de científicos sociales, con lo que la sociología, la demografía, la antropología, la ciencia política y la economía empezaron a tener una influencia creciente en los acercamientos históricos; también estudiosos de esas ramas del conocimiento se avocaron a hacer estudios históricos o terminaron por ser investigadores históricos.⁵ La historia cuantitativa y la nueva historia económica se convirtieron en centro de atención.

Los nuevos intereses inspiraron un cambio importante en la historiografía, incursionando en nuevos temas y archivos. Es posible subrayar dos obras que formarían escuela: *Pueblo en vilo* de Luis González (1968) y *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810* de Enrique Florescano (1969). El primero impulsó la microhistoria y el segundo la historia cuantitativa y económica. Con ágil pluma y amplio conocimiento de la historia nacional, don Luis pudo dar vida al devenir de su terruño en el marco del acontecer del país, situación que casi nunca sortearon con éxito sus seguidores. De todas formas, la nueva historia regional ha hecho grandes aportaciones para el conocimiento de nuestro pasado.

La historia económica tenía alguna tradición en historiadores como Luis Chávez Orozco, José Miranda, Silvio Zavala y Jan Bazant;⁶ sin embargo, con el instrumental utilizado por algunos historiadores de la escuela de los Anales se hacían estudios cuantitativos; por otro lado, el libro de Florescano afectaba planteamientos de la historia colonial y de la Independencia. Su autor se hizo cargo del Departamento de Investigaciones Históricas del INAH, por lo cual pudo promover una serie de seminarios que hicieron aportaciones en la historia económica, urbana y de las mentalidades.

⁴ André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies in Chile and Brazil* (1967); Fernando Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1968); Stanley y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America. Essays on Economic Dependence in Perspective* (1970). Puede consultarse el ensayo de Tulio Halperin, "Dependency Theory and Latin American Historiography", en *Latin American Research Review*, núm. 17, 1982.

⁵ Tal el caso de Moisés González Navarro que había hecho estudios de sociología, preparación que le permitiría incursionar en múltiples aspectos de la historia mexicana de los siglos XIX y XX.

⁶ Para ampliar el panorama puede consultarse el balance de "Historia Económica y Social" de E. Florescano y A. Moreno Toscano, en *Historia Mexicana*, xv: 2-3, 1966; la reseña de Eric Van Young, "Mexican Rural History since Chevalier: the Historiography of the Colonial Hacienda", en *Latin American Research Review*, xvii: 3, 1983 y los artículos de Manuel Miño, "Estructura económica y crecimiento: la historiografía económica colonial mexicana" y Herbert Klein, "Historia fiscal colonial: resultados y perspectivas", en *Historia Mexicana*, xlii: 2, 1992.

Los estudios generados a causa de la preocupación por situar la entrada del capitalismo en México se divorciarían poco a poco de las ortodoxias y, aprovechando aportaciones de la historia social, realizarían propuestas incisivas. La historiografía social siguió múltiples caminos,⁷ aunque tal vez la influencia dominante fue la de los Anales con su empeño por estudiar procesos de larga duración. Moisés González Navarro, pionero de esta corriente, prefirió utilizar un esquema más weberiano en sus obras y las de sus múltiples discípulos.

Los nuevos acercamientos al pasado mexicano favorecieron el estudio de la Colonia, en especial del siglo XVIII, y de la Revolución pero no tardaron en representar un verdadero desafío a la historia política y a la cronología tradicional. Las aportaciones mexicanas y extranjeras al estudio del siglo XVIII también han abierto causas para revisar la Independencia y "los años olvidados" (1821-1854), y han desembocado en lo conveniente que resulta considerar el periodo de 1750 a 1850 como una unidad. Al mismo tiempo, las aportaciones de la historiografía social y económica han despertado un nuevo interés en la historia política, claro está que con bases diferentes.

La gran complejidad que cobró la historiografía mexicana durante la década de los ochentas, gracias a la aportación de las viejas y de las nuevas instituciones fundadas tanto en la provincia como en la capital, le ha permitido incursionar en tantos frentes que es difícil hacer un balance.⁸ La proliferación de publicaciones es tal que a ratos se nos antoja exacta la afirmación de Bernard Bailyn de que en lugar de iluminar los temas centrales contribuyen a oscurecerla.⁹ Por supuesto que no es así; al contrario, han abierto la posibilidad de reinterpretar el pasado desde el presente.

La historiografía mexicana, como sucede en todos los aspectos de la vida, está ligada a la del exterior. En mi opinión una de las tareas impostergables será la de superar el provincialismo que ha aquejado a la historiografía mexicana en general y para ello necesitamos especialistas en historia de Hispanoamérica, de Estados Unidos, de Europa, de Asia y de África. Sólo estudiando el pasado mexicano en un amplio contexto mundial cobrará su verdadera dimensión. Después de todo, según don Edmundo O'Gorman, el conocimiento histórico es "la vigía que alerta la conciencia de lo que somos, en trance permanente de lo que podemos ser". ♦

⁷ William B. Taylor, "Between Global Process and Local Knowledge. An Inquiry into Early Latin American Social History, 1500-1900", en Oliver Zunz, ed. *Reliving the Past. The Worlds of Social History*, 1985.

⁸ Para tener una apreciación general de lo logrado en Iberoamérica en el periodo de 1945 a 1988 puede consultarse *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1989. También son útiles algunos artículos de dos números de *Historia Mexicana*: "México e Hispanoamérica en el Quinto Centenario". xliii: 2-3, 1992-1993.

⁹ Bernard Bailyn, "The Challenge of Modern Historiography", en *American Historical Review*, 87: 4, 1982, p. 3.

Atardecer



ANTONIO DELTORO

Entro al mar por el suave declive,
es mi última tarde y quisiera llevarme a los pelícanos que
clavan su pico
haciendo de esta luz su máximo banquete,
a los que, en su vuelo horizontal y en su vertiginoso
descenso,
unen el crepúsculo pacífico del cielo con el violento de las
aguas.
Es enero y el atardecer pone en el mar primaveras violentas:
bugambilias, jacarandas y lilas
se suceden y mezclan con anaranjados y verdes:
estos pacíficos colores de jardín
se encrespan en la exaltación de la espuma
o se detienen, más acordes con su ser, en el poniente.
Cuando se va el sol la luz se queda yéndose,
danza con pasos diferentes en las olas que rompen
y en las que lamen la playa,
viene de otra realidad muy cercana a la música;
pasa como una melodía cuyo tiempo no tiene la medida del
nuestro;
el ojo al verla desea la memoria del oído
para seguir la sucesión pero no puede.
El crepúsculo, pescador de colores, atrapa entre sus redes a
los más fronterizos.

La historia antigua de México

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Para acercarnos al pasado prehispánico disponemos de muy variados géneros de testimonios. Son ellos, sin embargo, generalmente más complejos y difíciles de escudriñar que los existentes respecto de otros periodos de nuestra historia. Por una parte, existen miles de monumentos, templos y palacios con pinturas y esculturas cuyo descubrimiento y estudio corresponde a los arqueólogos. Algunos de estos monumentos incluyen inscripciones glíficas que, junto con las secuencias cerámicas, permiten establecer fechamientos e interrelaciones cronológicas. Presupone ello, además de las técnicas y el saber de la arqueología, el de la epigrafía y las lenguas indígenas. Otro tanto se requiere para el desciframiento de los llamados códices o antiguos libros, los pocos prehispánicos que se conservan y los más numerosos del temprano periodo colonial.

Por otra parte, son también fuentes de considerable valor los textos que desde poco después de la invasión española, provenientes de la antigua tradición oral, se transvararon a la que Ángel María Garibay llamó “luminosa prisión del alfabeto”. Lo que en ella quedó —en náhuatl, maya-yucateco, quiché, cakchiquel, mixteco, zapoteco, otomí...— necesariamente ha de ser estudiado con ojo avisor y crítico. Sólo así podrá discernirse en tales textos lo genuinamente mesoamericano, en contraposición con posibles interpolaciones y otras alteraciones debidas a quienes los “capturaron” por medio del alfabeto.

Las investigaciones sobre historia antigua hace medio siglo

Cuando en 1945 inició sus trabajos el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM no era poco lo alcanzado ya en el conocimiento de la historia y la cultura de los pueblos mesoamericanos. Sin embargo, hace medio siglo, por ejemplo, en todo el mundo no pasaban de diez los estudiosos de la rica documentación en náhuatl. Los antiguos sistemas de es-

critura, en especial la maya, seguían siendo en gran parte un misterio. La cronología con que se enmarcaba el desarrollo de las varias culturas de Mesoamérica presentaba grandes lagunas y oscuridades. Había valiosos estudios sobre algunos códices pero muchos permanecían ignorados e inéditos en archivos y bibliotecas. De las primeras crónicas e historias o no había ediciones o se habían hecho algunas deficientemente preparadas. Como ejemplo pensemos en lo que era y lo que es hoy el aprovechamiento de la *Historia* y textos de fray Bernardino de Sahagún.

Al ponderar así la situación prevaleciente en la historiografía sobre el México antiguo hace medio siglo, no pretendo decir que los trabajos ulteriores llevados a cabo hasta hoy hayan iluminado cabalmente tan rico pasado.

Aportaciones de cinco décadas

Me fijaré al menos en algunas de las principales aportaciones de los miembros del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, situándolas en el contexto más amplio de los logros llevados a cabo por otros. Comenzaré con el campo de la prehistoria. A tres distinguidos maestros debemos trabajos de interés permanente. Recordaré los títulos de algunas de sus obras: *Los orígenes del hombre americano*, de Pablo Martínez del Río; trabajos múltiples en que se establecen comparaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo, de Pedro Bosch Gimpera, y una *Introducción a la prehistoria general*, en la que su autor, Juan Comas, atiende también a la del Nuevo Mundo. Estas aportaciones fueron y siguen siendo hasta hoy muy apreciadas.

La arqueología se cultivó también en este Instituto hasta que de él nació, como institución paralela y hermanada, el de Investigaciones Antropológicas. Eduardo Noguera, que por muchos años había laborado en el Instituto Nacional de Antropología, trabajó luego en la Universidad. Se había iniciado al lado de los maestros Manuel Gamio y Alfonso Caso. Con

ellos y asimismo en comunicación frecuente con otros, como Jorge Acosta, Ignacio Bernal, Laurette Séjourné, Román Piña Chan, Jaime Litvak y los norteamericanos Gordon Elkhom, Eric Thompson, Philip Drucker, Isabel Kelly y Michael Coe, participó en importantes proyectos en el Altiplano central, el Occidente, Oaxaca y otros sitios. Con su estudio de las variadísimas producciones en cerámica contribuyó en forma sobresaliente a establecer y rectificar cronologías. Su obra *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas, no ha sido superada.

Otros arqueólogos han sido también miembros del mismo Instituto. Algunos continúan hoy en el de Antropológicas. Entre ellos están Carlos Navarrete, estudioso de las culturas chiapanecas y descubridor allí de interesantes sistemas de navegación costera. Jaime Litvak, que ha centrado su atención en lugares como Xochicalco y otros de Morelos y Guerrero. Mención especial merecen los hallazgos del Templo Mayor de Tenochtitlan, coordinados por Eduardo Matos Moctezuma, quien ha tomado en cuenta el testimonio de las fuentes documentales: códices y textos en náhuatl, trabajo en el que colaboraron varios investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de la UNAM.

Historia y lingüística

La lingüística mesoamericana —valiosa por sí misma y como instrumento para el estudio de los textos en lenguas indígenas— también ha alcanzado importantes logros en estas cinco décadas. Ello ha permitido establecer correlaciones y precisar troncos y familias de lenguas emparentadas entre sí. En el Instituto se distinguió Mauricio Swadesh con su concepción de la glotocronología y sus muchas obras, entre ellas los *Mil elementos del mexicano clásico*, los del maya y del tarasco. La glotocronología ha permitido escudriñar las que fueron separaciones de lenguas y pueblos, en algunos casos, desde hace milenios. Estudios lingüísticos con connotaciones culturales se deben también a quienes fueron miembros del Instituto, Yolanda Lastra y Juan José Rendón.

La periodización en el pasado prehispanico

Gracias a las investigaciones arqueológicas, en poco más de cincuenta años se ha establecido sobre bases firmes una periodización general en el desarrollo de las principales culturas que han florecido en Mesoamérica, cuya delimitación y rasgos principales definió Paul Kirschhoff, que por mucho tiempo laboró en la misma institución universitaria. Como una cultura madre se ha ubicado en el tiempo la de los olmecas y se ha identificado su presencia e influencias en diversos ámbitos, por ejemplo, en Monte Albán.

Los monumentos, cerámica e inscripciones han hecho posible periodizar el pasado de los mayas. A Yuri Knorosov

se debió el paso trascendental que condujo al desciframiento, aún no concluido plenamente, de la escritura logo-silábica maya. Numerosos epigrafistas, sobre todo norteamericanos, llevan hoy a cabo lecturas de textos registrados en estelas, dinteles, huesos, códices y vasijas de cerámica. No pocos de esos textos son de contenido histórico o genealógico. *A Forest of Kings* es el título de una de las obras más recientes, en la que Linda Schele y David Friedel rescatan la memoria de muchos —¡un bosque!— señores y reyes del mundo maya. En otro instituto, también de la UNAM, el de Filológicas, opera desde hace años el Centro de Estudios Mayas. En él, Mercedes de la Garza, Mario Ruz, Ana Luisa Izquierdo, Maricela Ayala y otros han hecho valiosas aportaciones publicando textos en varias lenguas mayenses, portadores en algunos casos de tradiciones del periodo Posclásico maya. Y también en el Instituto de Investigaciones Estéticas, Beatriz de la Fuente y otros se han concentrado en el arte maya y de otras regiones. Los estudios iconográficos mesoamericanos han alcanzado así madurez en México y el extranjero.

De las culturas del Altiplano, Oaxaca y las costas del Golfo, sabemos también más sobre las grandes etapas de su desarrollo. Gracias a contribuciones, entre otros de Wigberto Jiménez Moreno y Paul Kirschhoff, se pudo situar Tula-Xicocotitlan en el periodo Posclásico, dejando aparte a Teotihuacan, que floreció desde principios de la era cristiana hasta fines del siglo VII d.C. Esos mismos investigadores elucidaron hasta cierto grado la problemática histórico-legendaria que envuelve a figuras como Quetzalcóatl y Huémac, y el esplendor y ruina de los toltecas. Trabajo significativo en este contexto fue el de Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*. Importa tomar aquí en consideración los cómputos calendáricos de extrema precisión, a cuyo conocimiento contribuyó Alfonso Caso, en trabajos como los reunidos en *Calendarios prehispanicos*, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas. Hoy sabemos que los cómputos del año solar de 365 días y el astrológico-religioso de 260 fueron espina dorsal que daba soporte y estructura al todo social y cultural de Mesoamérica.

Los manuscritos con glifos y pinturas

Los códices, libros de Mesoamérica, la única área que los tuvo fuera del Viejo Mundo, han sido materia de penetrantes estudios. En la línea de investigaciones iniciada por Eduardo Seler y enriquecida luego, entre otros por Karl Nowotny y Alfonso Caso, han proliferado los trabajos acerca de estos manuscritos. En el Instituto de Investigaciones Históricas se han reproducido varios con amplios comentarios: el *Códice Xólotl*, por Charles E. Dibble; el de *La entrada de los españoles en Tlaxcala*, a cargo de Jorge Gurría Lacroix, así como las memorias del *Primer Coloquio de Documentos Pictográficos de Tradición Náhuatl*, editadas por Carlos Martínez Marín.

Él mismo había publicado antes su trabajo que acompaña a la reproducción del *Códice Laud*. También del grupo Borgia es el *Tonalámatl de los pochtecas (Códice Fejérváry Mayer)*, estudiado y editado por Miguel León-Portilla. A Víctor M. Castillo se deben dos ediciones comentadas de la *Matrícula de tributos*. Además, en la serie de Estudios de Cultura Náhuatl, de la que este año aparece el volumen 25, hay buen número de contribuciones sobre otros varios códices prehispánicos y coloniales debidas a investigadores del Instituto y fuera de él. Los muchos otros trabajos realizados aquí y en el extranjero han significado abrir las páginas o dobleces de estos manuscritos, clave imprescindible para conocer la religión, las genealogías, la historia, la organización económica, en suma, la antigua cultura de Mesoamérica. En fecha reciente el Fondo de Cultura Económica sacó a la luz otra serie de códices con comentarios. Algunos de ellos, suscritos por Maarten Jansen y Ferdinand Anders, en tanto que en materia calendárica siguen las valiosas aportaciones del ya mencionado Nowotny, dan entrada, en cambio, a interpretaciones subjetivas y en algunos casos líricas. Necesario es reconocer que no todo lo realizado merece alabanza.

Como piedras miliarias quedan, en cambio, los trabajos de Alfonso Caso y sus discípulos, entre ellos Mary Elizabeth Smith, acerca de los códices mixtecos. En función de ellos es conocida la historia prehispánica de una importante región de Oaxaca, desde el siglo VII d.C. hasta algunas décadas después de la invasión española.

Los textos en lenguas indígenas

Otro campo en que se ha avanzado es el del estudio de los textos en lengua indígena, de la antigua tradición, transvasados a escritura alfabética. Fue Ángel María Garibay K. quien, con hondo sentido humanista, puso al descubierto la insospechada riqueza de la documentación en náhuatl, de interés para la literatura y la historia, tanto prehispánica como del periodo colonial. Estudiante de textos como los *Códices Matritense y Florentino* y los *Cantares mexicanos* desde la década de los treinta se vinculó luego con la Universidad Nacional. En la Biblioteca del Estudiante Universitario aparecieron dos obras suyas que fueron en sí una revelación: *La poesía indígena de la Altiplanicie* y *La épica náhuatl*. Al ofrecer luego su magna *Historia de la literatura náhuatl*, puso de manifiesto las posibilidades que para la investigación sobre el pasado indígena ofrecían los textos nahuas.

A partir de 1957, él y su discípulo Miguel León-Portilla, crearon el Seminario de Cultura Náhuatl y, laborando en el Instituto, han formado jóvenes investigadores y publicado textos y monografías. La gama de sus contribuciones abarcó textos sobre religión, poesía, economía y filosofía de los antiguos nahuas. En la metodología adoptada se buscó siempre correlacionar los textos con el contenido de los códices y los hallazgos de la arqueología. Comenzaron también a editar *Estudios de Cultura Náhuatl*, que poco después tuvo

otra publicación paralela, dirigida originalmente por Alberto Ruz, *Estudios de Cultura Maya*. Tanto en esos *Estudios* como en las series de monografías, fuentes y facsímiles, Garibay, León-Portilla y otros, mexicanos y extranjeros, entre ellos Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Justino Fernández, Alfredo López Austin, Roberto Moreno de los Arcos, Víctor M. Castillo, Josefina García Quintana, Thelma Sullivan, Carlos Navarrete, Fernando Horcasitas, Ascensión Hernández de León-Portilla, Charles Dibble, Eduardo Matos Moctezuma, Constanza Vega, Arthur Anderson, Hans Prem, Henry Nicholson, Rudolf Van Zantwijk, Jacqueline de Durand-Forest, Gordon Brotherston y James Lockhart han aportado trabajos que iluminan una gran variedad de aspectos del pasado mesoamericano.

Puede decirse que el Seminario de Cultura Náhuatl y las investigaciones y ediciones que sobre esto ha sacado a la luz y el Instituto de Investigaciones Históricas han contribuido considerablemente a despertar un interés cada vez mayor, en México y el extranjero, por la literatura, el arte, el pensamiento y la historia de los antiguos mexicanos, buscando incluso la perspectiva de ellos mismos, como en el caso de *Visión de los vencidos*. Interesa señalar también que, desde principios de los años ochentas, participan en este género de investigaciones estudiosos de estirpe náhuatl, así como algunos de otras procedencias indígenas. Formados los primeros en el Seminario de Cultura Náhuatl y en otros lugares, han publicado versiones de textos y dado origen a creaciones literarias de la *Yanquic tlahtholli*, la Nueva Palabra.

¿Una síntesis de historia de Mesoamérica?

Concluiré tocando el tema de si existe o es posible ofrecer ya una obra de conjunto acerca de la historia del México prehispánico. Respondo que hay ya obras que buscan abarcar los milenios de florecimiento y desarrollo, desde antes de los olmecas hasta la invasión española. Recordaré los ensayos de Wigberto Jiménez Moreno; los trabajos de Román Piña Chan, William Sanders y Barbara Price, Michael Coe y los que coordiné con varios investigadores y se incluyeron en los tres primeros volúmenes de la *Historia de México*, publicada por la Editorial Salvat.

Aun cuando en estas obras y en otras tenemos visiones de conjunto —apoyadas en conocimientos arqueológicos, códices, inscripciones y textos— fuerza es reconocer que mucho habrá que investigar para ofrecer una historia de Mesoamérica en la que la riqueza de sus instituciones y logros pueda conocerse y valorarse con mayor amplitud y profundidad. Cabe esperar, ante el interés creciente por acercarse a este universo de cultura e historia, que corresponde a los jóvenes investigadores proseguir en estas pesquisas. Abarcarán ellas cuanto nos ofrecen los incontables hallazgos de la arqueología, y también el contenido de los códices, inscripciones y textos, donde las leyendas, mitos e historias, cantos y poemas se tornan presentes hablándonos de ese pasado tan rico en maravillas y sorpresas. ♦

Los historiadores españoles exiliados en México



CLARA E. LIDA

En 1936, cuando estalló en España la Guerra Civil y se inició el gran éxodo republicano, México se manifestó como un país excepcionalmente solidario con la segunda República y con la suerte de sus exiliados, a los que acogió ampliamente. Hoy sabemos que el gran contingente de refugiados que llegó a tierras mexicanas abarcó más de veinte mil hombres, mujeres y niños. También sabemos que la gran mayoría de los adultos que se internaron en este país tenía una educación más elevada que el promedio de los españoles de su época y que, en general, conformaba los cuadros técnicos, profesionales, científicos y artísticos más destacados de España.¹

El contingente de estudiosos vinculados con actividades académicas relacionadas con la historia era apenas un puñado. Entre sus miembros destacaban intelectuales cuya vocación por la historia ya se había manifestado antes de llegar a tierras americanas. En cambio, no se sabe si quienes llegaban tuvieron, antes de su exilio, familiaridad directa con la historia de los países americanos en general, ni con la de México en particular. En realidad, sólo excepcionalmente alguien como Ramón Iglesia había incursionado en la historia de la Nueva España desde sus años de investigador en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y continuaría haciéndolo en los años del destierro.² La gran mayoría de los recién llegados provenía de campos de investigación diversos. En los estudios de historia y prehistoria ibéricas destacaban Rafael de Altamira y Pedro Bosch Gimpera. Otros, como Agustín

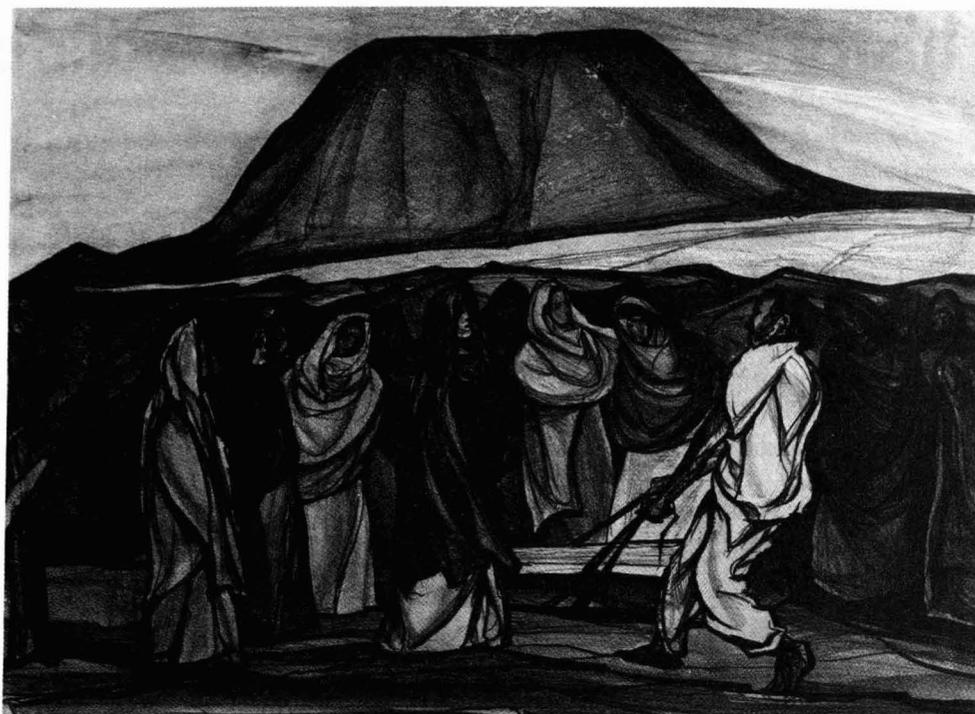
Millares Carlo y José Ignacio Mantecón, se interesaban por áreas instrumentales, aledañas a la historia, como la archivística y las investigaciones bibliográficas, así como la paleografía, en la cual también destacó Concepción Muedra. Desde luego no faltaron quienes formados en la filosofía se movían cómoda y libremente por las áreas de la historia de la filosofía y del pensamiento, como José Gaos, María Zambrano, Eugenio Ímaz, Joaquín Xirau y el más joven (cuya formación concluye en México), Adolfo Sánchez Vázquez. Tampoco podían faltar aquellos humanistas que desde el estudio de la literatura, la filología y la musicología se habían orientado hacia la exploración histórica en sus respectivas especialidades, como José Moreno Villa, Jesús Bal y Gay y Adolfo Salazar.

Sin embargo, posiblemente la disciplina en la cual se había formado la mayoría fue el derecho. En efecto, muchos de los que en el exilio mexicano se dedicarían a las investigaciones históricas habían cursado sus estudios en las facultades de derecho de las universidades españolas. En ellas se habían lanzado al estudio de la historia de las instituciones jurídicas y políticas (José Miranda, José Ignacio Mantecón, Javier Malagón, José María Ots Capdequí); del derecho romano (Malagón, Wenceslao Roces); de la sociología (José Medina Echavarría); del derecho comparado (José Miranda, Felipe Sánchez Román, Niceto Alcalá Zamora, Manuel Pedroso); de la filosofía del derecho (Luis Recaséns Siches) y de otras especialidades, que los habían acercado a la historia de su disciplina, de su país y de su sociedad.

Al llegar a México, estos historiadores españoles se encontraron con un terreno abonado para continuar con ciertos aspectos de su especialidad. Varios de los juristas pudieron integrarse a la Escuela Nacional de Jurisprudencia (luego Facultad de Derecho) de la Universidad Nacional y, eventualmente, desarrollar en ella seminarios que les permitieron continuar ahondando de modo más intenso en sus intereses histórico-jurídicos y contribuir a la formación de discípulos mexicanos.

¹ Véase Dolores Pla Brugat, "Características del exilio en México en 1939", en C. E. Lida, comp., *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 218-230.

² Álvaro Matute, "Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica", en A. Matute, comp., *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquios de análisis historiográfico)* (Serie Historia Moderna y Contemporánea), Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992, pp. 99-104.



En cambio, los que provenían de otras ciencias sociales y de las humanidades encontraron en México un ámbito académico menos especializado en las disciplinas históricas, aunque entonces comenzaba a profesionalizarse. En la Universidad Nacional, la Escuela de Altos Estudios y su sucesora, la Facultad de Filosofía y Letras, habían establecido desde la década de 1920 programas para obtener el grado de maestro y doctor en historia. Asimismo, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas se había fundado la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la cual el interés por la historia, especialmente la prehispánica y novohispana, dio cabida a algunos de los estudiosos españoles, particularmente a aquellos que se acercaban a la arqueología, la prehistoria y la paleontología. Además de estas dos instituciones existían algunos acervos documentales y bibliográficos nacionales, como el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional, que acogieron a algunos de los profesionales especializados en las disciplinas auxiliares.³

Importantes catalizadores en los estudios de historia en México fueron La Casa de España, fundada en 1938 específicamente para albergar a los intelectuales refugiados, y su sucesor a partir de fines de 1940, El Colegio de México. En esta última institución, el 14 de abril de 1941, se fundó su primer centro de docencia y posgrado en historia, bajo la dirección del historiador mexicano Silvio Zavala, con profesores de México y exiliados de España, y con becarios de estos países y de otros hispanoamericanos. Si bien en esos

años los estudiantes de historia de El Colegio de México cursaban sus estudios en la ENAH y recibían sus grados de esta institución, poco a poco el Centro de Estudios Históricos fue adquiriendo su propia personalidad y los medios materiales suficientes para obtener una autonomía formal.

Según Silvio Zavala la idea fundacional de este centro de investigación y estudios históricos era preparar a los historiadores jóvenes en la disciplina del oficio y, a la vez que entrenarlos en el conocimiento general de la historiografía mexicana, hispanoamericana y europea, también alentarlos en la búsqueda libre de la verdad mediante el conocimiento directo de las fuentes del pasado. En otras palabras, hacer del historiador un investigador riguroso y veraz en la utilización de las fuentes existentes en archivos, bibliotecas y demás acervos documentales.⁴

Una de las influencias posiblemente más significativas de El Colegio de México en el ámbito de los estudios históricos se puede apreciar en el impulso que dio a la formación de historiadores profesionales. Al mismo tiempo, El Colegio sin duda sirvió de ejemplo a otras instituciones de educación superior que, a partir de la década de los cuarentas, ampliaron su interés por la enseñanza y la investigación históricas. Así, por ejemplo, a partir de 1943 la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional reorganizó la carrera de historia y exigió participar en seminarios especializados para otorgar títulos de posgrado. Asimismo, en 1945 la Universidad fundó el Instituto de Investigaciones Históricas con especialistas de tiempo completo que promoverían la investigación y las publicaciones en las diversas áreas históricas.

³ Véase el estudio de Néstor de Buen sobre los juristas, en Nicolás Sánchez-Albornoz, comp., *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1991, pp. 103-113; en este mismo libro, consúltese el artículo de José Luis Lorenzo, "La Escuela Nacional de Antropología e Historia de México", pp. 115-124.

⁴ C. E. Lida, *La casa de España en México*, El Colegio de México, México, 1988, y C. E. Lida y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, El Colegio de México, México, 1990.

Si revisáramos la significación de los historiadores del exilio y su influencia en el desarrollo de la historiografía mexicana podríamos decir que, por un lado, hubo una relación directa con quienes en este país se dedicaban a los estudios históricos, sin la cual los recién llegados no hubieran podido prosperar. Por otra parte, deberíamos reconocer también que la llegada de los historiadores refugiados contribuyó directa o indirectamente a ampliar el abanico de los intereses y métodos del análisis histórico, así como a estimular la profesionalización e institucionalización de los estudios de historia en México.

En efecto, bien sabemos que en México, durante las dos décadas posteriores a la Revolución, la formación de los historiadores se había desarrollado de modo desigual y un tanto informal. Era muy reconocido el hecho de que para escribir historia no se requería de un grado académico en esa disciplina y que la mayoría de las obras especializadas publicadas en este campo se debía a individuos cuya actividad dedicada a la historia se realizaba en las horas robadas a otras obligaciones profesionales. En cierto sentido, como bien lo dice Luis González, la práctica de la historia podía dar lustre a sus miembros pero poco sustento material.⁵

En este contexto, la influencia ejercida por los historiadores refugiados fue inmediata y decisiva. Cabe recordar que los estudiosos españoles provenían, en su gran mayoría, de un contexto universitario que se había profesionalizado cada vez con mayor rigor a partir de la primera Guerra Mundial. Además, no sólo se había acentuado la formación profesional obtenida en las universidades españolas sino que, gracias al ímpetu de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) y a su Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal, España había estimulado el desarrollo de la investigación en diversas áreas, incluyendo la histórica y la filológica. Por otra parte, los estudios bibliográficos, archivísticos, paleográficos, en diplomática, en genealogía y en heráldica habían tenido también un auge importante en la Península. Parte de la institucionalización era resultado, además, de la expansión de las cátedras en diversas universidades de provincia, con el obligado concurso público para obtener una cátedra por medio de la llamada oposición. Si a esto le sumamos el amplio estímulo dado por la JAE a los investigadores españoles para participar en reuniones internacionales, acceder a instituciones universitarias en el extranjero y colaborar ampliamente en publicaciones especializadas nacionales e internacionales, comprenderemos mejor el carácter profesional y académico de quienes llegaron a México a raíz de la Guerra Civil.

En relación con lo anterior, cabe destacar otros aspectos de la profesionalización de los historiadores refugiados: la docencia y la formación de jóvenes investigadores. En general, los maestros españoles fueron reconocidos por su método sistemático de exposición, su notable preparación y sus conocimientos,

su rigor intelectual aunado a la supervisión directa de los estudiantes, la ausencia de prosopopeya y la sencillez en la cátedra. La novedad en el planeamiento y la profundidad del análisis contribuyeron a dar una formación académica nueva en lo que había sido una tradición menos exigente en las prácticas docentes.

La influencia de los historiadores exiliados en la historiografía mexicana se apreció también en la introducción de nuevos temas y nuevos modos de percibir la investigación. Precisamente por su propia formación española y europea, los historiadores del exilio que se enfrentaron a temas y problemas americanos recurrieron a su formación de origen para introducirse en la historia de los problemas de México e Hispanoamérica, buscando un enfoque a veces comparativo



y otras veces amplio de los temas americanos. En este sentido, surgieron nuevos enfoques en la historia de las instituciones jurídicas y políticas americanas (algo que ya había iniciado el entonces joven historiador Silvio Zavala, influido por sus años de estudio con Rafael de Altamira en Madrid). Se trataba de buscar en las instituciones españolas los orígenes de las instituciones que los conquistadores introdujeron en América. Este enfoque fue ampliado aún más, entre otros, por José Miranda, quien combinó el estudio jurídico con el social y económico, así como con el pensamiento y la teoría políticos de España para explicar los cambios en la vida institucional de la Nueva España y México; también por Javier Malagón quien se adentró en el estudio de los orígenes históricos del derecho indiano y de las instituciones novohispanas y americanas con el sólido bagaje del derecho medieval.

Esta amplitud de enfoques universalistas la podemos verificar también en la expansión de las corrientes vinculadas

⁵ Luis González, "Historiadores del exilio", en Nicolás Sánchez-Albornoz, comp., *op. cit.*, pp. 259-266.

con las historia intelectual. Muchos de los que llegaron sintieron la fascinación por encontrar las coincidencias y explicar las diferencias entre su país de origen y el país receptor. Pero posiblemente quien más destacó en este afán a la vez universalista y particular fue José Gaos. A él se debe, sin duda, el auge de los estudios sobre distintos aspectos de la historia del pensamiento en la Nueva España y en México. Desde el Seminario para el Estudio del Pensamiento en los Países de Lengua Española, que estableció en El Colegio de México a partir de 1941, Gaos alentó la investigación de corrientes filosóficas y de pensamiento a través del análisis riguroso de los textos de la época. Así se abordaron varios problemas de la historia filosófica del siglo XVIII, desde el estudio de la obra de Gamarra, de la Inquisición, de los eclécticos y novadores españoles y portugueses hasta el estudio de los positivistas mexicanos e hispanoamericanos, los precursores de la Independencia mexicana y los indigenistas de la Revolución. En su Seminario tampoco faltaron estudios sobre pensadores españoles, incluyendo a José Ortega y Gasset, y otros de lengua inglesa.⁶



A pesar de su formación española, cabe señalar que fueron pocos los historiadores refugiados que en México pudieron continuar con la investigación sobre temas peninsulares. En contraste con lo que ocurrió en la Argentina bajo la influencia del historiador refugiado Claudio Sánchez-Albornoz —quien no sólo pudo llevar consigo sus papeles y documentos y continuar allí sus investigaciones como medievalista sino que, incluso, llegó a formar una escuela de medievalistas argentinos y a fundar una publicación de envergadura como los *Cuadernos de Historia de España*—, quienes llegaron a México carecieron

⁶ Para más detalles, véase Lida y Matesanz, *op. cit.*, pp. 175-201.

de los materiales documentales que les permitieran reemprender sus investigaciones sobre temas peninsulares. Casos excepcionales fueron José Moreno Villa, con su estudio sobre los bufones y gente de placer en la corte de los Austria, o los tres volúmenes de la *Historia de España* de Antonio Ramos Oliveira, así como *La formación de los pueblos en España* de Pedro Bosch Gimpera, dedicado al poblamiento de la península ibérica desde el paleolítico hasta la Edad Media. La publicación en México de artículos y libros sobre historia de España se debió más a la pluma de hispanistas residentes en otros países que a la de los propios refugiados en México.⁷

Otra de las áreas de desarrollo digna de mención ha sido la historia diplomática, cuya atención se dirigió especialmente a la recuperación de los archivos y fuentes documentales y al análisis profundo de las relaciones internacionales de México. Casos particularmente notables fueron las series documentales sobre España y Francia, patrocinadas en sus inicios por El Colegio de México. Más tarde, gracias a la obra pionera de Carlos Bosch García y, luego, a la de Juan Ortega y Medina (jóvenes españoles exiliados, formados, respectivamente, en El Colegio de México y en la Universidad Nacional) se desarrolló también el estudio de las relaciones diplomáticas de México con los Estados Unidos.

Los refugiados españoles no se limitaron a investigar y enseñar cómo se hace la historia sino que, conocedores de la gran bibliografía europea, colaboraron en la construcción de una sólida biblioteca de historia, a través de sus traducciones para el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales mexicanas. Gracias a ellos llegaron al mundo hispánico las traducciones de Marx, Huizinga y varios otros, realizadas por Wenceslao Roces; de Croce, por Enrique Díez Canedo; de Shotwell, por Ramón Iglesia; de Groethuysen, por José Gaos y de Ranke, Pirenne, Burke, Jaeger, Mommsen, Trevelyan, Cassirer, Collingwood y muchos más.

En realidad, a partir de la segunda Guerra Mundial, la historiografía y las instituciones mexicanas que cultivaban la historia, de algún modo quedaron en deuda con los historiadores emigrados que llegaron de España a México a principios de los años cuarentas. A ellos se debió, en gran medida, la formación de muchos de los historiadores educados a partir de entonces en las aulas universitarias mexicanas y la profesionalización de muchas de las instituciones que en México desde esos años se vincularon con la historia. Entre éstas se encuentran las hoy más que cincuentonas Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, así como el Instituto de Investigaciones Históricas de esta misma Universidad, que este año cumple el medio siglo de vida que ahora festejamos. ♦

⁷ C. E. Lida, "Historia de España", en *Historia Mexicana*, vol. 4, 1965, pp. 680-691 (reproducido en *Veinticinco años de investigación histórica en México*, El Colegio de México, México, 1966, pp. 505-516).

En busca de la gente sin nombre

Nuevas perspectivas historiográficas



PILAR GONZALBO AIZPURU

Durante más de tres siglos Sor Juana nos ha contemplado desde su celda-estudio inmortalizada en el más famoso de sus retratos; menos tiempo ha transcurrido desde que las elegantes damas de la corte virreinal exhibieron sus galas en lienzos que se aprecian tanto por su valor costumbrista como por su mérito artístico. Los hábitos, los libros, la decoración de los espacios interiores y el vestuario de nobles y plebeyos constituye el marco adecuado para nuestra reconstrucción de personajes y acontecimientos. Tampoco es nuevo el interés por las bibliotecas coloniales ni la curiosidad por las anécdotas personales de las biografías de personajes famosos. El coleccionismo de mobiliario, cerámica y enseres domésticos siempre ha fomentado el gusto por el conocimiento de la vida cotidiana de nuestros antecesores. Expertos y profanos paseamos por las salas de los museos dispuestos a disfrutar del ambiente en que vivieron los mexicanos de siglos pasados.

Sin embargo, no fue hasta años más recientes cuando los historiadores prestaron mayor atención a todos estos vestigios de épocas precedentes, que han dejado de ser capricho de eruditos para convertirse en fuentes testimoniales de la historia social. Y es interesante señalar que la época colonial ha atraído con preferencia a la mayor parte de los historiadores preocupados por estas cuestiones. La historia de las mentalidades, la de la mujer y la de la vida privada, alternativamente se unen y separan para cubrir aquellos espacios que la historia tradicional había ignorado. En México, durante las últimas décadas, se han multiplicado los estudios sobre aspectos de la vida privada, que plantean nuevas preguntas y permiten desarrollar nuevos métodos. La influencia francesa es particularmente notable en los trabajos relativos a la historia de las mentalidades pero también las investigaciones sobre la cultura material, el discurso religioso, la familia, la mujer, la infancia, la vejez o la muerte están en deuda con la *nouvelle histoire*. La historia social ha acogido todas estas

tendencias, que no son más que nuevas miradas, profundas e íntimas, dirigidas hacia una sociedad en perpetuo conflicto consigo misma.

La antropología, la sociología y la demografía histórica tienen mucho que decir en este terreno y no es poco lo que ya han aportado. Los métodos cuantitativos han permitido dar el paso decisivo que convierte la anécdota en historia y el legajo sorprendente y excepcional en testimonio ejemplar. Hoy los historiadores no sólo buscamos el documento de contenido político o las referencias de cambios económicos; nos interesan también los pleitos judiciales y los procesos criminales, los expedientes inquisitoriales y los protocolos notariales, la correspondencia particular y la descripción de festejos o calamidades. Pero no sólo han cambiado y se han multiplicado las series documentales a las que hoy recurrimos; sobre todo ha variado el tipo de preguntas que nos planteamos al iniciar una investigación, el diálogo que entablamos con nuestras fuentes y la sensibilidad hacia el acontecimiento y hacia el “no acontecimiento” histórico.

Así como en la vida política pueden producirse cambios violentos e irreversibles y en la economía inciden leyes relativamente objetivas e invariables, la evolución de las costumbres y de las mentalidades siempre es lenta e impredecible, responde a una lógica en apariencia caprichosa y permite el juego combinado de modernidad y tradición, de sumisión y rebeldía, de fanatismo e incredulidad. Las actitudes colectivas se reflejan en las crisis personales, las situaciones extraordinarias hacen referencia a comportamientos considerados normales por la comunidad y la interpretación de las normas responde a criterios subjetivos más que a categóricas disposiciones legales.

Quienes nos interesamos por la historia de la vida privada hemos planteado preguntas respecto a las formas de convivencia de diferentes grupos sociales; sobre las consideraciones relativas de riqueza y pobreza y su relación con el

estatus social; sobre la religiosidad y sus manifestaciones externas; sobre privilegios de raza y sexo, con frecuencia intangibles y a veces discutibles; sobre el fortalecimiento del patriarcado; sobre los intentos de rebeldía, y sobre las formas de represión de los marginados. Hemos recurrido al estudio de situaciones límite para retornar a la cotidianidad y hemos privilegiado el conocimiento de los grupos sin nombre y sin rostro, verdaderos protagonistas de la historia.

Una cuidadosa reflexión en torno a rutinas y hábitos del acontecer diario, en particular cuando nos referimos a la Nueva España, impone la búsqueda de símbolos y la interpretación de actitudes aparentemente espontáneas pero siempre condicionadas por ideologías, prejuicios, exigencias sociales y coyunturas particulares. La elección de cierto estilo de vida, la preferencia por determinados alimentos, la integración en gremios y cofradías, la selección de amigos y socios, la celebración de festejos religiosos y profanos, el predominio de peculiares patrones de convivencia doméstica y las estrategias de violencia o sumisión muestran la imagen de una sociedad en constante proceso de cambio.

El triste destino de la hermana de los orgullosos vástagos de Gil de Benavides, Alonso y Gil de Ávila, amigos predilectos del irreflexivo don Martín Cortés, no sólo ilustra dramáticamente un episodio en el proceso de formación de los grupos de la élite colonial sino que llama la atención acerca de la cuestión del mestizaje. El posible matrimonio de una doncella de alcurnia con un mestizo de "ínfima categoría" perjudicaba las aspiraciones de grandeza de la familia y deslucía su recién estrenado abolengo, pese a que nada hubiera de condenable según las leyes civiles y la moral cristiana. Excepcional y trágico, el suicidio de la infeliz enclaustrada nos habla de un discurso segregacionista que un grupo minoritario asumía como exigencia social insoslayable. La escueta relación de los hechos da pie a la libre interpretación del discurso. Con una perspectiva diferente, el recuento de matrimonios mixtos en los registros parroquiales y la revisión de memoriales de méritos de los descendientes de conquistadores han permitido conocer mejor el proceso de integración de los distintos componentes étnicos del México del siglo XVI, que fue mucho menos trágico y más acomodaticio.¹

En esta historia de hogares y familias las mujeres tienen con frecuencia el papel protagónico. Ellas son las que dan a luz y, por lo tanto, su celibato o su matrimonio tardío debería influir en la evolución demográfica, aunque en nuestra sociedad colonial siempre hay que tomar en cuenta la variable, muy importante en número, de las uniones no legitimadas por la Iglesia y de los nacimientos de hijos naturales. Las mujeres eran al mismo tiempo el vínculo de unión entre las familias influyentes, el vehículo para la transmisión de

fortunas y el sostén de comunidades domésticas dependientes del trabajo femenino, a falta de un varón con residencia estable en el hogar.²

Las peculiaridades de la vida en la Nueva España y la trascendencia social del comportamiento femenino han determinado que la historia sobre las mujeres realizada en nuestro país no adolezca de las limitaciones del feminismo recalcitrante sino que se abra a interpretaciones que enriquecen nuestro conocimiento de toda la sociedad, haciendo hincapié en determinados temas y problemas. Los datos referentes a las mujeres de la Ciudad de México, en el tránsito de la Colonia a la vida independiente, han recibido especial atención y muestran la cara oculta de una población que estrenaba nuevas ideas sin abandonar viejos prejuicios, que hablaba de libertades y soñaba con la prosperidad, mientras conservaba tradicionales servidumbres y miserias ancestrales.³

Los ambiguos límites entre lo privado y lo público han permitido tejer y entretejer hipótesis y teorías que explican las debilidades de nuestra vida democrática por los viejos vicios derivados del patriarcado, del compadrazgo, del caciquismo, del clientelismo y de la tendencia a consolidar posiciones de poder a través de redes familiares. Así como las familias propietarias de grandes fortunas enlazaron apellidos y sustanciosas dotes en minuciosas capitulaciones matrimoniales, los hombres públicos heredaron lealtades de estirpe y los grupos de menores recursos encontraron en la familia el apoyo imprescindible para la supervivencia.⁴ Familia y comunidad doméstica son conceptos que se relacionan y complementan para mostrar la complejidad de unas relaciones en las que no sólo importaban los lazos de sangre o los vínculos conyugales sino también la familiaridad gestada a través de una larga convivencia, la serie de obligaciones recíprocas derivadas de la dependencia laboral y la necesaria solidaridad profesional de maestros y aprendices.

Una vez más la época colonial proporciona una rica variedad de ejemplos, desde la renuencia de los principales indígenas a separarse de su numerosa parentela, durante el siglo XVI, hasta la variedad de estructuras domésticas en las ciudades de los albores del México independiente. Señores indígenas bautizados como don Pedro o don Fernando, que

² Varios estudios recientes resaltan la participación femenina en la vida laboral y la importancia cuantitativa de los hogares encabezados por mujeres, que llegaron a constituir hasta 40 % en algunas ciudades durante el siglo XVIII. Cecilia Rabell, en Pilar Gonzalbo, coord., *Familias novohispanas. Siglos XVI a XIX*, El Colegio de México, México, 1991, pp. 273-298; Juan Javier Pescador, *De bautizados a fieles difuntos*, El Colegio de México, México, 1992.

³ Es de especial interés el libro de Silvia M. Arrom, *Las mujeres en la Ciudad de México. 1774-1852*, Siglo XXI, México, 1988.

⁴ Diana Balmori, Stuart Voss, Miles Wortman, John Kicza, David Brading, David Walker y Edith Couturier, entre otros, han estudiado la formación de redes familiares en el pasado; Larissa Lomnitz ha analizado la supervivencia de esas redes en la sociedad actual, desde la cúspide de las familias más aristocráticas hasta las más miserables.

¹ He reflexionado sobre esta cuestión en "La casa poblada de los conquistadores", en *La familia en el mundo iberoamericano*, UNAM, México, 1994, pp. 327-360.



pagaban tributo al marqués del Valle y enviaban a sus hijos a la catequesis conventual, convivían en amplias residencias de múltiples habitaciones con las dos o tres mujeres “que fueron sus esposas” y los hijos de ellas.⁵ En ciudades como México o Antequera, a fines del siglo XVIII, muchos hogares albergaban exclusivamente a mujeres con niños y otros agrupaban a jóvenes emigrantes varones; en las ricas mansiones de las clases más acomodadas podían convivir hasta treinta personas, unidas al jefe de familia por vínculos de servidumbre o de cercano o remoto parentesco, mientras que en las accesorias y cuartos de vecindad, dos, cuatro o hasta ocho personas disponían del espacio mínimo para acostarse por la noche y para guardar sus escasas pertenencias.⁶

Con frecuencia los testamentos proporcionan información privilegiada sobre las relaciones familiares. A la hora de su muerte, un próspero comerciante podía recordar a la hija nacida de un amancebamiento juvenil —a quien daría el apellido y una dote suficiente para que contrajera matrimonio—, a los vástagos del concubinato con una esclava mulata —a quienes podía conceder la libertad—, a los hijos adoptivos, a los expósitos recogidos en la vivienda familiar, obviamente a los hijos legítimos, si existían, y a la esposa

con la que había contraído primeras, segundas o terceras nupcias.⁷

La complejidad de las relaciones familiares no era privativa de los varones ni exclusiva de determinados grupos étnicos. La legislación castellana, con sus alternativas ambiguas y su minuciosa casuística, propiciaba situaciones irregulares e incluso permitía la legitimación de los hijos de eclesiásticos, si bien al arancel establecido para tales casos era mucho más alto que el correspondiente a los hijos naturales de progenitores libres de compromiso. La sociedad podía ver con tolerancia el elevado número de nacimientos ilegítimos pero no por ello renunciaba a sus valores convencionales y a su moral cristiana. De ahí la frecuencia del recurso a la mentira y a la trampa; los sospechosos testimonios de legitimidad, apoyados en curiosas declaraciones de testigos cuando era imposible demostrar el nacimiento legítimo; las restricciones impuestas en conventos y colegios a los aspirantes de ascendencia dudosa, y los inevitables conflictos entre miembros de una misma familia.

Los herederos de fortunas y negocios, como los pretendientes de capellanías familiares, se esforzaban por demostrar su parentesco directo y preferente en relación con otros candidatos que ostentaban similares créditos; en todos los niveles sociales y aun en familias propietarias de raquíticos bienes los hermanos disputaban por tierras y títulos, dispuestos a despojarse mutuamente de sus pertenencias. Un caso extremo sería el de los hijos mulatos de un español a quienes su medio hermano vendió como esclavos a la muerte de su padre. También resulta conmovedor el alegato de una mujer mulata, que nunca se casó con el caballero español padre de sus tres hijos, porque habría perjudicado su reputación, pero que a su muerte solicitaba la legitimación de los muchachos, puesto que había sido público y notorio que durante muchos años convivieron como auténtico matrimonio.

La mayor parte de los conflictos familiares se producía entre los componentes de la pareja, hubieran o no legitimado su unión. Muy frecuentes fueron los casos de denuncias por golpes, que los maridos propinaban a sus mujeres por causas como el retraso en servir la comida o la afición a salir de casa con amigas o parientas. Pocas veces los agresivos varones terminaban en la cárcel y casi siempre se mostraban sorprendidos e irritados por el hecho de que se pusiera en duda su derecho a corregir a su cónyuge. La situación se tornaba grave cuando la amorosa corrección conyugal llegaba a provocar la muerte de la víctima, lo que también sucedía con cierta frecuencia.⁸

⁵ Pedro Carrasco señaló esta circunstancia en estudios de listas de tributarios del marquesado del Valle.

⁶ Juan Javier Pescador y Cecilia Fernández Rivera Ríto, en Rafael Diego Fernández, coord., *La herencia española en la cultura material de las regiones de México*, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, 1993, pp. 163-196.

⁷ Thomas Calvo menciona un caso parecido a éste, en *La Nueva Galicia en los siglos XVI y XVII*, CEMCA-El Colegio de Jalisco, Guadalajara, 1989.

⁸ Recientemente se han realizado varios estudios sobre el uxoricidio y la violencia conyugal. Se encuentran en prensa en el volumen coordinado por Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell, *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, UNAM-El Colegio de México, México.

Algunas manifestaciones de comportamiento desviado, como la bigamia, la sollicitación o la homosexualidad, han sido tema preferente de los trabajos del Seminario de Historia de las Mentalidades. Es indiscutible el valor testimonial de estos casos, la importancia de su estudio y su mérito como ejemplo de la contraposición entre el discurso moral y civil y las formas comunes del comportamiento colectivo, siempre y cuando se logre penetrar a través de ellos en el sentido del discurso y calibrar su influencia en las actitudes de la sociedad hacia la conducta sexual y las formas de convivencia consideradas aceptables o aberrantes.⁹

Un nuevo camino para penetrar en la intimidad de los hogares es el estudio del espacio doméstico, que mostraba, incluso externamente, la "calidad" de sus habitantes. Las características de las construcciones, el lugar en que se ubicaban, la proximidad o lejanía de los conductos de agua potable, la vecindad de edificios suntuosos o de malolientes talleres o corrales determinaban la categoría de la vivienda y, por consiguiente, la respetabilidad de quienes la ocupaban. Por algo se preocuparon los hidalgos de exhibir sus blasones en las fachadas y por algo el cabildo de la Ciudad de México dispuso la forma en que deberían abrirse al exterior las accesorias dedicadas a la enseñanza o al comercio. Por algo, también, los más modestos sirvientes y artesanos ocupaban los patios interiores, en degradación progresiva de su nivel de vida, según se internaban en recónditos recovecos y se alejaban de la calle. Puertas y ventanas eran también espacios de sociabilidad y punto de transición entre lo privado y lo público. Los testimonios de buena o mala conducta se apoyaban en las miradas curiosas y en los oídos indiscretos de quienes estaban pendientes de la conducta de sus vecinos.

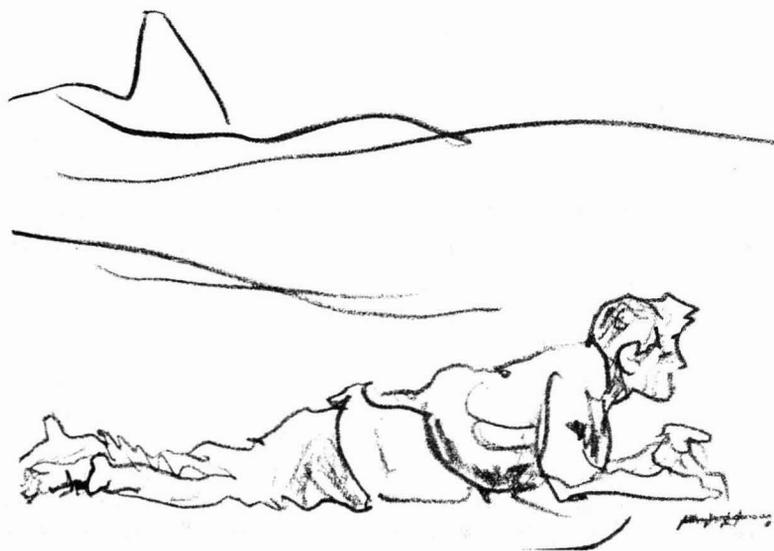
En un mundo en el que el parecer valía casi lo mismo que el ser o el tener, la ropa era el más universal de los indicadores

de posición social. El lujo de los potentados contrastaba con la miseria de los pordioseros; entre unos y otros se encontraban los que podían fingir riqueza, porque conservaban residuos de antiguos esplendores, y los que aspiraban a incorporarse a la élite, porque tenían posibilidad de adquirir un vestuario lujoso. Sospechaban los viejos hidalgos que era falso el dicho de que "el hábito no hace al monje" y temían que precisamente por una apariencia de prosperidad se colase en su mundo gente de dudosa ascendencia y de oficio vil. Junto a las sedas, brocados y terciopelos de la minoría, desfilaban los blancos lienzos de algodón de los indios y los atrevidos colores de la indumentaria de negras y mulatas. Los novohispanos destinaban una considerable parte de sus bienes a su vestido y adorno, más en cumplimiento de un compromiso de su rango que en ejercicio de ocasional vanidad individual.

Cuánto, cómo, cuándo y qué se comía en la Nueva España son aspectos que ya comienzan a conocerse, gracias a trabajos pioneros que abren nuevos caminos y proponen interesantes líneas de investigación.¹⁰ No parece necesario subrayar las conexiones de su estudio con el de la historia económica y demográfica. Si hablamos de comida, también tenemos que referirnos al hambre, y si de mestizaje o segregación se trata, no hay duda de que eran muy distintos los manjares que consumían los grandes señores y los tacos rellenos de cualquier cosa con que sobrevivía la mayor parte de la población. También habría que recordar las prescripciones religiosas sobre el consumo de ciertos alimentos y las costumbres en la convivencia. Sentados a la mesa o acucillados en una esquina, vestidos a la moda o semidesnudos, rodeados de una amorosa familia o desplazados y solitarios, los novohispanos, en su vida cotidiana, nos pueden decir todavía muchas cosas acerca de la sociedad en que vivieron. ♦

⁹ Son bien conocidas las publicaciones del Seminario de Historia de las Mentalidades del INAH; se pueden mencionar *El placer de pecar y el afán de normar*, *Del dicho al hecho*, o *De la santidad a la perversión*.

¹⁰ El libro de Sonia Corcuera, *Entre gula y templanza* (en reedición reciente del Fondo de Cultura Económica) y el de Ivonne Mijares *El mestizaje alimenticio* (UNAM) presenta ya varios avances.



El tañer de las campanas

◆
BEATRIZ ESPEJO

para Gelsen Gas

Leticia despertó menos temprano que de costumbre. Entre sueños oyó tañer campanas anunciando oficios religiosos en iglesias cercanas. Era sábado 2 de febrero. Tlacotalpan estaría celebrando las fiestas de La Candelaria; pero aquí seguramente recordarían una fecha menos feliz. A las ocho se revolvió en su camita estrecha colocada sobre su parte de habitación dividida como hospital por mamparas. Una silla servía de buró donde dejaba libros y revistas leídos con velas cuando se apagaban las luces. Debajo de la cama guardaba sus pertenencias en una maleta.

Había cinco lechos idénticos de cada lado, lo cual sumaba un total de diez internas separadas del mismo modo porque las monjas imponían una disciplina estricta repudiando lujos superfluos.

Sólo veía a Concha del Toro que le quedaba justamente enfrente. Una joven rosada de cabellos castaños apretados en dos trenzas incluso cuando dormía. ¡Qué cutis perfecto! pensó Leticia, preocupada siempre por sus propias pecas, lástima que Concha sea regordeta aunque come poco. Todo la intoxica y vive tomando Salvital o cualquier otro laxante. Le falta encanto, toneladas de glamour, necesitaría consultar alguna experta como Ana de Gómez Mayorga, especialista en belleza, según su anuncio y retrato de *El Universal Ilustrado*. Lentes de aros metálicos, boca delgada, nariz afilada y cejas rematadas hacia abajo que le daban aire tan circunspecto como el cuellito tejido a gancho de su vestido oscuro. Definitivamente Ana de Gómez nada tenía que enseñar, salvo quizá el modo de embarrarse menjurjes contra las pecas. Y Concha no se atrevería a consultarla ni siquiera por correspondencia. Vivía temerosa entre las recomendaciones de sus padres, que como santa Ana y san Joaquín concibieron esa virgen a los muchos años de casados, y las órdenes de sor Felipa que la traía en la mira para futura monja y constantemente le pedía conversar con la maestra de novicias.

Concha volteó sobre su espalda y puso un brazo a media cara. Y Leticia sintió su corazón palpitante, no de alegría sino de impaciencia e incorporándose dijo:

—Despierta.

Los hombros de Concha se removieron y luego se estiró toda cuan larga era; sin embargo seguía dormida. Leticia alzó la voz:

—Despierta. —Y hasta entonces el ruido le hizo darse cuenta de que una fuerte lluvia caía sobre el domo del techo por donde entraba una luminosidad neblinosa, única señal exterior de un cuarto sin ventanas.

Concha frotó sus ojos: —¿Gritaste? —preguntó.

—Tuviste una pesadilla. —La experiencia le demostraba hasta qué punto la mente de Concha aceptaba cuanto ella decía.

—Soñé que estaba muerta.

—¿Y qué se siente?

—Como si pájaros blancos te jalaran hacia un claustro cerrado.

Las dos quedaron recostadas mirándose. Eran absolutamente distintas. Claro, no tenían por qué parecerse sin ser consanguíneas; pero Leticia atraía a Concha, mariposa fascinada ante la flama.

Dos de febrero, pensó Leticia otra vez mientras su mente flotaba entre imágenes de mujeres vestidas con trajes de jarachas y cantadores que afinaban arpas y guitarras. Y hubiera anhelado asistir a la fiesta. Tristemente se encontraba encerrada durante una mañana torrencial, y no había nada interesante en qué ocuparse sino contarle cuentos a quien quisiera oírlos.

—¿Sabías que Lorenzo Jácome, prófugo de la justicia, y el francés Nicolás Grammont le organizaron a Veracruz el peor ataque pirata?

—No empieces con tus historias terroríficas —dijo Concha echando mano de alguna firmeza.

—Traían once navíos y dos mil hombres. Muchos más que los vecinos adultos del puerto. Tomaron a la población desprevenida creyendo que se trataba de la flota española. En la isla de Sacrificios los maleantes torturaron a infelices que aullaban con más fuerza que las olas del mar.

—¿Qué cosas tan terribles inventas!

—No invento nada. Es historia regional... sin embargo, cuando los hierros estaban al rojo vivo y las púas pelaban las costillas, llegó la flota esperada que no se atrevió a desafiar bandoleros. Dejó que se retiraran tranquilamente, después de cometer sus tropelías, violaciones y asesinatos y llevándose once toneladas de plata labrada, mil quinientos negros esclavos y un número impreciso de mercaderías maravillosas.

—¿Y las fortificaciones de San Juan de Ulúa? —terció Adoración Cervantes, una compañera contigua, distinguida como la más aplicada y bonita de la clase.

—Muros sin valor defensivo alguno.

—Siempre sacas a relucir la maldad humana —reprochó Concha—, nunca hablas de cosas edificantes.

—Para eso tienes los ejemplos con que nos atiborra la madre Edelmira. Y a mí para recordarte que no siempre llueve oro y azul sobre Florencia —dijo Leticia haciendo visajes horrendos cerca de Concha que se hundió en los cobertores.

—Deja de martirizarla. Sabes que después tiembla como perro mojado y se pasa la noche en vela —intervino Adoración, elementalmente justiciera.

Sin aludirse Leticia destapó a Concha y mirándola con estupor dictaminó: —Otra vez tienes gripa. Deberías tomarte una buena dosis de jarabe Deschiers a la hemoglobina. Es un reconstituyente infalible. Mientras tanto te receto Parminit doble fuerza contra achaques catarrales. A una onza se le añade la quinta parte de un litro de agua y 116, óyelo bien, ni más ni menos, gramos de azúcar. Una cucharadita cuatro veces al día resulta suficiente. La venden en Plaza Santos Degollado número 12. ¿Quieres que mande comprarlo con Altagracia? Así se darán cuenta ustedes —y extendió el gesto al resto de las discípulas ya despiertas— que además de contarle anécdotas divertidas, sirvo para cuidar a Concha.

—Y para traer ocupada a la pobre Altagracia que nada más anda haciéndote los mandados —intervino nuevamente Adoración mientras sacudía sus sábanas que en el aire recordaban los navíos corsarios—. El día que las monjas se den cuenta van a ponerla de patitas en la calle por tu culpa.

—¿Y entonces qué hará Leticia sin sus revistas —comentó una rubia parada al fondo.

—Dejará de leer las “Crónicas de fácil erudición” con las que cubre su ignorancia, y de mandarles cartitas a la periodista que titula su columna “Consultas femeninas resueltas feminamente”.

—Bien que las leen y si no fuera por mis esfuerzos y mi dinero perderían distracciones tan deliciosas —se defendió Leticia impostando un poco las frases—. Escuchen la última. Escribí preguntando si era pecado besar al novio, y ni se

imaginan lo que contestó: “¡Jesús! ¿para qué me pregunta esas cosas? Santígüese. Confiese antes de Cuaresma su mala intención, úntese la frente con agua bendita y si está fría el demonio se alegrará dejándola en paz”... ¿No les parece que hay un tonito burlón? Quizá ya se enteró que soy la misma corresponsal semanal, a pesar de que hago distinta letra. O esmeró sus recomendaciones porque firmé: Concha del Toro.

Las carcajadas llenaron el cuarto y al instante apareció sor Edelmira para darles prisa porque el sacerdote había llegado y la misa comenzaba.

Algunas sugirieron que Concha se quedara recostada cuidando su resfriado.

—Nada de eso. Las mortificaciones robustecen el espíritu y conducen a la santidad —sentenció sor Edelmira—. Después del desayuno saldrán al patio y el viento se llevará los gérmenes. Ahora levántense todas —y cerró la puerta al salir.

Las discípulas pasarían dos días con su familia, menos Adoración, Leticia y Concha, cuyos parientes no vendrían a buscarlas. Estaban presas en aquel monótono y destemplado fin de semana. Adoración, que no acababa de decidirse entre carrera y matrimonio, casi se alegró de tener tiempo para repasar problemas matemáticos irresolubles y escribir una cartita que también a escondidas Altagracia pondría en manos de un adorador secreto; con una sinfonía de estornudos Concha retomó el ramillete espiritual que le regalaría en la próxima visita a su padre, y Leticia decidió pergeñar con la mano izquierda otra consulta femenina; pero inmediatamente sintió que era un juego tonto y aburrido. Si bien le respondían invariablemente, a ella le causaban cada vez menos emoción las sandeces de la infatuada que ni siquiera firmaba sus artículos. Tenía por delante una sucesión de horas sin nada que estimulara su fantasía. Pensó pedirle a la buena Altagracia que le comprara nuevas revistas ilustradas con retratos de sus héroes cinematográficos como Robert Anderson cuyos limpios ojos azules recordaban a un ministro luterano. El novio ideal para unirse ante el altar en pos de una vida tranquila y próspera. ¿Pero quién deseaba eso? Mejor sería el matador Vicente Segura cargado en hombros por sus admiradores hasta la puerta del convento con el único propósito de entregarle su capote, ya que ella no había ido a la plaza para aplaudirle una faena sensacional. O enterarse de las últimas hazañas de Charles Spencer Chaplin que bailaba el *Rambling blues* a las mil maravillas. O mantenerse al tanto de los grandes triunfos que el escenario brindaba a las señoritas Tikanova y Mistinguette; sin embargo decidió encargar unas ligas París, fabricadas en Chicago, y una caja mediana de Kosmeo Face Powder que Altagracia podía comprarle en El Puerto de Liverpool dando unas zancadas de más para ir y venir sin que nadie se diera cuenta, aunque siempre decía que detestaba los grandes almacenes porque las empleadas tardaban en atenderla y luego parecían hacerle un favor mientras pasaban los minutos.

Pasaban despacio y a Leticia le ahogaba el aburrimiento. Más me hubiera valido no ser una pobre huérfana educándose en este agujero, se convenció a sí misma, sin salir al jardín pues la lluvia arreciaba. Anduvo por los corredores del colegio tarareando coplas:

Cuando yo tenía mis padres
me daban chocolatito
y ahora que ya no los tengo
me dan gordas con chilito.

Y lagrimeó compadeciendo su pobreza, a pesar de que recibía completas las rentas que había heredado y no encontraba manera de gastarlas.

El dormitorio se hallaba recogido y tranquilo. Las palomas volaron lejos y sólo dos se ocupaban calladamente de sus respectivos quehaceres. Había oscurecido tanto que hubo necesidad de prender los focos. Alicaída, Leticia fue a su lugar. Con las piernas cruzadas quiso releer alguna reseña que sabía de memoria; pero no retuvo su atención y sorpresivamente espetó:

—Aquí espantan. ¿No han sentido por las noches una presencia invisible? ¿Soplos helados? ¿Movimientos extraños?

Nadie profirió el menor comentario: sin embargo sus escuchas cambiaron postura.

—¿Por qué disimulan la verdad? Ustedes han sentido cosas raras, rumor de pisadas que reptan por los rincones como ráfagas frías y murciélagos agazapados con las alas dobladas; además, el doctor Geley ha comprobado la existencia de fantasmas y en un reportaje muy serio sacó esquemas del ectoplasma, algo así como una gelatina opalina y nebulosa...

—¿Nunca descansas de dar lata? —la interrumpió Adoración protegiendo a Concha que, sin importarle burlas ni humillaciones, alguna vez se había orinado de miedo al demonio con los relatos macabros de Leticia.

Inmutable, Leticia dijo como si cambiara tema: —¿Saben qué día es hoy?

—Día de fandangos en tu remota tierra nativa y estás triste por no haber ido —repuso Adoración con talante de sabelotodo.

—Sí; pero también es la fecha en que conmemoraba su nacimiento el minero que mandó construir este edificio hace ya muchos, muchos años —continuó Leticia como si le dictaran las palabras y le dieran ímpetu para volverse poco a poco más teatral—. Antes de convertirse en escuela, esto era la casa de un hombre enriquecido en Querétaro con la ayuda de Lucifer, quien al comprarle su alma le predijo que viviría setenta y cinco años de cabal salud, al cabo de los cuales se lo llevaría... hasta un espantoso escondite del infierno.

—No empieces con tus cuentos —la interrumpió Concha sonándose la nariz enrojecida.

—El minero tenía entonces veinticinco; cincuenta más le parecían interminables. Aceptó contentísimo —siguió Leticia indiferente a los reparos de su escasa audiencia—. Cele-

braba cada cumpleaños con un banquete al cual iban sus amigos. Y a la media noche en punto alzaba su copa para decir: faltan cuarenta y nueve, faltan treinta y ocho, faltan catorce, faltan tres y así sucesivamente...

—Ya cállate por favor, con este clima, no invoques fuerzas ocultas —rogó Concha pálida como cadáver, ahogada por una taquicardia repentina.

—Y el tiempo voló. El último año, al sonar las doce campanadas y terminar su brindis, pegando un aullido espantoso, el hombre quedó estampado en el techo por una fuerza descomunal.

No terminaba de afirmarlo cuando los relámpagos alumbraron el domo, se apagaron las luces y un enorme pedazo de aplanado les cayó encima causando una polvareda. Las tres brincaron asustadas. Una gritó; las otras enmudecieron. Sobrevino el estupor. El ruido de la lluvia retumbaba y nadie se movía hasta que Adoración pudo articular:

—¿Están ahí?



—Sí —repuso Leticia y temblorosa prendió velas para iluminar la semioscuridad reinante. Juntas se acercaron a Concha que yacía en el suelo privada de los sentidos. Su cama había dado una vuelta hacia abajo, con las patas arriba y colchón y cobijas desparramadas.

—¿Está muerta? —balbuceó Leticia.

—Creo que sí. Necesitamos pedir socorro —pero no se movieron paralizadas por el terror que las hizo abrazarse al primer intento de Concha por levantarse tambaleante.

—Me desmayé —dijo con naturalidad y se dispuso a ordenar sus cosas ayudada por Adoración y Leticia que la veían asombradas.

—¿Te sientes bien? —preguntaron.

—Perfectamente.

—¿Cómo volteaste tu cama?

—No fui yo. Pero lo peor ha pasado. Acabo de recibir la señal y ya no tengo dudas sobre mi vocación —añadió beatífica mientras buscaba en el desbarajuste de su territorio un rosario de sándalo que sor Felipa le había regalado. ♦

Cincuenta años del Instituto de Investigaciones Históricas



GISELA VON WOBESER

Antecedentes

En México siempre ha existido un gran interés por la historia. Los pueblos prehispánicos crearon mitos y leyendas para explicar sus orígenes y conservaron un registro detallado de los acontecimientos más importantes de su devenir histórico. La preocupación por el pasado prehispánico continuó durante la época colonial. Algunos descendientes de la nobleza prehispánica, como Fernando Alvarado Tezozómoc y Fernando Alva Ixtlilxóchitl, se preocuparon por rescatar testimonios sobre el pasado de sus pueblos y escribieron importantes obras de historia. Esta labor fue complementada por los frailes españoles, quienes, en su afán de convertir al cristianismo a los indios, recopilaron información sobre sus costumbres, religión, ritos y organización social, entre otros aspectos. Producto de este empeño son las obras de Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada, Diego Durán y Diego de Landa, entre muchos otros.

Paralelamente, comenzaron a ser objeto de interés histórico las guerras de conquista, la catequización de los indígenas, la expansión de la fe católica y la vida monástica. Los participantes en la conquista y colonización de la Nueva España quisieron dejar un testimonio de su labor. Así, el fraile Jerónimo de Mendieta escribió *La historia eclesiástica indiana*, mientras que Bernal Díaz del Castillo, quien fuera soldado de Hernán Cortés, produjo un vivo relato de la conquista en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

En el ambiente ilustrado del siglo XVIII se revaloró el pasado prehispánico y se exaltaron sus instituciones. Obras notables de este periodo son la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero e *Historia de la compañía de Jesús* de Francisco Javier Alegre.

En el siglo XIX, la inestabilidad política, la difícil situación económica y la constante amenaza de una invasión

extranjera propiciaron el cuestionamiento histórico. Muchos de los grandes personajes de la época —estadistas, religiosos, funcionarios públicos, científicos, literatos y periodistas— escribieron historia. Así, Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante y José María Luis Mora dejaron un vivo retrato de las luchas de independencia, mientras que durante el Porfiriato Justo Sierra y Vicente Riva Palacio se ocuparon de la problemática de finales del siglo XIX y principios del XX. El último concibió por primera vez la historia de México como la sucesión de cuatro etapas: Época prehispánica, Colonia, Siglo XIX y Porfiriato, en su obra *México a través de los siglos*.

Con el estallido de la Revolución mexicana en 1910 surgieron nuevas inquietudes sobre la esencia del ser del mexicano, las posturas de los indigenistas se contrapusieron a las de los hispanistas. Los primeros trataban de encontrar todas las virtudes del país en el bagaje cultural heredado por los indios, a la vez que descalificaban lo español. Los hispanistas, por el contrario, exaltaban la herencia española y menospreciaban al indio y su cultura. Una tercera corriente planteaba que la fortaleza del país radicaba en el mestizaje. Postulaba conceptos como “la raza de bronce” y “la raza cósmica”, que se referían a un hombre nuevo que reunía las cualidades de los europeos y de los indígenas y, por lo tanto, era superior a estos últimos.

La inquietud sobre la historia permeó la sociedad y se manifestó de una manera viva en la pintura mural, en los corridos revolucionarios y en la celebración de las fiestas patrias.

Los primeros años

Dentro del ambiente posrevolucionario surgió, en la década de los cuarentas, la idea de fundar un instituto que se dedicara a la investigación histórica.

Un grupo de destacados maestros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre ellos Pablo Martínez del Río, Rafael García Granados, Julio Jiménez Rueda y Salvador Toscano, planteó la conveniencia de encauzar institucionalmente las investigaciones que habían estado llevando a cabo paralelamente a su labor docente, así como de recoger los esfuerzos de otros colegas.

El proyecto de fundar un instituto de investigaciones históricas fue apoyado en forma decisiva por el entonces rector de la Universidad Nacional, Genaro Fernández McGregor; a principios de 1945 se creó una comisión para que estudiara su viabilidad y formulara una propuesta de organización. Cabe resaltar que en aquel momento en la Universidad Nacional existía una inquietud generalizada por crear institutos de investigación que hicieran posible la generación de conocimiento original, con el fin de disminuir la dependencia científica y tecnológica del exterior.

La propuesta presentada por la comisión fue aceptada por el Consejo Universitario, que aprobó por unanimidad la creación del Instituto de Investigaciones Históricas, en la sesión del 19 de febrero del mismo año.

Durante los siguientes tres meses se llevaron a cabo los preparativos para la fundación y el 15 de mayo el rector, Genaro Fernández McGregor, inauguró la nueva dependencia y dio posesión a Pablo Martínez del Río como su primer director.

Los inicios del Instituto fueron muy modestos. Sus instalaciones se ubicaban en un local muy pequeño, situado en

la parte poniente del vestíbulo de la entonces Biblioteca Nacional, en el ex convento de San Agustín. El presupuesto era exiguo y el número de investigadores, reducido. Pero había entusiasmo, disciplina de trabajo y la confianza de que, con el tiempo, el Instituto contaría con más recursos humanos y materiales.

Uno de los principales objetivos que se planteó el recién fundado Instituto era la publicación de obras monográficas, orientadas tanto a los especialistas como al público en general, así como la edición de fuentes documentales.

En 1945, el mismo año de la fundación, salió a la luz la primera publicación, *El códice Chimalpopoca*, que contiene dos manuscritos valiosos sobre el pasado indígena: "La leyenda de los soles" y "Los anales de Cuauhtitlán".

Durante los siguientes dos años aparecieron seis títulos más, entre ellos tres obras monográficas: *El poblamiento y la formación de los pueblos de España* de Pedro Bosch Gimpera, *Biografía de Moctezuma* de José Fernando Ramírez y *El virreynato del segundo conde de Revillagigedo* de Jorge Ignacio Rubio Mañé; una obra cartográfica y dos recopilaciones documentales: *Las ordenanzas de los siglos XVI y XVII* de Silvio Zavala, la colección de documentos del *Archivo del general Porfirio Díaz* de Alberto María Carreño, y el *Diccionario biográfico de historia antigua de México* de Rafael García Granados.

Desde sus inicios se perfilaron tres áreas de trabajo: Historia antigua de México, Historia colonial y moderna y Antropología. Dentro de esta última área, el Instituto participó en diversos proyectos arqueológicos y antropológicos. Por ejemplo, en 1945 colaboró en las excavaciones de Santiago Tlatelolco.

Hacia finales de la década de los cuarentas ya se había incrementado el número de miembros. Formaban parte de su planta académica los investigadores: Rafael García Granados, Pablo Martínez del Río, Josefina Muriel de la Torre, Alicia Olivera, Manuel Mestre Ghigliazza, Alberto María Carreño, Ignacio Rubio Mañé, Robert H. Barlow, Víctor Rico González, Salvador Azuela, Carlos Sánchez Navarro y María Elena Manzanera del Campo. Además, se habían integrado cuatro técnicas académicas: Guadalupe Boronio, Rosaura Hernández, Gloria Grajales y Beatriz Arteaga, con la finalidad de apoyar la investigación y las labores del departamento editorial.

En 1949, al término del periodo de Pablo Martínez del Río, ocupó la dirección Rafael García Granados por los siguientes trece años, interrumpidos sólo por algunos periodos en los que volvió a ocupar la dirección en forma interina Pablo Martínez del Río.

El periodo de consolidación

En abril de 1954 la Universidad Nacional inauguró su nuevo campus en la Ciudad Universitaria y el Instituto se mudó a



la torre de Humanidades, anexa a la Facultad de Filosofía y Letras. A pesar de la lejanía y la separación de la Biblioteca Nacional, la mudanza resultó ventajosa porque las nuevas instalaciones brindaban más espacio —cada investigador tenía un cubículo propio, se contaba con un salón para reuniones y con un lugar para la biblioteca— y esto, a su vez, hizo posible una vida académica más intensa. A partir de ese momento se empezó a formar la biblioteca, así como una mapoteca y un archivo de microfilmes, orientados a apoyar las investigaciones de la dependencia.



Durante estos años se incorporaron nuevos miembros al Instituto, entre ellos Juan B. Iguíniz, Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla, Delfina López Sarrelangue, José Miranda, María del Carmen Velázquez, Arturo Arnaiz y Freg, Guadalupe Pérez San Vicente, José María Luján, Arturo Langle, José Valero, Rosa Camelo, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Mauricio Swadesh, Santiago Genovés, Alberto Ruz, Eduardo Noguera y Luis Aveyra, lo que permitió ampliar los trabajos que se venían realizando.

En 1956 el Instituto sufrió la irreparable pérdida de su entonces director, doctor Rafael García Granados. Sin embargo, su memoria seguiría viva a través de la generosa donación de su biblioteca personal a la dependencia, que todavía hoy constituye uno de los fondos más ricos del acervo. En su recuerdo la biblioteca lleva su nombre.

A la muerte de García Granados, Pablo Martínez del Río nuevamente tomó posesión como director. Durante el segundo periodo de este ilustre historiador creció el número de investigadores del Instituto y éste logró consolidarse desde el punto de vista académico. Ingresaron Alfredo López Austin, Víctor Manuel Castillo, Martín Quirarte, Álvaro Matute, Ignacio del Río, Josefina García, Carlos Bosch García, Edmundo O'Gorman, Juan Ortega y Medina y Luis González Rodríguez.

A partir de esta época se fomentó la creación de seminarios, cuya finalidad fue impulsar la discusión y el ejercicio crítico, así como la realización de tareas conjuntas, como, por ejemplo, el análisis y la traducción de textos o la edición de fuentes.

En 1957 Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla crearon el Seminario de Cultura Náhuatl, que persiste hasta hoy día. Dicho seminario se propuso estudiar los vestigios antiguos, las manifestaciones actuales de la cultura y la lengua náhuatl. Los miembros del seminario se dedicaron a la recopilación de textos y a su traducción, así como a la realización de investigaciones sobre el mundo de los nahuas. Este trabajo ha implicado el rescate de manuscritos antiguos y la vinculación con personas provenientes de las comunidades indígenas de tradición nahua. Con el fin de dar a conocer los resultados de sus investigaciones, el seminario fundó la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, cuyo primer número salió a la luz en 1959.

Durante este último año se fundó el Seminario de Cultura Maya, bajo la dirección de Alberto Ruz. Sus objetivos eran similares a los del Seminario de Cultura Náhuatl. Sin embargo, al año de su fundación se integró al Instituto de Investigaciones Filológicas, donde permanece actualmente.

Por otra parte, la proximidad entre la torre de Humanidades y la Facultad de Filosofía y Letras permitió que se estrecharan aún más los vínculos ya existentes entre el Instituto y dicha Facultad. La mayoría de los investigadores impartía clases y dirigía tesis; los alumnos acudían al octavo piso de la torre de Humanidades para recibir asesoría de los investigadores y pasaban gran parte de su tiempo en la biblioteca del Instituto.

De manera similar a lo que había ocurrido con Rafael García Granados, en 1963 la muerte sorprendió a Pablo Martínez del Río cuando todavía ejercía las funciones de director. En sustitución de él la Junta de Gobierno nombró a Miguel León-Portilla.

En la década de los sesentas se fortaleció el área de antropología del Instituto y en agosto de 1963 se convirtió en una sección, bajo la dirección de Juan Comas. A dicha sección quedaron adscritos los especialistas en antropología física, arqueología, etnología y lingüística. En 1964 se creó la revista *Anales de Antropología*, cuyo objetivo era divulgar los resultados de las investigaciones de esta sección. A lo largo de diez años la Sección de Antropología pudo aumentar el número de sus investigadores y consolidarse académica-

mente, lo que permitió que en noviembre de 1973 se separara del Instituto de Investigaciones Históricas para convertirse en un instituto nuevo, el de Investigaciones Antropológicas.

Con la finalidad de fortalecer las áreas de historia colonial e historia del siglo XIX y de dar a conocer los resultados de las investigaciones en dichas áreas, se fundaron las revistas *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* y *Estudios de Historia Novohispana*, en 1965 y 1966.

Durante estos años se fomentó el intercambio académico con instituciones afines en México y el extranjero, se realizaron proyectos académicos conjuntos, se impartieron conferencias, se organizaron congresos y se intercambiaron publicaciones.

Con el fin de apoyar el desarrollo de la investigación histórica en los estados de la República se establecieron contactos con diversas universidades y centros de investigación y se brindó asesoría a muchos de ellos. Particularmente estrecha fue la relación con la Universidad Autónoma de Baja California. En 1975 el Instituto impulsó la creación del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, en Tijuana. Dicho centro tenía la finalidad de impulsar las investigaciones sobre la península de Baja California, así como fomentar la docencia y la difusión en el área. La UNAM ofreció apoyo económico y, en particular, el Instituto de Investigaciones Históricas se comprometió a dar el respaldo académico.

En 1965 se creó el programa de becarios, cuyo principal objetivo era formar personal académico. Los becarios trabajaban bajo la vigilancia y asesoría de sus tutores y en la mayoría de los casos formaban parte de los seminarios y grupos de trabajo.

Posteriormente, en 1975, asumió la dirección del Instituto Jorge Gurría Lacroix pero sólo estuvo poco más de dos años al frente de la misma porque un terrible cáncer le arrebató la vida.

El periodo contemporáneo

El Instituto recibió un nuevo impulso bajo la dirección de Roberto Moreno de los Arcos, quien sustituyó a Gurría y estuvo once años al frente de la dependencia.

En este periodo se fomentó la discusión y la creación de seminarios de trabajo; entre otros se fundaron, en 1979, el Seminario de Historia del Noroeste y, en 1985, el Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas. El primero se dedicó al estudio del pasado de la región que actualmente comprende los estados de Sonora, Sinaloa y Baja California y el segundo se propuso la tarea de traducir e interpretar textos históricos en lengua náhuatl.

Durante esta época la presencia de investigadores visitantes permitió estrechar las relaciones con instituciones afi-

nes y estimuló el intercambio intelectual con colegas pertenecientes a diferentes ámbitos académicos.

En 1979 se editó por primera vez el *Boletín Históricas*, que a partir de ese momento apareció con una periodicidad trimestral. Se trata de un órgano informativo, cuyo objetivo es dar a conocer las principales actividades realizadas en el Instituto e informar sobre lo ocurrido en el medio académico relacionado con la historia. Asimismo, el *Boletín* constituye un foro de discusión sobre las tendencias historiográficas novedosas y los nuevos enfoques metodológicos, así como un sitio en el cual se reseñan los libros de reciente aparición.

En 1987 el Instituto se mudó a un nuevo edificio, ubicado en el circuito Mario de la Cueva, que es una nueva área de la Ciudad Universitaria dedicada a las humanidades. Las dimensiones del inmueble permitieron contar con salones para seminarios, una sala de actividades, cubículos para todos los investigadores y un gran acervo para la biblioteca.

Con motivo del nombramiento de Roberto Moreno de los Arcos como coordinador de Humanidades fue designada Gisela von Wobeser directora del Instituto, en julio de 1989.

El 15 de mayo del presente año cumple el Instituto cincuenta años de vida. Esta circunstancia nos ha permitido reflexionar en torno a la propia historia del Instituto, sus objetivos, sus logros y sus deficiencias. Creemos que su gran fortaleza radica en la continuidad de un esfuerzo por mejorar la calidad académica y fomentar la discusión crítica. Continuidad ha habido también en el trabajo de los seminarios, en los programas de apoyo a becarios, en la asesoría a instituciones de los estados y en la edición de las revistas del Instituto. Estas últimas, aunque en ocasiones con retrasos, han seguido apareciendo hasta la fecha.

Posiblemente el mejor fruto de la labor del Instituto han sido sus publicaciones. A lo largo de sus cincuenta años se han editado un total de 354 títulos. Actualmente el fondo editorial consiste en 331 títulos, los cuales se encuentran en la librería del propio Instituto y en las librerías más prestigiadas del país.

Hoy día nos encontramos frente a nuevos retos. La historiografía se ha enriquecido con metodologías derivadas de las ciencias sociales y han surgido nuevas orientaciones historiográficas, por ejemplo, la historia de las mentalidades, la de la mujer y la económica. Los temas de interés se han ampliado, existiendo una gran preocupación por el pasado de las minorías y de los marginados. A pocos años de iniciarse un nuevo siglo, la actual centuria ha cobrado dimensión histórica, lo que ha impulsado proyectos sobre historia contemporánea. Así, la historia es una ciencia dinámica, que se va transformando a medida que cambia la sociedad y conforme surgen nuevas inquietudes sobre aspectos específicos del pasado. ♦

Raymond Aron: la historia-acción



ARTURO GÓMEZ-LAMADRID

Porque es a la vez animal y espíritu, el hombre debe de ser capaz de superar las fatalidades menores, la de las pasiones mediante la voluntad, la del impulso ciego mediante la consciencia, la del pensamiento vago mediante la decisión.

En este sentido, a cada instante, la libertad pone nuevamente todo en juego, afirmándose en la acción, donde el hombre ya no se distingue de sí mismo.

el hombre no sólo está en la historia, porta en sí la historia que explora.

R. A.

A Rosario Narezo

¿Por qué (re)leer a Raymond Aron en estos tiempos de comunismo decapitado, guerra fría inexistente e independencia argelina? Pues fueron éstos algunos de los temas a los que el sociólogo francés dedicó reflexión y tinta, más desde una trinchera periodística, tomando los acontecimientos “en caliente”, reaccionando al vaivén de los hechos, que desde la apacible posición del historiador, estudioso de la misma materia pero a toro pasado y a largo plazo.

Una primera razón se sustenta en la actitud del periodista de *Combat* y *Le Figaro*, practicante durante casi cuarenta años del difícil oficio de educar a la opinión pública con sus editoriales, e ineludible ejemplo de la definición que él mismo dio de lo que debe ser un comentarista:

... condenado a juzgar antes de tener en mano todos los elementos del asunto, a hacer juicios más allá de un saber demostrado... el comentarista ideal, particularmente en materia económica, es un sabio iluminado y escéptico, que no es prisionero de teoría alguna, así sea una propia, y que conserva el gusto de lo singular, la aquiescencia del pragmatismo y la sonrisa del sentido común.

El aporte esencial del estilo aroniano del comentario político-económico es el carácter de una reflexión que tiene como premisa nunca separar lo deseable de lo posible, la autopro-

hibición deliberada de la sugerencia obvia, irrefutable por vaga, desdeñosa de algo tan importante como la base ética que debe fundamentar toda propuesta: el análisis y la ponderación de las condiciones reales que enfrentará la acción.

Sin embargo, la veta aroniana no se agota ahí. Detrás del lúcido comentarista obligado a la reflexión inmediata y apremiante que le imponía el periodismo, está también el filósofo, el pensador, el profesor de la Sorbona y del Collège de France. Y aquí reside una segunda razón de su actualidad: la vigencia e importancia de “la articulación entre una reflexión sobre las condiciones y los límites del conocimiento de la realidad histórico-social (una filosofía de las ciencias sociales) y un análisis de las acciones históricas y de los valores capaces de impulsarlas o de permitir su crítica (una filosofía de la política)”.¹ Aron se planteó entonces pensar el problema de los límites del conocimiento histórico y poner en claro “las relaciones entre el conocimiento de la historia que se está haciendo y las decisiones que el ser histórico está condenado a tomar”.²

Proponemos una tercera razón: el interés y el valor de la inteligente crítica que el *espectador comprometido* hizo, a partir de un profundo conocimiento de las obras que los conforman, de dos sistemas de pensamiento pretendientes de lo absoluto, vértices subsecuentes de la filosofía y la política en los últimos ciento cincuenta años y cuya influencia rebasó ampliamente las fronteras europeas de sus orígenes: el marxismo y el existencialismo. En efecto, Aron mantuvo un diálogo permanente con las ideas de Marx y de Sartre. El análisis de *El Capital* le parecía un elemento indispensable para la comprensión de la naturaleza del mundo actual pero se oponía categóricamente a deducir de este análisis un sentido de la historia, una determinación histórica establecida por

¹ Sylvie Mesure, en Raymond Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, Gallimard, Tel, Paris, 1986, p. II.

² Raymond Aron, *Mémoires*, Julliard, France, 1983, p. 115.

las leyes de la dialéctica que sólo requeriría de agentes para realizarse. Aron estudió concienzudamente los análisis de los *Grundrisse* y supo siempre que se trataba de los fundamentos de una posible ciencia de la historia. Desde su punto de vista, la teoría de la plusvalía, la irrupción de la fuerza de trabajo como mercancía, el estudio de la gestación, expansión y transformación del capital, arrojaban valiosas luces sobre el funcionamiento de las sociedades industriales. Pero cuando el análisis se volvía profecía, cuando la realidad era concebida como el cumplimiento inexorable del guión de la historia, Aron refutaba y exigía siempre la confrontación con los hechos, con “los hombres de carne y hueso” como reza, justamente, *El Capital*. En cuanto a su relación con Sartre, ¡tantas cosas los unen y tantas otras los separan! En 1924, por ejemplo, Aron ocupó el lugar número 14 en el concurso de ad-



misión de la École Normale Supérieure, mientras que Jean-Paul Sartre fue séptimo. Cuatro años después, en el examen para obtener el diploma de profesor titular de la cátedra de filosofía, Aron fue el número uno y su *pequeño camarada* fracasó. Fracaso temporal pues al año siguiente obtendría el primer puesto (Simone de Beauvoir el segundo y Paul Nizan el quinto). Eran años de convergencia y amistad. La guerra, sus secuelas y las diferentes concepciones que tenían de la libertad los llevarían, primero, a la separación física y, más tarde, a una rivalidad constante y creciente en los debates políticos del mundo contemporáneo.

Creo, sin embargo, que más allá de estas u otras razones, la lectura de la obra de Aron es una valiosa herramienta para

repensar la política y la historia. La política como quehacer humano, luminosa y oscura, apasionante y repugnante, azarosa y previsible pero, sobre todo, irreductible a la moral. La política como necesidad y la democracia como artificio. Una inevitable, la otra deseable. La historia como posibilidad de análisis de los acontecimientos, libre de determinismos, instrumento ambiguo de esclavización y liberación del hombre, circunstancia que se impone a él pero, y al mismo tiempo, le abre, como saber reflexivo, la posibilidad de rebasar la historicidad y dar un sentido a su existencia.

I

Raymond Aron nació en París el 14 de marzo de 1905. También ahí moriría, setenta y ocho años más tarde, habiendo sido fiel en su existencia a la arenga tocquevilliana de enfrentar siempre el futuro con el temor que conduce a la vigilia y al combate, y no con el lánguido e indolente terror que abate y debilita el espíritu.

La trayectoria social y profesional de la familia Aron se teje en la añosa urdimbre de la comunidad judía francesa. Emancipados por las medidas liberales de la Revolución, confirmadas durante la Restauración, los judíos franceses rompen el confinamiento profesional y geográfico al que habían sido obligados. Un médico que en 1744 salvó la vida de Louis XV en un poblado de Lorena, es un ancestro del futuro filósofo de la historia. Ya en el siglo XIX, Ferdinand Aron, abuelo de Raymond, consolida el ascenso social de su clan. Fabricante y comerciante de textiles, formó parte de los industriales de este ramo —casi siempre judíos o protestantes— que jugaron un papel decisivo en el desarrollo económico del este francés al finalizar el siglo.

Una singular y afortunada costumbre familiar envuelve la infancia de los tres hermanos Aron: Adrien, Robert, Raymond: la sobremesa nocturna durante la que se conversaba acerca de muy diversos temas y, particularmente, de política. Es indudable que el maestro de fácil palabra, el certero y agudo conferenciante, el polemista implacable, tuvo en estas pláticas familiares un valioso entrenamiento. Su padre gustaba de la participación vehemente de los hijos en las discusiones. Hasta antes de su entrada al liceo Condorcet —donde le fue revelada la filosofía—, el tenis, el alpinismo, los trabajos escolares y las tertulias en la casa de Versalles formaron el universo del tercer vástago de Gustave y Suzanne Aron.

Las palabras de Sartre refiriéndose a los años de la Normale (1924-1928), definen nítidamente lo que significó este periodo para la pareja Sartre-Aron: “el inicio de la independencia” y “cuatro años de felicidad”. La École Normale Supérieure vivía entonces su mejor época, ejercía gran influencia entre la clase política de la tercera República y proveía a la Academia Francesa de gran parte de sus miembros. En filosofía reinaban Bergson, Brunschvicg y Alain. La guerra

de 1914 había jugado un papel decisivo en el confinamiento de la filosofía francesa dentro del neokantismo pues toda una generación había sido borrada por ella. Así, el descubrimiento de la fenomenología en Francia tuvo que esperar a la generación de Aron, Sartre, Merleau-Ponty, Hyppolite y Soustelle.

La profunda amistad que trabaron Raymond y Jean-Paul Sartre, diluida posteriormente en los fragores ideológicos del siglo, data de aquel tiempo. Todo lo que pasaba ante ellos era sujeto de análisis y crítica: la fealdad, el papel que desempeña el inconsciente, la herencia psicológica. Para Sartre, la libertad era absoluta. Se negaba a aceptar los conceptos de inconsciente y de patrimonio genético por considerarlos obstáculos a una libertad que sólo así, sin óbice alguno, deviene real. Inversamente, Aron afirmaba que la libertad no era adquirida sino conquistada mediante la reflexión y decisión. Pero no sólo pensaban en voz alta, tomaban clases y comentaban lecturas, también comían y bebían juntos, se solazaban en los cafés y los cines parisinos.

Poseedor del título de catedrático, Aron decide efectuar el paso obligado, rito iniciático de todo filósofo de la época: la estancia en Alemania y el estudio de la filosofía de ese país. Así, en marzo de 1930, logra la asignación de un puesto de profesor asistente en la Universidad de Colonia. Este viaje resultaría crucial para el brillante *normalien* pues no sólo leería con denuendo la obra de Marx y de Weber y descubriría el pensamiento de Husserl y de Heidegger (como hemos visto, poco conocidos en Francia antes de la segunda Guerra Mundial), asistiría además —simultáneamente a su segundo despertar filosófico— a un hecho que influiría de manera determinante en su anterior pacifismo y que constituiría un factor esencial en su educación política: el ascenso del nazismo. Tras año y medio en Colonia, Aron obtuvo un puesto en el Instituto Francés de Berlín. Ahí tomó conciencia, como testigo de la agonía de la República de Weimar —esta “República sin republicanos”— de que el destino del siglo se decidiría en la confrontación entre nazismo y comunismo, dos ideologías que pregonaban sus bases científicas; también ahí decidió, un día a las orillas del Rin, lo que se volvería su sino: emprender la elaboración de una crítica del conocimiento histórico y político. La descomposición social, política y económica de la Alemania de Weimar, inmejorable caldo de cultivo para el surgimiento del autócrata, y a la que la crisis de 1929-1930 vino a dar la estocada final, fue el escenario del pasaje berlinés que Aron vivió, un ambiente que presagiaba el arribo al poder del hombre fuerte, de la mano dura que vendría a poner orden en un país que, por un lado, se replegaba miedosamente en la salvaguarda de los valores individuales y, por otro, abrevaba su fiebre nacionalista en un remolino colectivo cuyo líder prometía *el reino de mil años*.

Vale la pena mencionar aquí una anécdota. En 1933, Thomas Mann, acosado por los cuerpos de propaganda y seguridad nazis en su calidad de autor “antialemán” y preocupado por salvar sus bienes monetarios (quinientos mil mar-

cos), encontró en Raymond Aron, deseoso de comprometerse en la acción para defender la libertad amenazada, al mejor destinatario para poner a buen recaudo su dinero. Así, fue el ilustre parisino quien realizó el traslado de la valija con la fortuna del autor de *La montaña mágica*, del domicilio de éste a la embajada de Francia.

Una vez iniciada la guerra y tras la movilización que lo condujo a hacerse cargo de una estación meteorológica en la frontera belga, cuando las fuerzas francesas no se replegaban aún ante el incontenible avance alemán, Aron decide unirse a la resistencia convocada por De Gaulle, desde Londres, el 18 de junio de 1940. Entre Pétain —que firmaría el armisticio con Hitler aceptando con ello la ocupación— y De Gaulle —con quien tenía diferencias que tenían que ver más con el estilo teatral del general que con sus ideas de fondo— no cabía la duda. Aron es, en su acción, absolutamente consecuente con su idea del hombre que trasciende su existencia efímera y precaria si se aboca a un fin histórico. Sabe que nosotros hacemos la historia, sabe que, inevitablemente, la pensamos en presente y que ese saber debe fundamentar nuestras decisiones y nuestros actos. Es consecuente con la idea central de su tesis doctoral sustentada en marzo de 1938:

... el sujeto del conocimiento histórico no es un sujeto puro, un “yo” trascendental, sino un hombre vivo, un “yo” histórico que pretende conocer su pasado y su entorno [...] Teoría del conocimiento histórico, mi libro es, al mismo tiempo, introducción a la ciencia política. Es una invitación a renunciar a las abstracciones del moralismo y de las ideologías para intentar determinar el verdadero contenido de las posibilidades de elección, limitadas por la realidad misma [...] La filosofía de la historia es esa parte de la conciencia que tomamos de nosotros mismos, cuando queremos vivir pensando lo que constituye nuestra vida.³

Al inicio del texto nos referíamos a la actitud que Aron mantuvo permanentemente como editorialista y comentarista político. Dos libros ligados íntimamente a su trabajo periodístico son buenos ejemplos del indisoluble vínculo que impuso siempre a sus reflexiones sobre la política, vínculo entre lo deseable y lo posible, entre los valores universales y la decisión que tiene su origen en el estudio de la circunstancia histórica tal y como se nos presenta: *El gran cisma*⁴ y *La tragedia argelina*.⁵ En ellos queda claro que para Aron pensar la política es

... pensar los actores que en ella intervienen es, por lo tanto, analizar sus decisiones, sus fines, sus medios, su universo

³ Citado en Nicolas Baverez, *Raymond Aron*, Flammarion, France, 1993, pp. 132-133.

⁴ Raymond Aron, *Le grande schisme*, Gallimard, NRF, Paris, 1948.

⁵ Raymond Aron, *La tragédie algérienne*, Plon, “Tribune libre”, Paris, 1957.

mental. El nacional-socialismo (le) había enseñado la potencia de las fuerzas irracionales, Max Weber, la responsabilidad de cada quien, no tanto la responsabilidad de sus intenciones como la de las consecuencias de sus decisiones.⁶

En *El gran cisma*, publicado en 1948, Aron hace un análisis de las condiciones en las que se desenvuelve la entonces incipiente guerra fría. Para ello estudia, en primer lugar, la circunstancia europea, la especificidad de sus estados-naciones y el péndulo espiritual característico del Viejo Mundo, oscilante entre la unión transfronteriza y el recelo nacionalista. En la segunda parte del libro, al ocuparse particularmente del cisma ideológico, Aron hace un examen del marxismo en su calidad de filosofía de la historia y fundamento de la acción revolucionaria que, dirigida por una clase consciente de su misión histórica, guiará a la sociedad entera a la realización de su libertad y a su paradigma: la sociedad sin clases. El contraste entre los postulados de la teoría marxista y la práctica del estado soviético bajo la égida de Stalin es puesto de relieve con el doble propósito de correr el velo que cubre los ojos de muchos intelectuales de Occidente, obnubilados por esta mistificación, y de hacer oír el llamado en defensa de las democracias occidentales, orientando la acción en contra de este nuevo redentor que para llevarnos fraternalmente a la tierra prometida, al paraíso futuro, no duda en sacrificar el presente no sólo de los que se le oponen sino aun de la mayoría de aquellos que lo apoyan.

El contexto francés y su cisma particular es el tema de la tercera parte de *El gran cisma*. Las predecibles rupturas de los diferentes grupos que formaban la Resistencia y que podrían sintetizarse en la más importante de ellas, comunistas *vs.* anticomunistas; las nuevas alianzas que involucraban a católicos, socialistas y liberales, y sobre todo, el paso de un país bajo el liderazgo de un hombre que era el símbolo de la nación a un país en el que este mismo hombre era el jefe de un partido de oposición al régimen, definen los cambios más importantes en el tablero de la política francesa durante el periodo que va de la Liberación a 1947.

El análisis de estos tres cismas desemboca en cuatro propuestas de reforma para la nación: la política, la económica, la social y la intelectual. En cada una de ellas no hay recetas, hay ideas basadas en el estudio de las circunstancias y sujetas a discusión. Sólo daré un ejemplo, subrayando de paso que estas propuestas adquieren su valor real si las leemos situándolas en el contexto en el que fueron elaboradas, es decir, al calor de los acontecimientos que les dieron origen. Aron sostiene que la única perspectiva de solidez para los estados nacionales europeos frente al comunismo es la constitución de una federación de los países de Europa occidental basada en acuerdos y compromisos específicos. El

objetivo en Francia: un régimen con autoridad pero sin autoritarismo, un pluralismo que no signifique impotencia del Estado. Los medios para lograrlo: la restauración del Estado, la estabilidad del poder ejecutivo, el perfeccionamiento de la técnica administrativa y de la competencia económica. Cada una de estas medidas tiene una importancia y un peso intrínsecos pero ninguna sería suficiente si se tomara de manera aislada; sólo su conjunción acercaría al país al objetivo planteado. Ni comunismo, ni despotismo de derecha sino un régimen de libertades y de Estado de derecho.

En *La tragedia argelina*, Aron se pronuncia por la independencia de Argelia subrayando, por una parte, los problemas militares, económicos y políticos que ocasionaba el mantenimiento de la presencia francesa en esta colonia norafricana y, por otra, la flagrante contradicción entre un país colonialista y los valores y principios que constituían el cimiento de sus instituciones desde la Revolución de 1789. Las convergencias con el Partido Comunista Francés se daban en el terreno de este último argumento; sin embargo, la propuesta de Aron, basada en un sagaz y detallado estudio de la realidad, iba más allá, asumiendo hasta sus últimas consecuencias los dictados del análisis y no cediendo a las fustigaciones ideológicas: los medios destinados por la República francesa a una confrontación militar que resultaría inútil, deberían ser empleados para impulsar el desarrollo del Estado argelino y para indemnizar y reintegrar a los franceses que regresarían a la metrópoli una vez realizada la independencia.

II

En los años de la posguerra Aron mostró, en la defensa de sus convicciones, una firmeza idéntica a la que había manifestado en 1932-1933, a su regreso de Alemania, cuando propuso en vano una respuesta firme y rápida de Francia a la aventura hitleriana. La guerra había cambiado muchas cosas. A pesar de la solidez de sus argumentos, la nueva propuesta aroniana, la necesidad de la reconciliación franco-alemana, navegaba otra vez a contracorriente.

Aron sostenía que la única posibilidad de detener el avance soviético y de emprender con éxito la edificación europea, era la plena integración de Alemania al pacto atlántico y la contribución de los vencedores a su reconstrucción. Su convicción no partía de la nada pues los nuevos dirigentes alemanes expresaban sin ambages su adhesión a la democracia liberal y a Occidente.

A los cambios políticos y estratégicos que trajo el fin de la guerra, se sumaron cambios en los gustos, las costumbres y las preocupaciones de los franceses. Una generación que había brillado antes de la conflagración y de la que formaban parte André Gide, Charles Maurras, Georges Bernanos y Louis-Ferdinand Céline cedía su lugar de privilegio a escritores como François Mauriac y Jean Paulhan, que sin embargo

⁶ Raymond Aron, *Mémoires*, pp. 79-80.

no pertenecían a la verdadera generación de la Liberación, nicho de sensibilidades heterogéneas, aun contradictorias, marcada por una doctrina, el existencialismo, y matriz de dos futuros Premio Nobel de literatura: Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Figuraban además en ella Raymond Aron, Maurice Merleau-Ponty y Hubert Beuve-Méry. Cada uno de ellos se acercó al marxismo de distinta forma, ninguno se sustrajo a él. Sartre, apolítico antes de la guerra, iniciaba en esos años su camino a la notoriedad literaria con la publicación de *La náusea* y descubriría en sí mismo un apego y una fidelidad incondicionales al proletariado y a la revolución. Camus, cuyo sentido de la sinceridad y la justicia encontraría en su juventud un cauce en el comunismo, era la esencia de *Combat*, el periódico de la Resistencia que, sin embargo, no franquearía el paso de una sociedad de tiempos de guerra, aferrada a una esperanza y a un hombre, a una sociedad de régimen de partidos. Algunos años después, el autor de *El extranjero* sostendría con Sartre una famosa polémica a propósito del régimen soviético. Merleau-Ponty, partiendo de la fenomenología de Husserl, de la teoría de la conciencia como intencionalidad, desembocó en una lectura existencialista del marxismo y en la defensa del comunismo como razón histórica del sujeto, antes de tomar distancia de él en 1955. Beuve-Méry lograría la hazaña de fundar un periódico que con el tiempo se volvería referencia obligada de la *intelligentsia* francesa: *Le Monde*.

No sólo eso, Aron, Sartre y Merleau-Ponty serían cofundadores de *Temps Modernes*, estandarte del existencialismo. Simone de Beauvoir narra la escena en la que decidieron el nombre de la revista:

Buscábamos un nombre. (Michel) Leiris, que conservaba de sus épocas de joven surrealista el gusto por el escándalo, propuso un nombre estruendoso: Le Grabuge (La Gresca); no lo adoptamos porque queríamos, ciertamente, fastidiar, pero también construir. El título debía indicar que estábamos positivamente inscritos en la actualidad, como tantos periódicos desde hacía tantos años habían dicho lo mismo, no tuvimos muchas opciones; nos manifestamos por *Temps Modernes*, era un nombre gris pero el guiño que hacía a la película de Chaplin nos gustaba [...] El segundo problema fue el diseño de la portada. Picasso hizo una muy, muy bella pero que era más apropiada para cuadernos de arte que para *Temps Modernes*. Finalmente, un diseñador de la casa Gallimard propuso un proyecto que satisfizo a todos. Nuestras discusiones se referían a cosas sin importancia pero me encantaban: esa comunidad de empresa me parecía la forma más acabada de la amistad.⁷

Eran los últimos meses de esa amistad. La ruptura de Aron con Sartre se produjo progresiva e inevitablemente, no de un solo golpe. Uno de los múltiples episodios que confirmaron el mutuo distanciamiento tuvo lugar en 1947, du-

rante una conferencia que Aron dictó a propósito de la relación entre marxismo y existencialismo. En ella, Aron ponía de relieve la incompatibilidad de estos dos sistemas:

para uno, la humanidad nace del trabajo, para el otro, de la conciencia que se desprende de sí misma; para uno, la historia permite trascender la lucha de clases para dirigirse a la libertad, para el otro, la historia se reduce al ciclo infernal de la violencia; para uno, la revolución es necesaria, guiada por la razón, determinada a su vez por el sentido de la historia, para el otro, la revolución es una revuelta individual radical contra lo real [...] Aron señalaba así la verdadera debilidad del existencialismo, demasiado fenomenólogo para su filiación marxista, demasiado marxista para su deuda con la fenomenología.⁸

La influencia y el prestigio de Sartre, la fuerza de la idea comunista y dos tragedias personales aislaron a Aron de su medio natural, el de los intelectuales de izquierda. Aunque François Mauriac, Albert Camus y Maurice Merleau-Ponty tomaron progresivamente distancia del comunismo, nunca suscribieron las posiciones del filósofo liberal. Así, de 1947 a 1955, Aron fue un hombre solo.

Había conocido a Suzanne Gauchon en 1932, a su regreso de Alemania, durante uno de los encuentros campestres que la organización, el ánimo y el don de gentes de Paul Desjardins hacían posibles puntualmente, reuniendo a escritores e intelectuales de renombre agrupados en torno de la *Nouvelle Revue Française*. Asistían entre otros, a las famosas *décades de Pontigny*, los tres Andrés: Gide, Malraux y Maurois, Roger Martin du Gard, Paul Claudel y Alexandre Koyré. Una de las tradiciones de esta cofradía era invitar al número uno del concurso de *agrégation* de filosofía de la École Normale Supérieure. Gracias a ello, Aron se había hecho presente por vez primera en 1928, poco antes de su estancia en tierras germanas. Por su parte, Suzanne, ex condiscípula y amiga de Christiane Martin du Gard, hija de Roger, hacía por aquellos años estudios de letras clásicas en la Sorbona, lo que animó a Roger a convidarla a las reuniones. Raymond y Suzanne se casaron un año más tarde y poco después, en 1934, tuvieron una niña, Dominique.

Cuando Dominique Aron tenía diez años llegó el segundo bebé, Emmanuelle. Con dos hijas entrañables y una gran compañera, las cosas parecían ir mejor que nunca, hasta que llegó el trágico 1950. Un nacimiento y una muerte ensombrecerían la vida de los Aron. En julio de ese año nació Laurence, afectada de mongolismo. Impotencia, desconcierto, tristeza, rabia y culpabilidad se mezclaron en el confuso y punzante sentimiento que invadió el espíritu de Raymond. Cinco meses después del terrible hecho, Emmanuelle, de apenas seis años, fallecía víctima de una leucemia fulminante.

⁷ Simone de Beauvoir, *La force des choses*, Gallimard, Paris, 1963, pp. 24-25.

⁸ Nicolas Baverez, *op. cit.*, p. 240.

La construcción de Europa fue el asidero del que Aron se sirvió para atravesar esos tiempos difíciles. Dos concepciones de Europa se enfrentaban, una de tendencia supranacional, promovida por Francia; otra que veía la unión desde la perspectiva de una cooperación interestatal tradicional, defendida por la Gran Bretaña. En los diferentes textos que por entonces escribió para *Le Figaro*, Aron apoyó y desarrolló la tesis de la importancia del rearme alemán en la defensa del continente. La invasión de Corea del Sur por las tropas de Corea del Norte, apoyadas por soviéticos y chinos, demostraba que Europa debía poseer una fuerza en su territorio que complementara estratégicamente la garantía estadounidense. Ahora bien, en estas circunstancias, el mérito de Aron reside en la clara formulación del problema y en la solución que propone. ¿Un ejército europeo o un ejército alemán en el seno de la OTAN? Para él, ante la ausencia de una unión europea como entidad política, la creación de un dispositivo militar supranacional implicaba grandes riesgos de mando y por lo tanto de desempeño. Por ello, era preferible el rearme alemán, no sólo porque en su calidad de miembro a carta cabal de la nueva Europa la República Federal tenía ese derecho sino también por razones de eficacia militar.

A partir de 1951, Aron fue un asiduo colaborador de la Revista *Preuves*, publicación favorable al pacto atlántico y a la edificación europea, crítica del macartismo y firme opositora a la URSS. Netamente europea, escribían en ella Hannah Arendt, André Malraux, Czeslaw Milosz, Georges Orwell, Denis de Rougemont y Manès Sperber, para no citar sino a los más célebres. Su aparición produjo violentos ataques de *Temps Modernes*, *Esprit* y *Le Monde*, ofensivas que demostraban la gran influencia comunista en la vida política e intelectual francesa.

La fuerza de los comunistas en Europa se extendía a otros confines del planeta. Aron sabía que la desmistificación sistemática de los valores comunes a la *intelligentsia*, la izquierda, la revolución y el proletariado era imprescindible en la lucha que debían librar las democracias occidentales ante tan poderoso enemigo. A ello se abocó y el resultado fue un magnífico libro que tuvo repercusiones inmediatas, de las que el mejor ejemplo es quizá la "conversión" de François Furet. Si es cierto que la utilidad de un libro se mide por su aportación al itinerario personal de sus lectores, *L'opium des intellectuels* cumplió cumplió cabalmente su misión con este ilustre lector. Dice Furet:

Recuerdo como si fuera ayer la influencia que el libro ejerció en mí. Abordaba de manera oportuna el conjunto de preguntas que yo me hacía de manera más o menos explícita (me temo que más bien menos que más); y si bien yo no tenía suficiente espíritu crítico para compartir toda la demostración, su lectura me dejó al menos muchas dudas en las que percibía ya

la destrucción de una creencia cuya burda fascinación me quedaba por explicar.⁹

Una vez más la *acción* de Aron, basada en una *decisión* de carácter histórico, rendía frutos. Una acción cuyo fundamento filosófico se encontraba ya en la *Introduction*:



Hemos considerado histórica la *decisión* porque los valores a nombre de los cuales juzgo el presente provienen de la historia, depositados en mí por el espíritu objetivo que asimilé a medida que me elevaba a la conciencia personal. Por otra parte, la *decisión* no es una actividad exterior a mi ser auténtico, es el acto decisivo mediante el cual me comprometo y establezco el medio social que reconoceré como propio. La *decisión* en la Historia se confunde en realidad con una decisión sobre mí mismo, pues tiene por origen y por objeto mi propia existencia.¹⁰

⁹ François Furet, *La recontre d'une et d'une vie*, en Raymond Aron 1905-1983: *Histoire et politique*, Paris, *Commentaire*, núm. 28-29, 1985, p. 53.

¹⁰ Raymond Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, Gallimard, Tel, Paris, 1986, p. 416.

Luego de una accidentada elección que le permitió obtener la cátedra de sociología en la Sorbona en 1955, Aron consagró varios años a dos actividades absolutamente universitarias. Por una parte, emprendió la crítica de la estructura y el funcionamiento de la prestigiada universidad y, por otra, se entregó a la enseñanza y a la investigación. Su reflexión se desplegó en tres ámbitos: la sociedad industrial, las relaciones internacionales y el estudio de las grandes corrientes del pensamiento sociológico y de la conciencia histórica. Concebidos como cursos, estos textos dieron lugar a tres libros,¹¹ sin que el autor estuviera del todo convencido de esta conversión. No sucedió lo mismo con *Las etapas del pensamiento sociológico*,¹² que Aron modificó de manera sustancial reescribiéndolo completamente. Portentoso intento de dilucidación de la conciencia que las sociedades modernas tienen de sí mismas, en él encontramos un estudio de la sociología del siglo XIX —Comte, Marx y Tocqueville— y de los autores de la generación del cambio de siglo: Durkheim, Pareto y Weber.

La relación de Aron con el marxismo fue prolongada y profunda. El método de investigación del sociólogo francés, histórico y crítico, debía mucho a Marx. Además, una pregunta lo obsesionó durante gran parte de su vida. Frente al extraordinario y mostruoso destino del marxismo en el siglo XX, ¿cómo explicar que el pensamiento de Marx, a pesar de sus contradicciones y de un desfase cada vez más evidente con la evolución de las sociedades desarrolladas, haya tenido tanto peso en la historia política e intelectual del siglo XX? Para Aron, un elemento primordial de la respuesta se encuentra en el dualismo del marxismo, que constituye simultáneamente su debilidad y su fuerza. Dualismo presente en Marx, hombre de acción y filósofo, militante revolucionario y analista social. Dualismo presente en su obra, lúcido análisis socioeconómico del capitalismo y utopía de una sociedad reconciliada en el comunismo, comprensión profunda de la dinámica mundial producto de la revolución industrial y profecía de su ineluctable fin. Tratando de esclarecer esta gran interrogante, Aron se planteó tres objetivos: extraer, de la masa y la confusión provocada por los exégetas del pensador alemán, el marxismo de Marx; basarse en el proyecto original de Marx para refutar las interpretaciones de algunos de sus discípulos, particularmente de los existencialistas y los estructuralistas; confrontar la historia del siglo XX con el marxismo, que constituye la herramienta principal para su explicación.

El inicio de los años setentas fue el escenario de la tardía entrada de Aron al Collège de France. Tenía sesenta y cinco años cuando ingresó a esta institución, símbolo del prestigio intelectual francés. También en esos años se iniciarían dos aconte-

cimientos relevantes: la toma de conciencia, ¡al fin!, de la comunidad intelectual gala ante las atrocidades del gulag reveladas por Soljenitsin, y el declive de la influencia de Sartre. Gracias a ello Aron fue “redescubierto” y, poco a poco, reconocido por ella. El filósofo de la historia, infatigable, pensaba ya en nuevos proyectos, particularmente en la redacción de dos libros que completarían el programa expuesto en la *Introduction*, uno acerca del marxismo de Marx, el otro dedicado a la historia del siglo XX. La vida tendría la última palabra: en mayo de 1977 Aron sufriría una embolia de la que se recuperaría bastante bien pero que resultaría determinante en la decisión de su futuro. No tenía ya ni el tiempo ni el vigor intelectual que requería la envergadura de las obras que había proyectado; en cambio, sentía la necesidad de contarse su propia vida, de hacer un balance retrospectivo de su existencia. Fiel a su pensamiento, el eje del libro no podría ser, sin embargo, únicamente su ser individual. Debía narrar su vida a la luz de las elecciones y las decisiones que había tomado en la historia que había vivido, en los avatares del siglo. Quizá por ello escogió como subtítulo de sus *Memorias* una frase que lo define: cincuenta años de reflexión política.

¿En dónde situar la verdad de Aron? Coincido totalmente con su biógrafo en cuanto al perpetuo desfase entre la generalizada percepción que de él se tiene —nutrida por lugares comunes e ideas sin asidero— y el espacio que realmente le corresponde. Pues

el intelectual colmado de honores, merecedor de las más altas distinciones, fue apartado de la universidad francesa por el estatus de los judíos. El sabio renombrado, blanco privilegiado de los estudiantes de mayo del 68, fue el crítico más virulento de la universidad tradicional, a tal punto que se convirtió en la oveja negra de la muy conservadora *Société des agrégés*. El editorialista aborrecido por los gaullistas en los años sesentas fue uno de los hombres de Londres y perteneció al exclusivo círculo de los fundadores del RPF. El anticomunista declarado, muy pronto tomó partido por la descolonización. El pensador encasillado en la derecha conservó toda su vida una sensibilidad y amistades de izquierda, mientras que el liberal no tenía ningún aprecio por los partidos y los dirigentes conservadores.¹³

Nuestras actuales, difíciles circunstancias, deberían llevarnos a un nuevo examen de las ideas aronianas, a una reflexión sobre nuestra historia, a la obtención de una vacuna contra los errores ya cometidos, a una erradicación total de la idea de necesidad histórica, de un sentido de la historia, pues

la comprensión de nuestra época no podrá ser posible mientras no nos liberemos de la ilusión de la necesidad: el siglo no será explicable, en la medida en que puede serlo, mientras no le devolvamos su carácter imprevisible, negado por los primeros responsables de sus tragedias.¹⁴ ♦

¹¹ Raymond Aron, *Dix-huit leçons sur les sociétés industrielles*, Gallimard, Idées, Paris, 1962; *La lutte de classes. Nouvelles leçons sur les sociétés industrielles*, Gallimard, Idées, Paris, 1964; *Démocratie et totalitarisme*, Gallimard, Idées, 1965.

¹² Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, Bibliothèque des sciences humaines, Paris, 1967.

¹³ Nicolas Baverez, *op. cit.*, pp. 15-16.

¹⁴ François Furet, *La pasión revolucionaria en el siglo XX*, en *Vuelta* núm. 216, noviembre de 1994, México, p. 8.

O'Higgins: la línea gruesa

ALBERTO HÍJAR



La carreta,
1970,
óleo/tela,
96 x 134 cm,
Col. particular

La característica formal dominante que identifica la obra de Pablo O'Higgins es la línea gruesa. En los paisajes, murales, litografías, carteles, ilustraciones, acuarelas y retratos al óleo o con acrílico, las figuras y su entorno son vigorizados con enérgicos trazos sintetizadores del gesto y de la ambientación.

En los años veintes, aún no aparece esta característica; en cambio destaca el diseño de las figuras como bloques más bien escultóricos, monocromos, apenas caracterizados con los contrastes de las manos y el rostro. Un espacio pictórico sin concesiones detallísticas es sintetizado en cada obra.

O'Higgins desarrolló desde entonces una capacidad especial de síntesis. Los cientos de dibujos para concretar como disciplina esa capacidad, prueban el rigor en la posible aplicación del color a la par que fijan actitudes, gestos y atributos del pueblo trabajador. Es menester el calificativo al pueblo porque O'Higgins lo plantea en situaciones de trabajo y descanso, el cual también forma parte de la producción. Esto plantea una manera de concebir las relaciones sociales seguramente asimiladas en la militancia comunista. Pero a diferencia de otros,

O'Higgins no fatiga los símbolos de la lucha popular ni recurre a discursos donde sea necesario un traductor para explicar la trama proletaria y sus soluciones épicas.

Por lo contrario, practica la definición del realismo que Engels hiciera en 1888 a propósito de la obra de la novelista Margaret Harkness. Caracteres típicos en situaciones típicas y formas sin adornos, son las notas fundamentales de un realismo que el teórico comunista recomienda no hacer obvio sino convincente.

Afirma Pablo O'Higgins su interés por registrar y testimoniar, "no como fotografía sino más bien como una transposición artística de la realidad". Reflejo sin espejo, que diría Julia Kristeva para justificar la teoría del reflejo leninista. De modo que la transposición artística de la realidad, nada tiene que ver con el reflejo mecánico sino con la transformación del objeto por el sujeto y del sujeto por el objeto. Para ello, Pablo tuvo claro que no hay situaciones privilegiadas sino que todo sin excepción puede ser trastocado artísticamente.

Lejos de las polémicas eurocéntricas sobre el realismo, no confronta el detalle con la totalidad para preguntarse si el realismo ha de ser la referencia a lo uno o a lo otro.

Si a la par se transforma y afecta la realidad como él lo hizo con su militancia comunista, su capacidad organizativa y sus tareas de educador, y se avanza en la esforzada apropiación de técnicas diversas, entonces la pretensión de construir un pueblo en la lucha por la satisfacción plena de sus necesidades incluso estéticas es tarea de toda la vida más allá de la pura proclama de los buenos deseos filantrópicos y de las rutinas formalistas.

Pablo O'Higgins realiza este esforzado trabajo técnico donde alcanza la excelencia. Su apego a la encáustica en pequeños formatos es determinante de la renuncia a los adornos aunque pudo haberlos conseguido en capas sucesivas de la pintura aplicada en caliente. Optó por las figuras como bloques escultóricos y ensayó, desde entonces, una representación del trabajo y el descanso, de la fatiga y la plena acción, donde el dibujo rompe el estatismo y contribuye a dar lugar a las figuras del pueblo en un espacio neutro. Los atributos ausentes quedan entonces sintetizados en las posiciones, en las austeras vestimentas, en los rostros y las manos sin calificación específica.

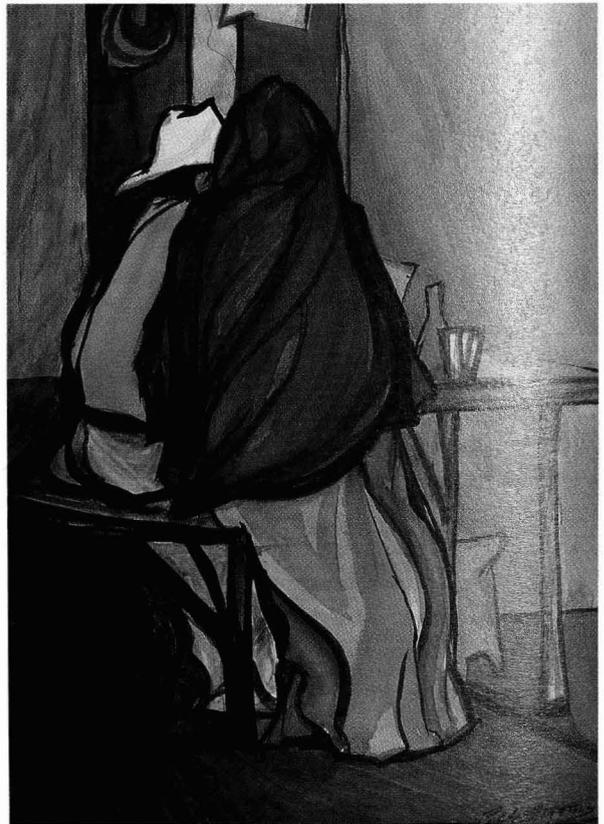
Resultan así obras de impactante modernidad porque prescindan de los estilos en boga y al renunciar a la adscripción a alguno de ellos, dan lugar a una austeridad pictórica ejemplar, por la claridad del referente representado y a la par, por el significativo que estimula la visión profundamente subjetiva irreductible a lo pintoresco y aleatorio.

No hay manera de distraerse en un oscuro espacio sin adjetivos donde se descubren personajes del pueblo evidentemente trabajador por la vestimenta, por la rigidez del cuerpo acostumbrado a la misma posición durante largas jornadas apenas rotas por los descansos en la calle, en la banqueta, en la puerta de la "pulcata".

El carácter típico del trabajo enajenado en situación urbana se concreta en esta primera etapa pictórica de Pablo O'Higgins:



Madre tierra, 1979, acuarela/papel, 60 x 43 cm,
Col. María O'Higgins



Pareja en Cuautla, s/f, acuarela/papel, 50.5 x 37 cm,
Col. María O'Higgins

una forma sin adornos, sin excesos declamatorios, sin aparente consigna política, esplende en las obras de pequeño formato de los años veinte.

La práctica del mural enriqueció el proyecto artístico de Pablo O'Higgins. Esto no puede reducirse a la pintura como tal sino que, por supuesto, remite a un proyecto hermenéutico y disciplinario. Había que dar a entender a un pueblo el sentido histórico y social de su propia lucha. Había que reproducir ese sentido con signos y en sitios públicos adecuados. La tesis de Roland Barthes de transformar la significación por la transformación de la realidad, es para los comunistas algo tan antiguo como las tesis de Marx sobre Feuerbach y sus Manuscritos de 1844, que no fueron publicados por cierto hasta los años treinta de este siglo. Pero aun en los manuales soviéticos de esos años de formación del todo político, Estado y partidos incluidos, la noción de práctica remitía en la producción artística al dominio de los signos y la técnica pero también a los procesos de circulación, valoración y reproducción. Ésta se plantea la formación de un sujeto histórico y social concreto, lo cual exige ese dar a entender hermenéutico, con su prédica, con sus instituciones, con sus cuadros políticos capaces de reproducir los fundamentos del saber necesario.

La disciplina exigida por esto es obvia. De una manera da lugar a la bohemia, a cierto comportamiento social selectivo, a unas relaciones amables con el poder político. De otra, la comunista, da lugar a la formación como trabajador de la cultura, a una selección social para constituirse, como parte de las relaciones del poder del pueblo, en conflicto y negociación con el Estado y con otros poderes adversos señalados y hasta explicados en los murales: el clero, los especuladores, los banqueros, los caciques, los demagogos.

La segunda generación de muralistas a la que pertenece Pablo O'Higgins formó su disciplina con las lecciones diversas y contradictorias de los maestros. De ellos fueron más que ayudantes o colaboradores, camaradas con voz y voto cuando compartieron la militancia o al menos el ideal político estratégico como referente de la significación. Así fue la relación con Diego Rivera enriquecida con los trabajos en las misiones culturales transformadas por los comunistas en foros de resistencia contra el caciquismo, el fanatismo y la ignorancia ancestral.

El sentido educador heredado del proyecto vasconceliano tuvo no sólo que descubrir los signos y las técnicas adecuadas a lo rural sino también constituir una disciplina de convencimiento y de formación. El sujeto históri-



Primero de Mayo en Nueva York, 1931, óleo/tela, 90 x 110 cm, Col. Juan Coronel Rivera

co y social deseado sólo puede construirse con la propia transformación. Especialmente para los artistas, esto es difícil por el dominio del individualismo eurocentrista y sus nociones de creación, genio, contemplación y por supuesto de mercado como fatalidad distributiva.

La práctica mural rebate ese dominio y constituye, en los mejores casos, un sujeto en lucha constante. Aspectos nuevos, sujetos nuevos, dice la revista *Vida Americana* editada por Siqueiros en Barcelona en 1922, como síntesis del sentido práctico al que habría que llegar.

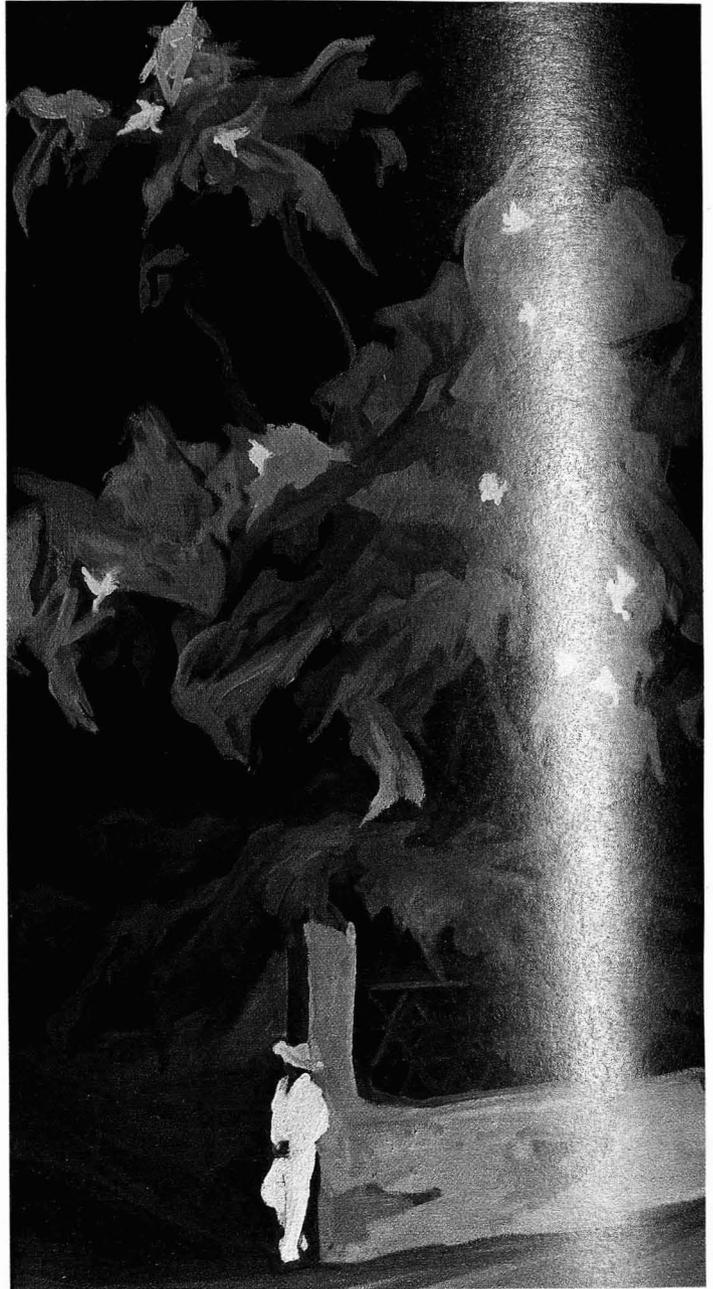
Lo cierto es que Pablo O'Higgins concreta todo esto en una estricta disciplina que se manifiesta desde que trabaja con Rivera en la realización de los murales de la Secretaría de Educación Pública y la Universidad de Chapingo, en el arranque de la Escuela Nacional de Agricultura fundada en los restos de una hacienda porfiriana. A la par, la militancia comunista exige reuniones con el pueblo trabajador y en ellas, la apropiación del sujeto se concreta en apuntes de gestos, actitudes, atributos, herramientas, actitudes en el trabajo. La síntesis de todo se produjo en y con la disciplina de trabajador de la cultura al servicio del pueblo mexicano en lucha. No fue de otra manera.

En 1931, las resonancias de la crisis de Wall Street golpean a América. Los trabajadores descubren el internacionalismo ante el ascenso de las dictaduras, la ilegalidad de los partidos comunistas y la insolencia de banqueros y funcionarios. Es entonces que Pablo pinta al óleo el cuadro gran formato sobre el *Primero de Mayo en Nueva York*. Desde arriba es registrada la golpiza de uniformados y civiles contra la ronda de manifestantes. Pablo registra el modo característico de manifestación de protesta motivado en Estados Unidos por la prohibición del plantón: los participantes tienen que moverse y lo hacen ordenadamente caminando en círculo. Éste es roto por el choque y con los cuerpos en posiciones forzadas, para significar la violencia; los que caen están pintados hacia adelante en un extremo y hacia atrás en el otro. Una mujer yace en la parte superior y un hombre da un golpe al policía que está a punto de descargar el macanazo.

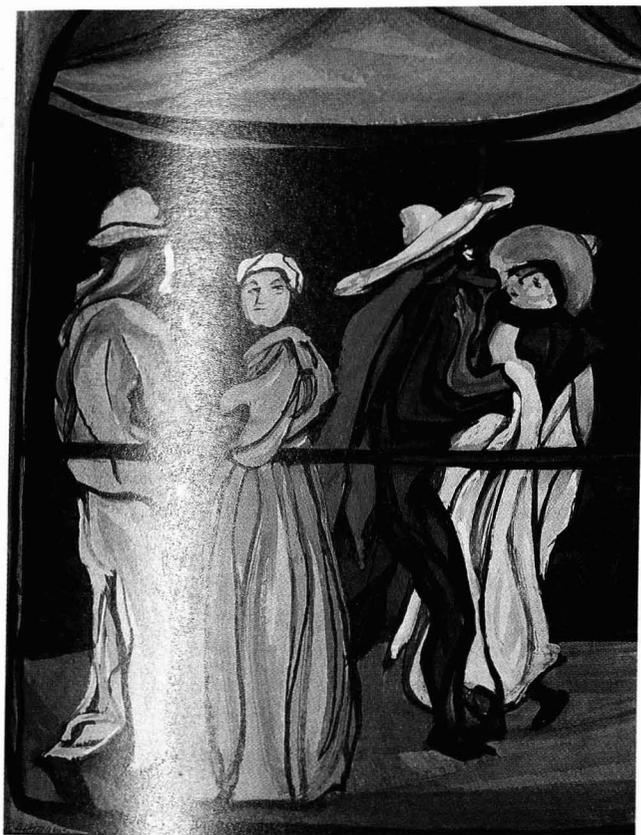
Sobre todo en el primer plano, el enfrentamiento está significado por las posiciones de los cuerpos y por las actitudes, más que por los rostros impassibles. El movimiento es conseguido por la composición circular y por el juego de tensiones de los cuerpos. Pablo ensayó entonces una significación distinta a sus registros de trabajadores monocromos. Hace prevalecer la oscura monocromía para evitar la estetización colorística del drama, usa el óleo opacando su brillantez festiva y especialmente en la figura del que golpea al policía, en un punto áureo del lado izquierdo, por supuesto, ensaya la modelación del abrigo con la línea gruesa.

En la búsqueda de atributos, Pablo O'Higgins no recurre a más referencia que la del trabajo y su entorno. Por esto no hay paisaje sin presencia humana ni hombres aislados y abstractos.

Una especie de humanismo en signos le exige las referencias al entorno y a la familia, a los compañeros, eventualmente a las situaciones particulares que en los murales suele significar con palabras que salen de una boca de por sí elocuente o con letreros pertinentes como el de "¡Armas para los trabajadores!" en el Mercado Abelardo Rodríguez. En cambio, en las pinturas y las litografías no propagandísticas, prefiere sintetizar en una flor, en un helado lamido mientras el cuerpo reposa en una banqueta, en un pañuelo o en una herramienta, lo característico de una situación. El pueblo resulta así humanizado porque es reconocido en su espacio y tiempo propio por alguien capaz de representarlo porque convive con él, lo entiende, lo ama. El carácter típico y la situación interactúan en una dialéctica significada por el detalle: igual con el paisaje. Lejos de posiciones contemplativas, para



El novio,
1962,
óleo/tela,
90 x 48 cm,
Col. María
O'Higgins



Carnaval de Huejotzingo, 1971, acuarela/papel, 35 x 27.5 cm, Col. particular

tración explicativa. Fundador de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios en 1933 y del Taller de Gráfica Popular en 1937, aporta una línea técnica distinta a la urgencia política pero también incorporable a ella. Sus carteles litográficos son un mentís práctico al modernismo tecnológico de Siqueiros repudiador de lo no industrial. Pablo prueba que no hay técnica anacrónica y desechable sino más bien usos pertinentes de ella o bien inadecuados.

Hay obras como el vendedor de chichicuilotos, especie de pequeñas garzas en extinción junto con los lagos mexicanos, donde en rigor, las figuras son contruidas con la línea gruesa hasta llegar a la mancha negra del animal.

Al imprimirse esto, el resultado es de un impacto gráfico supremo porque entre el blanco y el negro queda contenido el significado sin necesidad de recurrir a elementos pictóricos, con un fondo donde el blanco del papel, primero de la plancha, apenas es herido con trazos magistrales para volverlo entorno. Este modo de grabar no sólo es inconfundible sino bello por su poder significativo.

Los magueyes de Pablo son inolvidables porque la línea gruesa resulta plenamente adecuada para dar a entender la arquitectura del racimo de hojas que terminan en pico, con un doblez a lo largo que da lugar a un claroscuro de alto poder gráfico. La inserción de los magueyes en el paisaje, gracias al trazo enérgico de celajes y de la tierra, puede incluir alguna figura campesina para hacer de la escala un recurso de acentuación de la plan-ta característica de la aridez mexicana.

En este tratamiento del paisaje hay algo de lo asombroso del paisaje filmado por Gabriel Figueroa para las películas de Emilio *El Indio* Fernández, donde en tres ocasiones Leopoldo Méndez realizó grabados para introducir la narración. Figueroa trabaja los celajes con la acentuación de las líneas caprichosas de las nubes y hace de los accidentes del terreno agreste un recurso de significación contrastado con los personajes, que así adquiere un sentido épico con la marcha humana en medio de la adversidad de las fuerzas inhumanas, con la fortaleza y la dignidad en medio del páramo.

Figueroa logró con el uso de la escala y la línea gruesa, algo que Pablo no intenta: señalar presencias ominosas en medio de la serenidad rústica y del entorno adecuado a la violencia como alto contraste imaginario. Una hermenéutica creció así entre artistas afines empeñados en dar a entender la dura vida en el campo con sus caciques y sus esforzados héroes ignorados, heroicos en su vida cotidiana ante la naturaleza y su comunidad en principio familiar.

Frecuentemente se vale Pablo de los acentos: ora lineales, ora con el blanco.

O'Higgins el paisaje es entorno y sólo tiene sentido si hay presencia humana o este paisaje remite al trabajo. Una fila de cabras frente a un monte pelón y un caserío humilde refleja una situación de dura supervivencia, aunque no aparezca el hombre. Aun cuando significa oficios industriales, Pablo remite a una épica. Hasta un desayuno adquiere este sentido por el ámbito donde se realiza, por las incomodidades descritas sin excesos. Para acentuar esto, la línea gruesa concreta la otra línea, la política. La línea gruesa aparece acentuando lo agreste de un paisaje y la tensión de un cuerpo o de un rostro, la continuidad de una actitud, la posición característica, el uso específico del cuerpo. El color denota las situaciones y las concreta mientras la línea es un acento para afectar la visión y dotar al espacio pictórico de intención imaginaria. Con estos recursos, Pablo puede prescindir, aun en sus imágenes para carteles o ilustraciones, de los excesos ornamentales que necesitan explicación verbal.

El espacio construido de esta manera, es un espacio estrictamente pictórico o gráfico, según el caso. Es imposible culpar a Pablo de fotografismo a secas o de intentar literatura con recursos pictóricos. Son los recursos fundamentales del color, la textura, la tensión, el contraste y en especial la línea gruesa, lo que hace inconfundible a sus composiciones.

En la gráfica supera el mero dibujo sobre la piedra y consigue modernizar la litografía al liberarla de sus reducciones a copia de la pintura y de la instrumentación lineal propia de la ilustración.

Si el detalle blanco del tocado de la *Mujer de Cuetzalan* se suprime, el cuadro entero pierde esa elocuencia destinada a mostrar ese aire majestuoso característico de las mujeres indias en reposo. Una flor en la mano, la presencia de un árbol o una planta confrontados con una figura empuñada por el trópico, la ternura de las flores en manos de un trabajador en cucullas, como suelen descansar los campesinos, son posibilidades diversas desarrolladas pictóricamente con una ejemplar economía de signos.

En los retratos, Pablo echa mano de sus recursos característicos, según procure destacar la ternura de los compañeros de trabajo con su dignidad evidente en el gesto, o la fortaleza de un hermano camarada como Leopoldo Méndez o el amor por su compañera, motor de su vida. Aislar a un personaje en el retrato, es un reto para el autor de *El desayuno* donde evidencia la convivencia entrañable de los trabajadores al compartir los alimentos. El retrato, en cambio, exige destacar un rostro y en él un carácter. Tonalidad, acentos de color, punto de vista y acentuación de las facciones con la línea gruesa, son los recursos de los que se vale Pablo para figurar entre los grandes retratistas. En especial, uno de los retratos de su compañera es digno de atención porque el predominio del blanco del vestido hace que el rostro de frente enmarcado por la negra cabellera como cascada, interpele la visión porque el blanco constituye la perspectiva del personaje hacia afuera del cuadro. La belleza resulta así movimiento que va hacia quien la descubre para impactarlo con toda la serena placidez del blanco de la pureza sensual, dinámica al fin.

Supo dominar el óleo, el fresco, la litografía, la encáustica, el lápiz y aun la acuarela, esa técnica desprestigiada por el uso de paisajistas triviales y anecdóticos. En la obra de Pablo O'Higgins la acuarela adquiere plena dignidad artística porque utiliza su transparencia para someterla lo mismo al suave deslizamiento del color de *Haciendo la tarea* que a la agresividad del entorno campesino como en *El río de Mixquic* o *Madre tierra*. En estas dos obras, una vez más el volumen es desconstruido por la enérgica presencia de la línea dura, por el alto contraste, por su acentuación en la figura campesina diseñada como nítida presencia frente a la grandiosidad del entorno.

Hombre de pocas palabras y mucho ejemplo con la forma de ser y estar, resistente a las fama, Pablo O'Higgins hizo declaraciones memorables, a veces para señalar su distancia de los mitos eurocentristas como la inspiración y las musas; otras para asumir el sentido social de la pintura significable en cualquier situación o detalle o para registrar lo que se va perdiendo y olvidando y para convocar a sus colegas a sacar a los indiferentes de su somnolencia, todo lo cual exige excelencia técnica.

Pablo O'Higgins supo sintetizar en frases precisas, equiparables a su alejamiento de excesos y adornos, esa necesidad vigente de belleza para "que un pueblo crezca hacia afuera y hacia arriba". ♦



El desayuno,
s/f, óleo/tela,
75 x 96.5 cm,
Col. Museo
Nacional
de Arte

Fotos:
Mario Casasola.
Cortesía
del Museo
Dolores Olmedo
Patiño

En el principio era la danza...



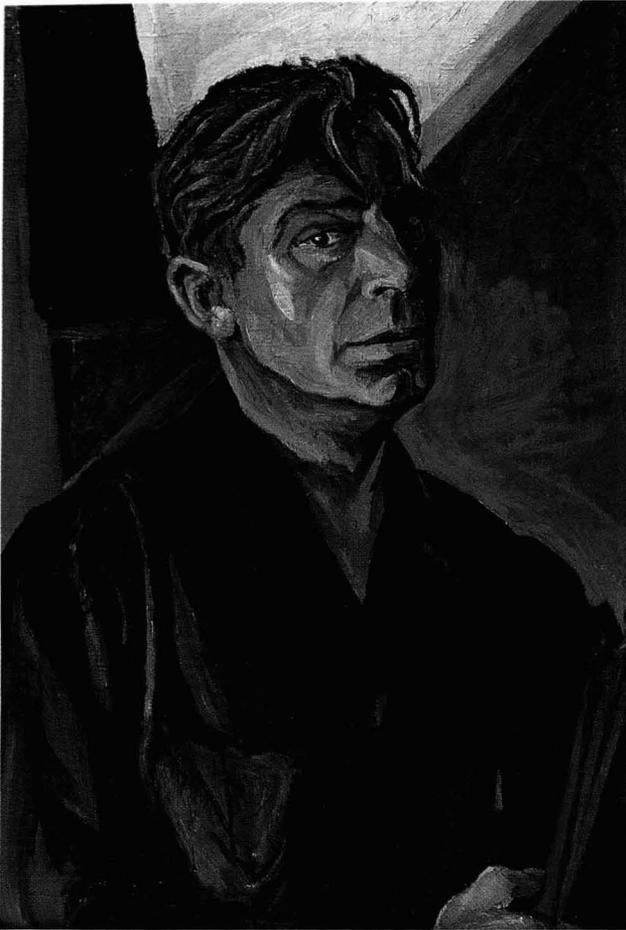
PATRICK JOHANSSON K.

El uso sutil de la famosa frase liminar del Evangelio según San Juan por el coreógrafo francés Serge Lifar sitúa la danza como el primer impulso cultural del hombre frente al silencio hostil del mundo y sustituye el gesto sublimado por el logos bíblico. Sugiere que la *mimesis* dancística, manifestación expresiva correspondiente al llamado (regresivo) de la inmanencia, precedió probablemente la *diégesis* verbal, instrumento predilecto de la enajenación intelectual del hombre y de su trascendencia en relación con el mundo.

De hecho, el parto de la conciencia mediante la aparición de la función simbólica constituye el acto de nacimiento del hombre *al* mundo, y es muy probable que la irrupción del ser en la dimensión diurna de la existencia haya sido percibida al principio como un *exilio*, como la expulsión fuera de una intimidad esencial en la que el ser vivía en armonía "bio-lógica" con el mundo. Este desdoblamiento ontológico del hombre en ser que *es* y ser que *se ve* en el acto de ser fue sentido por los pueblos indígenas precolombinos de manera muy aguda. El postulado de Lacan: "Soy donde no pienso; pienso donde no

El danzante,
1960,
óleo/tela,
90 x 138 cm
(detalle del
mural
Tenochtitlan
libre, teatro
experimental
"José Rubén
Romero",
UMSNH),
Col.
particular





Autorretrato, 1953-1954, óleo/tela, 88 x 60 cm,
Col. María O'Higgins

soy" no es nada nuevo si consideramos las distinciones semánticas que el hombre de Anáhuac establecía entre *yoli*, "vivir"; *nemi*, "existir", y *nemilia*, "pensar". Al carácter esencial del primero se oponen las contingencias existenciales del segundo. En efecto, si *nemi* es existir, *nenemi* (el mismo verbo provisto de una repetición de la primera sílaba) es "andar", lo que subraya el carácter contingente e histórico del quehacer humano en la tierra. En cuanto a *nemilia*, "pensar" no es más que el verbo *nemi*, "existir", provisto de un morfema aplicativo *-lia*, es decir, etimológicamente: "proceder al acto de existir".

Vemos por lo tanto que la lengua náhuatl entrañaba de manera implícita el postulado lacaniano que expresa la no coincidencia del ser con el ser consciente que se sitúa fuera de él mismo, consumiendo así su enajenación existencial.

La primera reacción todavía pulsátil del hombre expulsado de la matriz primordial en la que gozaba de una vida simbiótica (inconsciente) con su entorno natural, es la de reintegrarse a la totalidad, donde se redime la dualidad propia de la enajenación existencial. Puesto que la reintegración real es imposible, al ser irredimible el daño de la conciencia, esta pulsión tanática será drenada culturalmente mediante ritos con carácter regresivo, que buscarán obnubilar la conciencia y realizar un descenso en la materialidad fisiológica del cuerpo, el cual representa de hecho una coextensión de la sustancia telúrica

de la madre tierra. La *mimesis* ritual será el vehículo de esta regresión que permite "reincorporarse" a la naturaleza mediante el "desordenamiento de los sentidos", como hubiese dicho Rimbaud, y un abandono total a las fuerzas pulsátiles "dionisiacas" que agitan al ser profundo.

Las fuentes revelan en este caso una identificación verdaderamente camaleónica con los entes o los fenómenos naturales, lo cual muestra el anhelo indígena de fusión con la dimensión sensible a través de la *mimesis*.¹

En acabando de decir esto el sátrapa, todos los otros se arrojaban en el agua; comenzaban luego a chapotear en el agua con los pies y con las manos, haciendo grande estruendo, comenzaban a vocear y a gritar, y a contrahacer las aves...²

La religión, como su etimología lo confirma, es "la unión de las cosas" (*re-ligare*), y la *mimesis* gestual es posiblemente una de las primeras manifestaciones del pensamiento religioso. La fuerza dialéctica que une el gesto y la idea es tal que el mismo Pascal pensaba que el primero puede inducir la segunda. El filósofo francés aconsejaba a los escépticos hacer los gestos de la religión (persignarse, arrodillarse, recogerse) para que brotara la fe de esta matriz gestual. Les aseguraba que pronto serían fervientes cristianos.

Ahora bien, en esta *mimesis* que tiende a reducir el abismo de la trascendencia y zurcir el desgarré ontológico, el ritmo tiene un lugar preponderante. No se trata solamente de imitar sino de "sintonizarse" en términos rítmicos con la vibración natural del mundo. La danza será el primer instrumento cultural de este acorde rítmico con el universo.

De hecho, como lo señala Alberto Dallal: "... la danza era, en casi todas las culturas prehispanicas, disposición del cuerpo y del espacio para entrar de lleno en comunicación con el cosmos".³

Si la expulsión del hombre de esta ataraxia "bio-lógica" que constituía la inmanencia es irreversible, si el hombre ya no puede ser el mundo, buscará una panacea a estos nuevos determinismos ontológicos mediante una fusión ritual con el mundo. Entre los nahuas, el instrumento de esta fusión será la modalidad eminentemente dionisiaca de la danza llamada *netotiliztli*. En efecto, la ebriedad motriz que caracteriza el *netotiliztli*, confirmada por las descripciones que dieron de él los cronistas,⁴ permite la obnubilación funcional de la conciencia y el descenso ritual en el abismo fisiológico del cuerpo-mundo, cuerpo-matriz, *ersatz* de la madre tierra.

¹ Es probable que el sentido profundo que entraña este rubro haya sido cubierto por sedimentos interpretativos que se deben a los determinismos cambiantes de la historia y que en la época de la Conquista su significado haya sido percibido en términos distintos.

² Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1979, p. 115.

³ Alberto Dallal, *La danza en México*, Segunda parte, UNAM, México, 1989, p. 66.

⁴ Cfr. Durán, Motolinía, Mendieta.

Con este intento de “co-incidencia” con la dimensión esencial del mundo, dimensión radical en el sentido etimológico de esta palabra, telúrica, que se opone dialécticamente a la apertura uránea que entraña la existencia, el indígena busca borrar el tiempo de un ritual, la desgarradora escisión ontológica que implica la dualidad.

El gesto del *netotiliztli*, sublimado por la coreografía indígena, envuelto en una orgía de colores y sonidos, consume esta fusión ritual con el mundo.

La danza prehispánica, además de drenar las pulsiones regresivas mediante ritos dionisiacos, constituía también la piedra angular del edificio religioso náhuatl. La modalidad “apolínea” del arte dancístico precolombino tenía un carácter netamente ofertorio y manifestaba la afirmación del hombre de Anáhuac frente a sus dioses. Se distinguía claramente en esto del “júbilo dionisiaco”, donde se borraban los límites de la individualidad: “Gracias a las fuerzas prodigiosas de la imagen, del concepto, de la enseñanza moral, de la emoción simpática, el apolinismo despierta al hombre de su sueño de aniquilación dionisiaca.”⁵

El cronista franciscano Motolinía estableció una clara distinción entre *netotiliztli* y *macehualiztli* pero si dio una buena definición del segundo, el alcance expresivo del primero parece haberse escapado:

En esta lengua de Anáhuac, la danza o baile tiene dos nombres: el uno es *macehualiztli*, y el otro *netotiliztli*. Este postrero quiere decir propiamente baile de regocijo, con que solzaban y tomaban placer los indios en sus propias fiestas, así como los señores y principales en sus casas y en sus casamientos. Y cuando así bailan y danzan dicen *netotilo*: “bailan o danzan”; *netotiliztli*: “baile o danza”. El segundo y principal nombre de la danza se llama *macehualiztli*, que propiamente quiere decir “mercimiento”, *macehualo* quiere decir “merecer”. Tenían este baile por obra meritoria, ansí como decimos merecer uno en las obras de caridad, de penitencia, y en las otras virtudes hechas por buen fin. De este verbo *macehualo* viene su compuesto *tlamacehualo*, por “hacer penitencia o confesión”, y estos bailes más solemnes eran hechos en las fiestas generales y también en las particulares de sus dioses, y hacíanlos en las plazas.⁶

Lo que Motolinía califica como “baile de regocijo con que solzaban y tomaban placer los indios” es de hecho el “llamado místico del júbilo dionisiaco” donde “el lugar de la individualización se rompe y donde se abre la vía que lleva a la intimidad misma” del que habla Nietzsche.⁷

El *netotiliztli* y el *macehualiztli* son los dos polos estructurantes de la danza náhuatl, el uno, dionisiaco, conectado

umbilicalmente con el origen, el otro, discurso-ofrenda que establece el contacto con los dioses y echa las bases de la normatividad religiosa y, más generalmente, cultural.

Si bien estos dos ejes constitutivos de la expresividad dancística de los antiguos mexicanos se oponen dialécticamente, resulta evidente que esta oposición se mermó a través de la historia dentro del marco socio-existencial de su realización ritual. Es probable que la ebriedad motriz de tenor fuertemente nihilista haya sido contenida en cierta medida por los diques normativos del orden establecido y, así, haya resultado un molde dancístico más aprehensible que no perdió su función primera.

De hecho, tanto el *netotiliztli* como el *macehualiztli* estructuraban rítmicamente los *cuicah* de distinta índole y les conferían lo esencial de su función. Como es bien conocido, el *cuicatl*, generalmente traducido como “canto”, es una verdadera explosión plurisemiótica en la que los elementos cromáticos, sonoros, musicales, rítmicos, gestuales, dancísticos y eventualmente verbales se integran para formar el sentido sensible que requiere una instancia expresiva determinada. Si exceptuamos el *xochicuicatl*, o canto lírico, la expresión corporal constituye la parte medular del *cuicatl*, que es a su vez una manifestación cultural en torno a la cual se realiza lo esencial del quehacer festivo de los aztecas. Al considerar la etimología de la palabra podemos decir aún que el *cuicatl* es lo que permite el acceso al ser pleno para el indígena. En efecto, nos atrevemos a decir que la palabra *cuicatl* se compone de (*tla*) *cui*, “tomar”, y *ca-(tl)*, “ser”. Es cantando y bailando que el hombre de Anáhuac accede a la plenitud del ser.

Esta verdadera simbiosis ritual entre el cuerpo del hombre y el cuerpo del mundo tiene una importancia toral, ya que determina el carácter “umbilical” que cobra la danza según las instancias festivas a las que se integra.

El cuerpo del mundo se manifiesta a través de la epifanía formal que constituye la naturaleza y sirve a su vez de matriz de comportamiento ritual más que de simple escenografía. Los ríos, las cuevas, las barrancas, los montes, los bosques y, por derivación arquitectónica, los templos de la urbe; los momentos-espacios cardinales, el día y la noche, el cenit y el nadir, preñados de mitología procrean el gesto sublimado de la danza. En un espacio-tiempo determinado se gesta la forma coreográfica que se armoniza con él. No es el hombre que baila en el mundo sino el mundo que vibra en el hombre.

A su vez, el cuerpo del hombre, coextensión fisiológica de la tierra animada por un *tonalli*, ve que sus distintas partes reciben una valorización mítico-religiosa que determina los aspectos modales de su realización festiva. La más importante sin duda alguna es la que divide al cuerpo en alto y en bajo, *cenit* masculino y *nadir* femenino, con los miembros que les corresponden. Esta distinción aparece frecuentemente en las fuentes aunque de manera algo hermenéutica. En el relato de la “Peregrinación” de los aztecas, Huitzilopochtli se opone a su hermana Malinalxóchitl en estos términos: “... mi principal venida y mi oficio es la guerra y yo así con

⁵ Nietzsche, *La naissance de la tragédie*, Gallimard, París, 1949. p. 190.

⁶ Motolinía, citado por A. María Garibay en *Historia de la literatura náhuatl*, Porrúa, México, 1953-1954, p. 82.

⁷ Nietzsche, *op. cit.*, p. 81.

mi pecho, cabeza y brazos en todas partes tengo que ver y hacer mi oficio...⁸

Sin que aparezca en el texto la parte baja, a la vez complementaria y opositora, podemos suponer que la integran el muslo (*meztli*), el trasero (*tzintli*) y el pie (*ixitl*). En esta perspectiva resulta muy probable que la homonimia aparente de “muslo” y “luna” que encontramos con la palabra náhuatl *meztli* sea altamente significativa, aunque posiblemente haya existido una distinción en la cantidad vocálica entre una y otra palabra. En la oposición muslo/pecho volvemos a encontrar la dialéctica de lo matronal femenino (*oztotl*) y del fulgor masculino (*yollotl*), esquema que reitera la división de la androginidad inicial en femenino y masculino. Al trasero, o más bien fundamento (*tzintli*) femenino, corresponde la cabeza de Huitzilopochtli, oposición que hace aparecer la elevación espiritual masculina, principio activo, consciente, frente a la involución femenina, pasiva, inconsciente. La oposición sexual recalca la dualidad del ser, su bipolaridad, y la unión que se opera a través de ella tiende hacia la realización plena de este ser. En cuanto a la oposición de la mano de Huitzilopochtli al pie de su contraparte (*in abstentia*), el carácter activo y celestial del primero contrasta significativamente con el tenor pasivo telúrico del segundo.

Resulta además curioso que la palabra náhuatl para “pie”, *ixitl*, sea el reflejo silábico perfecto de “ombligo”, *xictli*.⁹ Si esta analogía es pertinente, podría ayudar a comprender algunas modalidades del obsesivo golpear del pie sobre la tierra que se manifiesta en la mayoría de las danzas indígenas tanto prehispánicas como contemporáneas.

La “performatividad” es otro rasgo constitutivo de la danza prehispánica, más específicamente del *macehualiztli*. En efecto, en muchos rituales la *mimesis* dancística induce un *hecho real* deseado, mediante la fuerza “simpática” del gesto teatro-rítmico reiterado cientos de veces como, por ejemplo, la inducción del crecimiento del maíz mediante la elevación reiterada de los brazos al ritmo del tambor: “Ningún meneo hacían con los pies ni con el cuerpo, sino solamente con las manos bajándolas y levantándolas al compas del atabal.”¹⁰

Este ritual propedéutico de la fiesta de *Ochpaniztli*, que duraba desde el mediodía hasta la puesta del sol a lo largo de ocho días, representaba la gestación dancística de la *elevación*, de la manifestación vertical del maíz, de su “crecimiento”.

⁸ *Crónica mexicana* (Porrúa, 1980), p. 225. Ver también *Crónica mexicana* (UNAM, 1975), pp. 29 y 32 y Diego Durán *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme*, t.II, Porrúa, México, 1967, p. 33.

⁹ El vocablo *xictli*, “ombligo”, y la palabra *ixitl*, “pie o pierna”, se distinguen mediante una inversión silábica. Ahora bien, parece que la lengua náhuatl entrañaba efectos paronomásticos altamente significativos. La inversión sonora que determina aquí dos lexemas distintos podría establecer un vínculo eidético entre el ombligo y la pierna (o pie). Esta hipótesis aunque pueda parecer extraña se puede sostener si pensamos que es la pierna la que vincula al hombre existente con la madre tierra y que tenemos varias representaciones iconográficas de Tezcatlipoca unido “umbilicalmente” a la madre tierra mediante su pierna.

¹⁰ Sahagún, *op. cit.*, p. 132.

El espectáculo dancístico permite, en otras instancias, reactualizar la muerte de un guerrero y “re-suscitarlo”, en el sentido etimológico de la palabra, para que la comunidad, esencialmente las esposas y los hijos, pudieran asimilar esta pérdida del cuerpo social. Recordemos que la palabra *asimilar* viene del latín *adsimilare*, *adsimulare*, que entraña una *mimesis* representativa. “Las viudas bailan con las mantas de sus maridos en los hombros y los ceñidores y bragueros rodeados al cuello. Los hijos hacen lo mismo con las mantas y las joyas de sus padres a cuestras.”¹¹

Recordemos también que la esposa es parte constitutiva del “ser casado” de su marido, lo que da a su evolución dancística en el ágora ritual su sentido altamente significativo. A la relación de contigüidad “metonímica” esposo-esposa se añade la filiación “sinecdóquica” padre-hijo. El hijo, parte misma del padre, carga su cuerpo espiritual.¹² El cimiento de esta unión es la danza que permite al cuerpo del difunto habitar por unos instantes eternos el cuerpo de los vivos.

La vivencia dancística de la regresión letal es manifiesta cuando todos empiezan a bailar “inclinándose hacia la tierra y andando hacia atrás”.¹³

Como lo hemos señalado, un *cuicatl* prehispánico es la síntesis de distintos registros semióticos que se funden en la instancia expresiva para producir el sentido “sensible” requerido por la circunstancia ritual. Entre estos componentes semióticos se encuentra la palabra cuya estructuración lexemática, morfé mica y sintáctica debe adaptarse a los determinismos rítmicos de la danza. Los manuscritos que consignan los cantos son pruebas fehacientes de ello: observamos con frecuencia una fuerte *distaxis* a nivel de la oración, muchos elementos morfé micos se ven desplazados en relación con el ente gramatical con el cual están vinculados y las palabras sufren cambios morfológicos significativos para poder acomodarse con el *ictus* rítmico de la danza. Además, el hecho de que elementos coreográficos lleven lo esencial del sentido hace que el texto manuscrito presente lagunas semánticas tales que dificultan su interpretación. La lectura de un *cuicatl* debe, por lo tanto, tomar en cuenta (en la medida de lo posible) todo el aparato músico-dancístico al que se integraba el verbo, único elemento expresivo rescatado por los españoles y sus ayudantes indígenas, para poder acercarse al sentido original.

El hombre de Anáhuac atrapado entre cielo y tierra, desgarrado entre sus anhelos espirituales uráneos y el llamado telúrico de la *physis*, entre la luz del padre sol Tonatiuh y las tinieblas de la madre tierra Coatlicue dejó que de su cuerpo crepuscular surgiera la verdad sensible, epifanía hipostática de carne y espíritu que se formalizó en la danza.

En el principio era la danza y la danza era con los dioses, y la danza eran los dioses... ♦

¹¹ P. Johansson, “Un ritual mortuorio prehispánico”, *Históricas*, vol. 40, UNAM, 1994, p. 30.

¹² *Ibid.*, p. 31.

¹³ *Ibid.*, p. 30.

Memorias de un esqueleto a la intemperie

Viaje del año 1684



MATSÚO BASHŌ

En el octavo mes del año 1684, el célebre poeta Matsúo Bashō (1644-1694) emprendió un largo viaje a su tierra natal, en la provincia de Iga. El viaje le tomaría ocho meses. Gran parte del camino la hizo a pie, por tortuosos caminos entre las montañas. Bashō, que no gozaba de buena salud y estaba prematuramente envejecido, debe haber padecido bastante la travesía (en algún sitio dice que se alegra de haber sobrevivido), pese a que no se trataba, al parecer, de un recorrido particularmente peligroso.

El motivo inicial del viaje era la muerte de la madre de Bashō, ocurrida el año anterior. Imposibilitado de llegar al entierro, Bashō decidió asistir a los servicios del primer aniversario luctuoso. Es muy probable, sin embargo, que lo animaran en su decisión de viajar otras consideraciones que las puramente filiales. Desde hacía algunos años Bashō sentía que había llegado el tiempo de crear un nuevo estilo de haikú y que la mejor forma de conseguirlo era dejar su casa en Edo, donde había vivido durante los últimos diez años, y viajar por el país para inspirarse. Es posible que en su resolución influyera también el hecho de que ese año de 1684 marcaba el inicio de un nuevo ciclo, fecha propicia para emprender cambios.

Sea como fuera, Bashō buscaba liberarse de las ideas poéticas heredadas de las literaturas china y japonesa clásicas y de las convenciones de la escuela Danrin, que practicaba un humorismo ingenioso y ligero; quería darle naturalidad al haikú y escribir cada vez más a partir de sus propios sentimientos y sensaciones. O como dice Octavio Paz: le tocó convertir esos ejercicios de estética ingeniosa en experiencias espirituales.

El diario de viaje es una forma característica de la literatura japonesa. El de 1684 es el primero de una serie de cinco compuestos por Bashō, cuya culminación es el célebre Sendas de Okú. En él aparecen ya los elementos típicos del estilo de Bashō: la alianza, en los poemas, de lo cotidiano y de lo insólito, y una prosa que puede llegar a ser tan concisa y evocadora como la poesía; el tramado entre ambas, además, es más sutil que en otras obras anteriores del mismo género. A Bashō le interesaba emplear un lenguaje fresco para describir tanto los sitios que visitaba como las emociones que le producían, aunque no siempre haya logrado desprenderse de ciertas referencias y "apoyos" tomados de la tradición literaria. Por último: es evidente que Bashō sabía que los versos de este diario eclipsaban su prosa: el tercio final del texto consiste casi exclusivamente de haikú.

Para mi versión he utilizado la traducción al inglés de Donald Keene (en *Appreciations of Japanese Culture*, Kodansha International LTD, Tokyo, 1981), de donde proceden la mayoría de los datos de este comentario y de las notas, aunque también me valí de las versiones y exégesis que Makoto Ueda hace en su minucioso y apasionado *The Master Haiku Poet Matsuo Bashō*, Kodansha Int., Tokyo, 1982.

Francisco Serrano

Cuando partí para mi viaje de mil leguas, no llevé provisiones para el camino. Me apoyé en el bordón de aquel peregrino del pasado de quien se dice que "entró en el reino del desapego bajo la luna después de media noche".¹

Al salir de mi desvencijada choza junto al río en el octavo mes del *Año de la Rata*, 1684, el rumor del viento sonaba extrañamente frío.

Pensar: mis huesos
A campo abierto... ¡El viento
Rasga mi carne!

Otoño: diez
Años ya. Pienso en Edo
Si digo "casa".

Llovía el día que crucé los retenes, y las montañas estaban ocultas por las nubes.

Baja la niebla.
Sin ver al Fuji, el día
Es más incierto.

Un hombre llamado Chiri fue mi ayuda y compañía durante este viaje, y me colmó de toda clase de atenciones. Se trata de una persona que bien podría ser descrita como "absolutamente comprensiva en sus relaciones y cabal con sus amigos".

Al dejar Fukagawa:

¡Adiós!; dejé
Fuji, mi árbol de plátano
A tu cuidado.²

Mientras caminábamos a lo largo de la ribera del río Fuji, dimos con un niño abandonado, tendría unos tres años, que lloraba lastimeramente. Me pregunté si sus padres, arrastrados por las rápidas corrientes del río e incapaces de desafiar las encrespadas olas del mundo flotante, lo abandonaron aquí, pensando que su vida sería tan fugaz como el rocío. ¿Se esparcirán esta noche los tiernos renuevos del trébol en el viento de otoño bajo la planta, o se habrán marchitado mañana? Pensando en esto, saqué un poco de comida de mi manga y se la arrojé al niño mientras pasábamos.

Duele si un mono
Chilla. Más si es un niño,
Solo en otoño.³

¹ Alusión a Chuang Tzú: "Si vas a viajar mil millas, empieza a apropiarte con tres meses de anticipación."

² En el jardín de la cabaña de Bashō en Fukawa había plantado un árbol de plátano (*bashō*), de donde el poeta tomó su nombre.

³ Los poetas chinos de la dinastía T'ang y posteriores con frecuencia expresaron lo doloroso de oír los lastimeros chillidos de un mono. Otra versión de este haikú puede ser:

Duele, poetas,
Oír chillar a un mono.
Más si es un niño...

¿Cómo pudo ocurrir esto? ¿Te aborreció tu padre?, ¿tu madre te olvidó? No, no es que tu padre te odie o que tu madre te haya dado la espalda. Esto es obra del cielo, y a ti sólo te queda lamentar tu desdichada suerte.

Llovía el día que cruzamos el río Oi.

Lluvia de otoño.
Llevan la cuenta en Edo.
Yo cruzo el río.⁴

A caballo:

La malva rosa
Del camino. ¡Se la
Comió el caballo!

La luna menguante pendía pálida en el cielo, pero el camino estaba oscurísimo al pie de la montaña. Dejé colgar mi fusta de la montura del caballo y cabalgué algunas leguas antes del canto del gallo. El "tardo sueño" de la *Partida temprano* de Tu Fu se hizo de pronto añicos cuando llegué a Sayo no Nakayama.

Dormito a lomo.
Lentos sueños... La luna
Y humo de té.

Busqué a Matsubaya Fubaku que vive en Isé y descansé mis piernas en su casa por cerca de diez días. No traía espada al cinto pero llevaba un zurrón de mendigo alrededor del cuello y en la mano un rosario de dieciocho cuentas. Luzco como un seglar, pero llevo la cabeza rapada. Aquí piensan que cualquiera con el cráneo rasurado pertenece a la tribu de los clérigos, y no iban a permitirme la entrada al Santuario. Esa tarde visité el Santuario Exterior. Las sombras se oscurecían bajo el Primer Torii, y linternas sagradas parpadeaban aquí y allá. Del pico santo llegaba un viento fragante a pino que se metía en mi piel y suscitaba profundas emociones.

Noche sin luna.
La tempestad estruja
Añosos cedros.

Un arroyo fluía a través del valle de Saigyo. Vi a mujeres lavando patatas:

Lavanderas de papas.
Si fuera Saigyo
Versos haría.⁵

⁴ Los amigos en Edo cuentan los días con los dedos, tratando de saber qué tan lejos partirá el poeta.

⁵ Este poema, como otros a lo largo de la obra, carece del número apropiado de sílabas, signo de que Bashō aún se encontraba bajo la influencia de la escuela Danrin. Donald Keene observa que, en todo caso, es difícil imaginarse a Saigyo (1118-1190, célebre monje budista y poeta, uno de los grandes maestros del *tanka*), componiendo un poema sobre mujeres que lavan papas.

Camino de regreso ese día nos detuvimos en una casa de té donde una mujer llamada Mariposa me pidió que escribiera un haikú sobre su nombre. Me ofreció un trozo de seda blanca en el que escribí:

Fragante orquídea,
Mariposa: en sus alas
Se quema incienso.

Al visitar la choza de una ermita cercada:

Yedra plantada,
Cuatro o cinco bambúes
Dan voz al viento.

En el comienzo del noveno mes volví a mi antiguo hogar. La helada había marchitado los lirios en el cuarto de mi madre y no quedaba traza de ellos. Nada era igual que antes. El cabello de mi hermano blanqueaba en las sienes y su frente estaba llena de arrugas. “Todavía estamos vivos”, fue lo único que dijo. Entonces, sin pronunciar palabra, abrió su relicario. Dijo: “¡Ofrece tus respetos a los cabellos blancos de nuestra madre! ¡Ésta es la caja mágica de Urashima —mira cómo tus cejas encanecieron!” Lloré por un instante.⁶

¿Debo tomarlo?
Se abrasará en mis lágrimas.
Niebla de otoño.

Prosiguiendo nuestro viaje por la provincia de Yamato, llegamos a un lugar llamado Takenouchi, en la región de Katsugari. Es el pueblo natal de Chiri, y descansamos por algunos días.

En una casa en lo profundo de un bosque de bambú:

Aquí vanean
El algodón. Laúdes
Entre bambúes.

Visitamos el Templo Taima en el monte Futami. El pino en el jardín parecía tener al menos mil años y era tan grande “que podía ocultar a un buey”. Aunque no posea un alma, sus vínculos con el Buda han preservado a este árbol del hacha del leñador. ¡Qué afortunado y qué estimulante!

Monjes y flores
Perecen y renacen.
El pino: eterno.

Caminé con dificultades solo hasta Yoshimo. Las montañas realmente se extendían más y más y blancas nubes se

amontonaban en las cumbres. Una lluvia brumosa cubría los valles, interrumpidos aquí y allá por las cabañas de los montañeses. Hacia el oeste, el sonido de un árbol que derribaban; hacia el este, el eco. El tañido de las campanas de numerosos templos resonaba profundamente en mi corazón. Muchos de los hombres que desde tiempos remotos han venido a estas montañas a olvidarse del mundo, han hallado consuelo en la poesía de China y de Japón. En verdad, ¿no sería apropiado llamar a esta montaña Lu Shan, como aquélla en China? Pasé la noche en un pequeño templo.

Enciende el fuego
Y déjame escucharlo,
Mujer del templo.

Se llega a las ruinas de la cabaña cercada de Saigyo avanzando unas doscientas yardas hacia la derecha, más allá del santuario interior, en donde apenas se perciben rastros de algún leñador. Un empinado valle en medio produce una poderosa impresión. La “clara fuente goteando entre las rocas” no parece haber cambiado desde los tiempos de Saigyo y el agua aún cae gota a gota.

Salta el rocío.
¿Podré bañarme aquí,
Lavar el mundo?

Si Po I hubiera vivido en Japón, seguramente se habría enjuagado la boca en esta fuente, y si Hsü Yu lo hubiese sabido, sin duda es aquí donde hubiera lavado sus oídos.

Para cuando subí a la montaña y bajé sus laderas, se ponía el sol del otoño, de modo que dejé sin visitar muchos sitios famosos. Fui directamente a orar ante la tumba del emperador Godaigo.

Tumba imperial,
En ruinas. Hierba, dime,
¿Qué es lo que anhelas?

De Yamato viajé a través de Yamashiro y luego hasta Mino, sobre el río Omi. Más allá de Imasu está Yamaka, el lugar del antiguo sepulcro de Tokiwa. Isé no Moritake⁷ alguna vez escribió sobre “un viento otoñal parecido al señor Yoritomo”, y yo me había preguntado dónde residía la semejanza. Ahora escribí:

Al corazón
De Yoritomo igual,
Viento de otoño.

⁶ Urashima recibió un cofrecillo parecido a la caja de Pandora: cuando lo abrió envejeció súbitamente.

⁷ Arakida Moritake (1473-1549): monje shintoísta del santuario de Isé, considerado un precursor del estilo *haikai*. Minamoto no Yorimoto (1123-1160) fue un guerrero célebre por su fiera, fundador del shogunato en Japón. Tokiwa era la amante de Yoritomo.

En Fuwa:⁸

Viento de otoño,
Frío; bosques y tierras.
Bastión en ruinas.

Fui a Ogaki, donde me hospedé en la casa de Bokuin.
Cuando salí para la llanura de Mushashi lo hice pensando en
que podría haber dejado mis huesos en algún campo solitario.

No he muerto, al cabo:
Aquí pude llegar.
Fin del otoño.

En el Templo Honto en Kuwana:

¿Cómo, peonías
De invierno? Aguzanieves:
Cuco del hielo.⁹

Cansado de dormir cada noche en albergues extraños, me
levanté de la cama cuando todavía estaba oscuro y salí a la playa.

Al alba, blanca,
La carnada: de albura
Una pulgada.

Recé en Atsuka. Los terrenos del santuario estaban terri-
blemente devastados. El muro de adobe se había venido aba-
jo y había quedado oculto por los macizos de maleza. En un
sitio habían extendido sogas para mostrar dónde se encon-
traba el pequeño altar; en otro, un mojón de piedra indicaba
el nombre de la deidad alguna vez venerada aquí. El santuario,
bajo la tupida vegetación de cardos y maleza, lucía ahora más
imponente que en la época de su esplendor.

Yerba marchita.
Compro pasteles rancios
Junto al camino.

En el camino de Nagoya escribí estos poemas:

Versos cómicos

Ventoso invierno,
Debo lucir igual que
Chikusai, ¿o no?¹⁰

De viaje, duermo.
¿Nos lloverá de perros?
Voces nocturnas.

⁸ La fortaleza de Fuwa, famosa en todo el antiguo Japón, estaba ya abandonada en tiempos de Bashō; un tópico usual de la poesía de la época era hablar de su desolación.

⁹ El cuco y la peonía se identifican con el verano. Ver peonías en invierno hace exclamar a Bashō: aguzanieves, ave invernal, deberían llamarte cuco del hielo.

¹⁰ Chikusai, un médico charlatán, es el héroe frívolo e inconsecuente de *Chikusai Monogatari*, de Isoda Doya (1585-1634).

Camino a ver un célebre paisaje nevado:

¡Eh, ciudadanos!
Les vendo mi sombrero
para-la-nieve...

Al ver a un viajero:

Mañana helada.
Miro más a un caballo,
Menos a un hombre.

Luego de pasar un día en la costa:

El mar ya oscuro.
Grita un pato salvaje
Apenas blanco.

Conforme transcurrían los días de viaje, desaté en este
sitio mis sandalias de paja y dejando ahí mi cayado, el año
llegó a su fin.

¡Se fue ya el año!
Aún llevo sombrero,
Chanclas de paja.

Murmuré estas palabras una y otra vez. Pasé el Año
Nuevo en una choza en la montaña.

¿Qué yerno es ése,
Con pasteles y helechos
Este Año Nuevo?¹¹

En el camino a Nara:

¡La primavera!
Sobre montes anónimos
Niebla temprana.

Durante un retiro en el Pabellón de la Segunda Luna:

Fiesta del agua.
Alboroto de zuecos,
Monjes helados.

Fui a Kioto y visité la casa de Mitsui Shufu en las mon-
tañas de Narutaki.

Un bosque de ciruelos

¡Ciruelos blancos!
¿Fue ayer cuando robaron,
Soto, tus grullas?¹²

¹¹ Los pasteles de arroz y las ramas de helecho están asociados con el año nuevo; comenzaba el Año del Buey, 1685.

¹² El poema alude al poeta chino Lin Ho-ching (967-1028), de quien se dice que "consideraba a sus cerezos su mujer y a sus grullas su hijo".

¡Ve al roble, cómo
Está ahí, indiferente
A tanto brote!

Al encontrar a Ninku Shonin en el Templo del Risco
Occidental en Fushimi:

Moja mi capa
Con el claro rocío,
Durazno en flor.

Atravesando las montañas en el camino que va a Otsu:

En la vereda
Atrapas mi atención,
Violeta agreste.

Una vista del lago:

Más brumoso aun,
Pino de Karasaki,
Que los cerezos.

Sentado en un albergue para almorzar:

Tiesto de azaleas.
A su sombra, mujer,
Cortas pescado.

Poema escrito en una excursión:

Tierra arrasada.
Como quien ve renuevos,
Mira: ¡gorriones!

En Minakuchi encontré a un viejo amigo al que no había
visto en veinte años:

Sendas distintas.
Vivo todo este tiempo,
Cerezo en flor.

Un monje de la isla de Hiru, en la provincia de Izú, un
hombre que, como yo, había estado viajando desde el últi-
mo otoño, cuando supo mi nombre me preguntó si podía
acompañarme en mi travesía. Continuó hasta la provincia de
Owari.

Ven: morderemos
Juntos briznas de trigo.
Ruta de pobres.

Este monje me informó que el Abad Daiten del Templo
Enkaku había muerto al comienzo de la primera luna. No
podía creer la noticia, parecía un mal sueño. En seguida es-
cribí a Kikaku:

Cerezos en flor

Ansiando verlos,
Saludo a la verbena,
Miren, llorando.¹³

Enviado a Tokoku:

En la amapola
Alas de mariposa:
Don de sí misma.

Permanecí por segunda ocasión con Toyo. Cuando iba a
partir para Edo escribí:

Duele partir.
De la honda flor la abeja
Debe alejarse.

Me detuve en una cabaña en las montañas de Kai.

Hoy mi caballo
Con avena se alegra;
Yo, en un albergue.

Al final de la cuarta luna volví a mi cabaña. Cuando me
hube repuesto de las fatigas del viaje escribí:

No he terminado,
Ropaje veraniego,
De matar piojos. ◆

VERSIÓN DE FRANCISCO SERRANO

¹³ Los ciruelos en flor evocan el primer mes, cuando murió Daiten. La
verbena florece en el cuarto mes, época en que Bashō escribe la carta.

Historia y antropología: asuntos de familia



FELIPE CASTRO GUTIÉRREZ

Desde muchos puntos de vista, hablar de historia y antropología es referirse a dos caminantes que provienen de la misma familia e inician una larga jornada desde el mismo lugar, para después separarse por distintos caminos. Sin embargo, constantemente se encuentran en las encrucijadas y comparten las mismas posadas, viéndose de soslayo con una mezcla de interés y desconfianza.

La relación no siempre ha sido fácil. A través del tiempo ha abundado en amores correspondidos pero también en cierta dosis de prejuicios y malentendidos. Aun en los peores momentos de distanciamiento, ha habido cierta conciencia de que, para bien o para mal, se puede escoger a los amigos pero no se puede evitar tener parientes.

Las fricciones entre historia y antropología generalmente han tenido que ver con las líneas fronterizas, requerimientos para la visa y tratamiento de los migrantes. Como sucede con todas las fronteras, las personas pasan despreocupadamente de un lado a otro; los problemas nacen de instituciones demasiado celosas por cuidar sus jurisdicciones, esto es, por el derecho a decidir qué es lo aceptado y lo prohibido dentro de sus respectivos territorios.

En realidad, la definición etimológica y clásica de la antropología, "ciencia del hombre", bien podría aplicarse también a la historia. Ambas tienen ambiciones totalizadoras: les interesa el hombre o, mejor aún, las mujeres y los hombres, en la totalidad de sus actividades, intereses y obsesiones. Las dos se apoyan y alimentan de actividades más especializadas y particulares, como la economía, la demografía o la ecología. Comparten pretensiones expansionistas y constantemente realizan incursiones o de plano establecen colonias en el territorio de sus vecinas; en compensación, sufren una permanente tendencia anárquica y autonomista, centrífuga, donde algunos grupos plantan su bandera sobre nuevos o viejos paisajes y proclaman que esa parcela del conocimiento en adelante les pertenecerá en exclusividad.

Estas situaciones de migración y de límites móviles han sido más sensibles y delicadas, más difíciles de aceptar en la antropología que en la historia.

Como es sabido, no se requiere un título profesional para ejercer la profesión de historiador; constantemente sucede que cualquier viejo abogado o joven profesor de primaria decide dedicar sus ratos libres a escribir la historia de su pueblo, o de plano la de su familia, y no existe ninguna institución que toque a la puerta de su casa pidiéndole la cédula profesional o que le impida publicar el resultado de sus desvelos. Así es y conviene que sea. Y aunque es cierto que el ejercicio de la historia tiene sus requerimientos técnicos y sus complejidades, también es verdad que los escritos de estos cronistas locales resultan muy interesantes y generalmente más gratos de leer que los que salen de la pluma y el teclado de quienes tienen toda una colección de títulos y grados académicos.

Asimismo, no hay una gran distancia entre el historiador de la economía, el de la política o el de las mentalidades, y es relativamente fácil pasar de una a otra subespecialidad, o pertenecer a grupos muy diversos. En otras palabras, las fronteras de la historia son bastante imprecisas y permeables, y los requisitos de ciudadanía poco estrictos. Probablemente esto es resultado de que, como a veces se ha dicho, la historia no es realmente una ciencia sino alguna otra forma de conocimiento; sin embargo, éste es un problema que a pesar de ser discutido frecuentemente en las aulas universitarias, no parece quitar el sueño a los historiadores de oficio ni afectar mayormente los resultados concretos de su actividad.

El caso de la antropología es más complicado, y existe una mayor preocupación por las fronteras y el pasaporte. Es posible que se deba a su relativa juventud; a su muy razonable aspiración de ser considerada una ciencia, o a que sus resultados, a diferencia de los del historiador, pueden convertirse en políticas gubernamentales concretas.

La evolución de la antropología a través del tiempo ha dado como resultado la especialización. Existen clásicas divisiones entre antropólogos físicos, lingüistas, arqueólogos, antropólogos sociales y etnólogos; en este caso, el tránsito desde las herramientas y métodos de una especialidad hacia la otra no resulta tan sencillo, dada su creciente sofisticación y dificultad técnica. Esto se refleja asimismo en la frecuente existencia de departamentos por área en las escuelas e institutos de antropología.

La situación se ha hecho aun más difícil de definir en tiempos recientes, cuando la antropología ha ingresado al territorio de especialidades afines, como la ciencia política, la ecología o la historia, lo que ha traído como resultado tantas subdivisiones y subespecialidades, que hacen difícil estar al día en el mapa de las provincias.

Desde luego, siempre se ha insistido en la unidad esencial del territorio antropológico. Idealmente, antropólogos sociales y físicos, arqueólogos, lingüistas y entólogos deberían asociarse para estudiar una región de manera integral y así conocer sus evidencias arqueológicas, características somáticas, variante dialectal, relaciones de parentesco, identidad cultural y relaciones con el medio ambiente. En México hay excelentes aunque no muy numerosos ejemplos en este sentido, como la investigación pionera coordinada por Gamio en Teotihuacan.¹ Pero estos “estudios totales de comunidad” no siempre son posibles de realizar por razones que van desde cierta tradición individualista hasta intereses particulares de las instituciones que deberían financiar y prestar su apoyo a estos proyectos.

El problema se acrecienta cuando se observa la evolución actual de las investigaciones antropológicas, que tiende a ampliar y a la vez a hacer más difuso su campo. Tradicionalmente el objeto de estudio de la antropología eran “los otros”, los “diferentes”, y en particular, quienes antiguamente eran llamados “primitivos” o “salvajes”; en México, esto significó el estudio de los grupos indígenas y campesinos. Sin embargo, como el método antropológico puede aplicarse a cualquier colectividad humana, en los años recientes causaron alta como sujeto de interés los marginados urbanos, las minorías nacionales y los rancheros criollos; en este camino los antropólogos se han encontrado cada vez con mayor frecuencia con sociólogos, politólogos, economistas y, lo que aquí particularmente me interesa, con historiadores.²

Algunas subdisciplinas producto del *ars combinatoria* y de los intereses compartidos, como la antropología economi-

ca o la política, encontraron aceptación y respetabilidad con cierta facilidad. En cambio, el estudio antropológico del pasado tropezó con considerables renuencias y dudas.

La cuestión subyacente es que la antropología se definió y consolidó como ciencia oponiéndose a la historia y al método histórico. Buena parte de los antecesores decimonónicos de la moderna antropología tenían una orientación evolucionista y pueden ser considerados como historiadores. Sin duda, la suya era una historia conjetural, amarrada a la idea liberal del progreso, de que la humanidad necesariamente recorrería una sucesión progresiva de etapas que tendría su culminación en algo parecido a la cultura europea; su método era libresco, distante y a veces francamente fantasioso, aunque en muchas ocasiones tuvieron buenas intuiciones e introdujeron conceptos y términos que todavía utilizamos.

En gran medida, como una reacción contra los excesos de este evolucionismo, los fundadores de la antropología moderna insistieron en la importancia y el carácter esencial del trabajo de campo como método, y en la desconfianza hacia la especulación basada en fuentes secundarias y documentales. Asimismo, la preferencia por el análisis de los elementos funcionales que mantenían la cohesión y el equilibrio de las sociedades fue una vía de aproximación que hacía en apariencia prescindible el estudio de la evolución. Desde luego, tanto Radcliffe-Brown y Malinowski, como después Boas, en teoría defendían la orientación histórica realizada con métodos más precisos, objetivos y científicos; sin embargo, en la práctica acabaron por expulsar ignominiosamente a la historia por la puerta de servicio.³

De esta manera, los antropólogos dejaron de lado, durante mucho tiempo, la orientación diacrónica, temporal. Para los efectos prácticos, actuaban como si el pasado se extendiera sólo hasta los límites de la memoria colectiva de sus informantes. La notable excepción fue la reflexión sobre las sociedades “pre-históricas”, anteriores al registro escrito; esto es, aquellas sociedades que, como decía Levi Strauss en un curioso pasaje, “parecen haber elaborado o conservado una sabiduría particular, que las incita a resistir desesperadamente toda modificación de su estructura, que permitiría a la historia irrumpir en su seno”.⁴ Así, a mediados del presente siglo hubo en México un fuerte interés por el estudio de la sociedad y sobre todo del Estado prehispánico.

Con el tiempo, resultó evidente que la historia de un grupo humano era importante para conocer su presente; aún más, que este estudio podía ser en sí un objeto de investigación válido e interesante, liberándolo del evolucionismo

¹ Guillermo de la Peña, “Los estudios regionales”, en *La antropología en México. Panorama histórico*, 4, *Las cuestiones medulares (Etnología y antropología social)*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988, pp. 629-674.

² Carlos García Mora, “En torno a la etnohistoria y la unidad de la antropología”, en García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política de la antropología social en México*, vol. 2, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1986, pp. 45-55.

³ Véanse los comentarios sobre la historia de A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Península, Barcelona, 1974, pp. 9-11 y B. Malinowski, *Una teoría científica de la cultura*, Sudamericana, Buenos Aires, 1967, pp. 17, 18, 31, 32.

⁴ En su *Elogio de la antropología*, Calden, Buenos Aires, 1978, pp. 37 y 38.

simplista y la especulación sin fundamento. Así, se llega al estudio del cambio y del conflicto social, el neoevolucionismo y la etnohistoria. Esta transición se realizó con particular prontitud en México, donde los antropólogos siempre mantuvieron un interés por la historia, hecho que, en mi opinión, es uno de los rasgos distintivos de la antropología mexicana.

El cambio de perspectivas se hizo, sin embargo, con renuencia y algunas dudas existenciales. El problema consistía en que, después de haber establecido que la historia no era propiamente una ciencia sino una disciplina meramente descriptiva, atada a lo singular e irrepetible, incapaz de hacer

dente, aunque en la práctica la labor de los etnólogos o etnohistoriadores no presentara demasiadas diferencias respecto a la que se hacía con la historia a secas.

Por otro lado, esta aproximación de la antropología a la historia coincide con un movimiento bastante notable ocurrido en la historiografía. Ciertamente que todavía subsiste y ocupa un lugar importante una historiografía descriptiva, de apego miope al documento, donde la imaginación no tiene permiso de entrada. Pero de manera progresiva puede verse una creciente ampliación del campo tradicional de intereses, una aproximación a disciplinas afines y una cierta apertura hacia la teoría social. En particular, ha existido un progresivo interés por la perspectiva antropológica entre historiadores que se dedican a estudiar otras culturas, sociedades campesinas, minorías nacionales, etapas coloniales y movimientos religiosos.

Sin duda, el método histórico ofrece amplios y probados recursos. Frente a las grandes y vastas construcciones teóricas, establece una mirada escéptica, pronta a encontrar las excepciones y los matices particulares. La reflexión teórica ha avanzado bastante desde la ingenuidad positivista, y constantemente se afinan, discuten y ponen en práctica nuevos enfoques. El resultado ha sido muy satisfactorio, sobre todo cuando se trata de estudiar y entender la evolución general de las sociedades, sus ciclos económicos, la aparición y desarrollo de grupos sociales, los periodos de conmociones y crisis, el surgimiento y desaparición de partidos políticos e ideologías. No es extraño que la historia represente un atractivo tan poderoso para investigadores provenientes de disciplinas afines.

Por otro lado, existen ciertos temas donde el método histórico tradicional ha encontrado algunas limitaciones y en los cuales la perspectiva antropológica puede proporcionar y de hecho proporciona aportaciones de gran interés. Sin pretender agotar la enumeración, parece que esto es particularmente aplicable al estudio de grupos que no pertenecen a la tradición cultural del investigador; a la investigación que tiene como asunto el fundamento de la estabilidad y la resistencia al cambio en sociedades "tradicionales" que parecen repetirse a sí mismas a través de las generaciones; a la reflexión sobre los movimientos étnicos, mesiánicos y milenaristas, y finalmente, a la manera en que el análisis de este conjunto de procesos y tendencias puede insertarse en un marco teórico general y comparativo.

El denominador común en esta necesariamente incompleta enumeración es el estudio de la cultura. Obviamente, esta orientación en sí es bastante antigua en la historiografía pero si se revisan los estudios tradicionales se ve que "cultura" significaba más bien la obra de los grandes pensadores, filósofos y escritores del pasado. Los antropólogos han desarrollado el concepto de cultura como algo mucho más amplio, y consideran que importa, e importa mucho, estudiar las ideas, mitos, prejuicios, fantasías de la "cultura popular", aunque no tengan la lucidez y coheren-



generalizaciones o arribar a leyes, acercarse a ella parecía un sospechoso abandono del método y los objetivos propios del científico. Por eso resultó tan común la insistencia en que no se hacía "historia" sino algo distinto, que se bautizaba como "etnohistoria", "etnología histórica" u otros neologismos.⁵ La intención de marcar distancias y diferencias fue bastante evi-

⁵ Por ejemplo Ángel Palerm, *Introducción a la teoría etnológica. Treinta lecciones*, Universidad Iberoamericana-Editorial Cultural y Educativa, México, 1967, pp. 41 y 42.

cia lógica de los grandes tratados y sistemas de pensamiento formal.⁶

Además de su interés en sí mismo, el estudio de la cultura popular ha introducido nuevos elementos en el análisis causal. Tomemos por caso la reflexión sobre las razones de los múltiples estallidos de violencia social colectiva que han sido intermitentes en la historia de México. Un análisis histórico se referiría a los ciclos productivos, los conflictos sociales, la evolución del sistema político y los factores incidentales. Sin embargo, este tipo de crisis ha provocado la aparición de movimientos de protesta e incluso revoluciones pero también en ocasiones ha derivado hacia movimientos religiosos o corrientes migratorias. Similares causas parecen producir distintos efectos, y la respuesta humana frente a las circunstancias materiales resulta tan variada como desconcertante. Subsiste siempre en la explicación histórica de la conducta lo que podríamos llamar un elemento de indeterminación.

Frente a estos problemas, el método antropológico permite ahondar en las percepciones de la realidad y en la manera en que la conciencia colectiva refracta la realidad cotidiana en un multicolor prisma de actitudes y conductas. Las posibilidades para la conjunción de métodos son en extremo prometedoras.

Esta manera de ver la cultura como una compleja tela de ideas y valores ha conducido naturalmente a sostener que en realidad no existen temas “grandes” y “pequeños”, y que el objeto del historiador no tienen que ser necesariamente entidades tan vastas como las estructuras económicas o los sistemas políticos. Así, nos acercamos a temas que habrían sido considerados “menores” por los historiadores de otras épocas. En el caso de México, William Taylor utilizó con ingenio la documentación sobre ebrios, homicidas y tumultuarios procesados por la justicia del rey en las poblaciones indígenas de la Colonia, y mostró cómo, partiendo de un material aparentemente modesto e intrascendente, podía obtenerse un verdadero retrato de la sociedad indígena, del concepto que ésta tenía tanto del universo como del orden social, de las relaciones con los virreyes, alcaldes mayores y con otros pueblos indígenas.⁷

Como puede observarse, la perspectiva antropológica conduce naturalmente a tratar de ver la historia “desde abajo”, desde la situación de las minorías nacionales o religiosas, los campesinos, los indígenas o las mujeres. Esto es, de todos aquellos que no pudieron dejar testimonio escrito de sus preocupaciones y que, desde el punto de

vista tradicional, no tenían una historia propia y solamente constituían el estático telón de fondo frente al cual declamaban su papel los protagonistas de la “Historia” con mayúscula.

Esta aproximación acabó por revelar lo obvio: que quienes construían iglesias y palacios, integraban los anónimos contingentes de los ejércitos insurgentes o republicanos y dejaban su sudor en haciendas o minas habían contribuido a la formación de la sociedad y la cultura nacional en mucho mayor grado de lo que podría pensarse.

Cuestiones son éstas de particular interés para la historia de México pues tocan uno de los puntos más sensibles de ésta. En efecto, si existe un tema que es repetitivo en la historiografía mexicana es el de la cuestión nacional; casi inevitablemente los estudios históricos se ocupan de o derivan hacia el problema de la identidad cultural, la formación del Estado-nación y la legitimidad de sus gobernantes. No es inusual que esta obsesión particular acabe por inducir un evolucionismo retrospectivo, nacionalista y estatista. Así, por ejemplo, llevamos hacia el pretérito una exclusión de Guatemala que desde luego no tenía sentido en el universo colonial y que desconoce los vínculos estrechos que existieron y siguen existiendo entre los grupos de habla maya de un lado y otro de la frontera; y hablamos libremente de una curiosa entidad que llamamos por hábito y conveniencia “México prehispánico”, como si hubiera existido en Mesoamérica un territorio unificado y culturalmente coherente que correspondiera con los límites del posterior territorio republicano.

La crítica y la re-construcción de la historia desarmando esta proyección retrospectiva del presente y atendiendo a los particularismos étnicos no es tarea fácil, pero resulta en extremo fructífera. De pronto el panorama cambia, ciertas piezas que no “encajaban” caen súbitamente en su lugar y se ven de otra manera los periodos históricos. Resulta entonces, por ejemplo, que para los indígenas la Independencia significó el inicio de una hostilidad continua y abierta en contra de su autonomía y sus tierra comunales, y que la oposición conservadora a las Leyes de Reforma constituyó un movimiento en gran parte popular.⁸

Tal parecería, entonces, que la tendencia a diversificar y separar los campos respectivos de la antropología y la historia, característica de principios de nuestro siglo, encontrara ahora un movimiento de signo contrario —o mejor aún, complementario— hacia la convergencia y la síntesis. Para el historiador, pues, hay varias y excelentes razones para emigrar al territorio de la antropología. Y aunque no tenga intenciones de quedarse, es bastante seguro que traerá de regreso algo interesante en su morral. ♦

⁶ Un resumen comentado de esta problemática puede verse en Guggenheim y Weller, “Introduction: Moral Economy, Capitalism, and State Power in Rural Protest”, en *Power and Protest in the Countryside. Studies of Rural Unrest in Asia, Europe, and Latin America*, Duke University Press, Durham, 1982, pp. 3-12.

⁷ William Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 298 pp.

⁸ Uno de los primeros ejemplos de esta corriente crítica, en Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias. 1821-1910*, Secretaría de Educación Pública, México, 1973, 235 pp.

En la huida



WOLFDIETRICH SCHNURRE

El hombre tenía barba y ya estaba algo más viejo; casi *demasiado* viejo para la mujer. Y luego también estaba ahí además el niño, uno muy pequeño. Lloraba continuamente pues tenía hambre. También la mujer tenía hambre. Pero estaba callada y cuando el hombre volteaba a verla ella sonreía; o al menos eso intentaba.

El hombre también tenía hambre.

No sabían a dónde ir; solamente sabían que no podían quedarse en su tierra pues estaba devastada.

Anduvieron a través del bosque, de los pinos. En éstos se oía crujir algo. Normalmente el lugar era silencioso. Bayas o setas ya no había; el sol las quemó. Sobre las veredas el calor tremolaba. El poco viento soplaba únicamente en lo alto. Eso era bueno para el águila ratonera. Un corzo y una liebre yacían jadeando en el helecho.

“¿Todavía puedes?”, preguntó el hombre.

La mujer se detuvo. “No”, dijo.

Se sentaron. Los pinos estaban cubiertos de orugas que caminaban lentamente. Si no hacía viento, se las oía raspar las agujas de pino. Crujía tanto; y también goteaba: pedazos de agujas y excremento, como lluvia.

“Las *monjas*”,* dijo el hombre, “están devorando el bosque”.

“¿Dónde están los pájaros?”, preguntó la mujer.

“No sé”, dijo el hombre, “creo que ya no hay pájaros”.

La mujer se puso al niño junto al pecho pero el pecho estaba vacío. Entonces el niño volvió a llorar.

El hombre tragó saliva. Cuando el niño comenzó a ponerse ronco, él se puso de pie.

Dijo: “Esto ya no puede seguir así.”

“No”, dijo la mujer. Trató de sonreír, pero no lo logró.

“Voy a conseguir algo de comer”, dijo el hombre.

“¿De dónde?”, preguntó la mujer.

“Sólo déjame hacerlo”, dijo él.

Luego se marchó.

Caminó a través del bosque moribundo. Talló señales en los árboles. Llegó a un reguero de arena. Eso había sido un arroyo. Pasó por un lugar donde se levantaba polvo negro. Eso había sido un prado. Caminó durante dos horas. Luego empezaba el llano de arena. Sobre una piedra yacía una víbora; estaba seca. El brezo levantaba polvo.

Más tarde llegó a un campo sin labrar. Después de esto también a un pueblo; estaba muerto.

El hombre se sentó sobre un eje de carro. Se durmió. Mientras dormía se cayó al suelo. Cuando se despertó, tenía sed; su paladar ardía.

Se levantó, se tambaleó hacia una casa. En la casa todo estaba desarreglado. El cajón estaba arrancado de la mesa y yacía en la tierra. Las ollas estaban hechas pedazos; también las ventanas. Sobre el banco junto a la mesa había un paño. En el paño se hallaba envuelto medio pan; estaba duro.

El hombre lo tomó y se fue. En las demás casas no encontró nada; tampoco agua. En los pozos había carroña.

No se atrevía a cortar un pedazo de pan. Lo quería guardar para la mujer. No encontró frutos silvestres. Ya tampoco había animales; sólo cuerpos muertos: gatos, algunas gallinas. Se pudrían.

Una tormenta se cernía en el aire.

En el campo aplastó con el pie a una lagartija. Ésta se deshizo en polvo.

Caían truenos. Ante el bosque había muros ardientes. Caminaba doblado hacia adelante. El pan lo traía bajo el brazo. El sudor le llegaba a la barba. Las plantas de sus pies ardían. Corrió más aprisa. Tenía los ojos entrecerrados. Miró al cielo. El cielo estaba azufroso; relampagueaba. Aparecieron nubes oscuras. El sol desapareció.

El hombre corrió más aprisa. Había metido el pan en el escote de la camisa; apretó los codos contra éste.

* “Monjas” es la traducción literal de la voz alemana *nonnen* empleada para denominar a una clase de orugas que se encuentra principalmente en los pinos. [N. del T.]

El viento comenzó a soplar. Cayeron gotas. Crepitaban como guisantes sobre el piso seco.

El hombre corrió. El pan, pensó, el pan.

Pero la lluvia era más rápida; todavía lejos del bosque alcanzó al hombre.

Los rayos rasgaban el cielo. Llovía a cántaros.

El hombre apretó los brazos contra el pan. El pan comenzaba a pegársele. El hombre maldecía. Pero la lluvia aumentó. El bosque, hacia delante, y el pueblo hacia atrás, le parecían borrosos. Listones de vapor ondeaban sobre el llano. En la arena se abrían riachuelos.

El hombre se detuvo; jadeaba. Estaba de pie inclinado hacia delante. El pan le colgaba en la camisa, debajo del pecho. No se atrevía a asirlo. Estaba blando; se inflaba; se deshacía en forma de hojas.

Pensó en la mujer, en el niño. Rechinó los dientes. Crispó las manos. Apretó con fuerza los brazos al cuerpo. Así creyó proteger mejor el pan.

Tengo que doblarme más sobre él, pensó; tengo que cubrirlo con mi pecho. No voy a dejar que se lo trague ella, la lluvia; no se lo voy a permitir. Se arrodilló. Se agachó sobre las rodillas. La lluvia zumbaba; no se podía ver ni a diez pasos de distancia.

El hombre se puso las manos en la espalda. Luego inclinó la frente hacia la arena. Se miró el escote. Observó el pan. Estaba manchado; se desmoronaba; se veía como una esponja.

Esperaré, pensó el hombre. Me quedaré así hasta que pase. Estaba consciente de que mentía; el pan no duraría entero más de cinco minutos. Luego se disolvería, fluiría; todo ante sus ojos.

Vio cómo le resbalaba la lluvia en las costillas. También bajo las axilas manaban dos riachuelos. Todo mojaba la superficie del pan, se filtraba en él, lo carcomía. Lo que escurría estaba turbio y las migas flotaban.

Hace un momento el pan estaba inflado; ahora disminuía pedazo por pedazo; se deshacía.

Entonces comprendió: la mujer para allá, la mujer para acá; ahora tenía la elección: o dejar que se disolviera o comerse él mismo. Pensó: "Si no me lo como, se echa a perder, me quedo sin fuerzas, y a los tres nos lleva el carajo. Pero si me lo como, al menos yo tendré fuerzas de nuevo."

Lo dijo en voz alta, tenía que decirlo en voz alta; debido a la otra voz dentro de él, debido a la voz más débil.

No vio el cielo que se aclaraba en el occidente. No se percató de la lluvia que disminuía. Tenía la mirada sobre el pan. Hambre, pensaba algo dentro de él, hambre. Y pan, pensaba eso dentro de él, pan. Entonces lo hizo.

Lo agarró con ambas manos. Lo comprimió en forma de bola. Le exprimió el agua. Mordió; engulló; tragó: de rodillas, atragantándose; un animal. De tal manera lo devoró.

Sus dedos se enterraron como garras en la superficie, en la arena mojada. Mantuvo los ojos cerrados. Luego cayó. Sus hombros se contrajeron convulsivamente.

Cuando se irguió tambaleante, la arena le rechinaba entre los dientes.

Se limpió los ojos. Parpadeó. Miró fijamente al cielo.

El sol se abría paso a través del cielo gris. Los listones de lluvia se habían disuelto en vapor. Todavía cayeron algunas gotas; después terminó el aguacero. Todo era azul claro; la humedad se evaporaba.

El hombre continuó dando traspies. Sus muñecas se bamboleaban contra sus caderas. Traía la barbilla sobre el pecho. En el linde del bosque se apoyó contra un pino. En la lejanía se podía oír el canto de lluvia del pinzón; también un cuclillo cantó brevemente.

El hombre buscó las señales en los árboles; regresó caminando a tientas. En el helecho y en el arándano las gotas resplandecían. El aire estaba denso a causa del calor sofocante y el vapor. A las *monjas* les sentó bien la tormenta; subían más rápido por los troncos.

El hombre se detenía a menudo. Se sentía más débil que cuando había partido. Su corazón, su pulmón lo oprimían. Y las voces; sobre todo éstas.

Caminó otra vez tres horas; incluyendo las pausas para descansar. Luego la halló sentada; había apoyado el torso contra un pino; el niño yacía en su regazo.

Se dirigió hacia ella.

Ella sonrió. "Qué bueno que ya estás aquí."

"No encontré nada", dijo el hombre. Se sentó.

"No importa", dijo la mujer. Volvió la cara.

Qué triste se ve, pensó el hombre.

"Te ves muy mal", dijo la mujer. "Trata de dormir un poco."

Él se estiró. "¿Qué pasa con el niño?, ¿por qué está tan callado?"

"Tiene sueño", dijo la mujer.

El hombre comenzó a respirar regularmente.

"¿Estás dormido?", preguntó la mujer.

El hombre callaba.

Ahora sólo se oía cómo las *monjas* raspaban.

Cuando se despertó, la mujer también se había acostado; ella miraba al cielo.

El niño yacía a su lado, lo había envuelto en su blusa.

"¿Qué pasa?", preguntó el hombre.

La mujer no se movió. "Está muerto", dijo.

El hombre se incorporó sobresaltado. "¿Muerto?", dijo; "¿muerto...?!"

"Murió mientras tú dormías", dijo la mujer.

"¿Por qué no me despertaste?"

"¿Por qué había de despertarte?", preguntó la mujer. ♦

Maupertuis y la teoría evolutiva

◆
NELSON PAPAVERO
JORGE LLORENTE-BOUSQUETS

La Vénus Physique

En 1744 era exhibido en París un niño “blanco” (un albino), hijo de padres de raza negra. Siempre buscando hechos interesantes sobre la reproducción y la herencia, Pierre Louis Moreau de Maupertuis, filósofo de la Enciclopedia francesa, se interesó por ese caso. Como resultado de sus meditaciones sobre el asunto, publicó en ese mismo año el opúsculo *Dissertation physique à l'occasion du nègre blanc*. Esa misma obra fue republicada en 1745 con el título *Vénus Physique, contenant deux dissertations, l'une sur l'origine des hommes et des animaux, l'autre sur l'origine des noirs*.

En la *Vénus Physique* Maupertuis utilizó elementos análogos a las combinaciones químicas, la idea del “átomo animado” de Gassendi, el principio newtoniano de la “atracción” y los datos que ya poseía sobre la herencia de la hexadactilia para hacer una nueva teoría sobre la reproducción y la herencia.

La química de la época se basaba en la idea de la “atracción” entre las partículas de los diferentes elementos para explicar la formación de compuestos; tal concepto, propuesto por Geoffroy y otros químicos franceses, era muy discutido. Maupertuis lo aceptó, gracias a su devoción al concepto de atracción gravitacional, que le parecía un fenómeno análogo. En la concepción de Maupertuis, dos sustancias poseen una tendencia a unirse en virtud de sus afinidades o relaciones (*rappports*) químicas; si una tercera sustancia con mayor afinidad a una de ellas apareciese en escena, se uniría a ésta “haciendo salir a la otra”. En 1718, en las *Mémoires* de la Academia de Ciencias de París, en efecto, Geoffroy comentó que había sentido:

la dificultad de reducir las operaciones [químicas] a las leyes comunes del movimiento, y se había visto obligado a recurrir a fuerzas que creyó que recibirían más favorablemente el nombre de *Relaciones*, pero Relaciones que hacen que todas las veces que dos sustancias que tienen alguna disposición de

unirse una con la otra, y, si se encuentran unidas, y si surge una tercera que tenga más relación con una que con la otra, ella se une con esta tercera, dejando libre a la primera. (*Vénus Physique*, parte I, Cap. XVII.)

Para Maupertuis, el principio de “relación” de Geoffroy y otros químicos no era sino el de “atracción” de los físicos, o una forma particular de éste:

No puedo dejar de advertir aquí que estas fuerzas & estas relaciones no son otra cosa que lo que otros filósofos más audaces llaman *Atracción*. Este antiguo término, reproducido en nuestros días, alarmó primeramente a los Físicos, que creían poder explicar sin él todos los fenómenos de la naturaleza. Los Astrónomos fueron los primeros en sentir la necesidad de un nuevo principio para los movimientos de los cuerpos celestes, y quienes creyeron haberlo descubierto en estos mismos movimientos. La química ha reconocido después su necesidad; y los químicos más famosos de hoy admiten la atracción, y la extendieron más allá de lo que han hecho los Astrónomos. (*Vénus Physique*, parte I, Cap. XVII.)

Análogamente a lo que ocurre en las combinaciones químicas de ciertos compuestos diferentes, cuando son puestos en presencia uno del otro, misteriosamente surge un tercero, algo distinto de los dos que lo originaron; de la mezcla de dos sémenes —masculino y femenino— surge un feto, que es un compuesto de ellos. ¿Cómo explicar que del acercamiento de dos “licores” nazca este ser?, ¿cómo se juntan las “partes” del cuerpo que provienen del padre y de la madre? Maupertuis tenía la opinión de que las partes se juntaban por una fuerza de atracción:

¿Por qué, si esta fuerza existe en la naturaleza, no habría de tener parte en la formación del cuerpo de los animales? Habiendo en cada uno de los sémenes partes destinadas a

formar el corazón, la cabeza, las entrañas, los brazos, las piernas, y teniendo cada una de estas partes mayor relación de unión con la que para la formación del animal deba ser su vecina que con cualquier otra, el feto se formará; y si fuese todavía mil veces más organizado de lo que es, se formaría. (*Vénus Physique*, parte I, Cap. XVII.)

El orden de los cuerpos inanimados —la astrofísica newtoniana— venía a ser una base para establecer que existía también un orden del cuerpo animado, constituido, según Maupertuis, por partículas afines que obedecen a la ley general de la atracción de los cuerpos.

Por otro lado, como comenta Tort (1980: 25), el fenómeno químico

se convierte en una referencia favorable para la teoría de la formación del ser, pues con mucha frecuencia ofrece la imagen de una operación interna y oculta que a la observación sólo presenta el resultado: así la obscura combinación que preside a la formación de un compuesto químico es análoga al “misterio” de la generación, pues también puede compararse el producto aquí formado con el fruto de la colaboración de dos cuerpos.

En la primera parte de la *Vénus Physique*, Maupertuis demuestra que es necesario volver a la teoría de la pangénesis y admitir, por varias razones empíricas, que los dos sexos participan en la formación del feto, siendo éste el producto de la mezcla de dos sémenes. Examina en esa primera parte el “sistema de los antiguos sobre la generación” (Cap. II); critica el “sistema de los huevos” (Cap. III), el “sistema de los animales espermáticos” (Cap. IV), el “sistema mixto de los huevos y de los animales espermáticos” (Cap. V), y así sucesivamente, ya que no concuerdan con las experiencias de Harvey (Caps. VII y VIII). Hay que volver a admitir, según él, el sistema de los antiguos —el feto solamente se forma por la mezcla de dos sémenes—; el espermatozoide, el animáculo del semen masculino, asienta, si es que tiene alguna función, sólo debe servir para hacer subir el semen masculino hasta la matriz para que se combine con el semen femenino. Una vez que se encuentran los dos sémenes, las partes que se unen lo hacen por tener mayor afinidad —las partes de la cabeza sólo se unen con las partes de la cabeza, las partes de la pierna sólo con las de la pierna, y así sucesivamente. Esta hipótesis explicaría que es el exceso o la deficiencia de substancia en los sémenes lo que provoca que surjan seres deformes; sin embargo, esas anomalías nunca se verifican en lugares donde las partes no tienen ninguna relación directa —es decir, un dedo supernumerario surgirá siempre en la mano (o en el pie), y nunca, digamos, cerca del ombligo. ¿Por qué? Por la fuerza de atracción entre las partes —la mano atrae a los dedos; el ombligo no. La inexistencia de partes supernumerarias en lugares “erróneos” corrobora, según

Maupertuis, que es la atracción entre las partes la responsable de la organización del feto, a partir de la mezcla de dos sémenes.

En la segunda parte de la *Vénus Physique* Maupertuis expone su teoría genética. Admite las mutaciones —“cambios fortuitos”— como originadoras de novedades que hoy llamaríamos evolutivas; no desecha tampoco la herencia de caracteres adquiridos, y empieza a especular sobre el origen de las especies. Es mejor leer de modo íntegro este fragmento, especialmente el capítulo quinto de la segunda parte, por lo cual remitimos al lector interesado a algunas de las obras de Maupertuis traducidas y comentadas por Lafuente y Peset (1985) y por Papavero y Llorente-Bousquets (1994).

La *Vénus Physique* tuvo un éxito inmenso en Francia y el resto de Europa. En 1751 ya estaba en su sexta edición; como dijo maliciosamente Voltaire, la *Venus* estaba en manos de todo el mundo...

Los experimentos de Maupertuis sobre herencia de caracteres

En un suplemento de la *Historia* de la Academia de Ciencias de París del año 1742, Mairan publicó un elogio póstumo de Lémery, quien había fallecido el 9 de junio de 1743. En ese texto, después de recordar los méritos del difunto y su polémica con Winslow, Mairan retomó la discusión sobre el origen de los monstruos (embriológicos) y aceptó la teoría de la preformación, tan ardorosamente definida por Winslow. Al año siguiente, Mairan publicó otro trabajo sobre el mismo asunto en la *Histoire* de la Academia de ese año; ahí trató el caso de un niño hexadáctilo en las cuatro extremidades, sobre el que Winslow escribió brevemente en una de sus memorias. Los órganos terminales en ese niño presentaban articulaciones y eran funcionales, incluso el dedo supernumerario de cada extremidad. ¿Cómo surgió ese sexto dedo? Mairan desechó la posibilidad —tan cara para el difunto Lémery— de que hubiera aparecido por accidente, por una compresión de huevos. Eso habría exigido, comentó Mairan, una secuencia ordenada de una *prodigieuse quantité de hasards*. Sería necesario que miles de individuos hubiesen nacido para que todas las microconexiones necesarias estuvieran en el lugar adecuado, y perfectamente articuladas, en los dedos excedentes presentes en cada miembro. Como señaló Tort (1980: 40), es claro que Mairan no estaba pensando en la plasticidad de los huevos o de los órganos vitales (pues los veía como piezas mecánicas ensamblables de un juego modular); más bien admite, según Tort, una *hipermecanización* en la concepción de las estructuras vivas. Así, para Mairan no había posibilidad alguna de que el azar hubiera producido un nivel tal de organización. Entonces resultaba que la polidactilia sólo se explicaba por preformación; el sexto dedo de cada extremidad, en ese niño, ¡ya estaba en el germen dentro del huevo!



El asunto de la herencia del polidactilismo, en particular de la hexadactilia, también le interesó a Maupertuis. Aparentemente, luego de su llegada a Berlín, en 1740, Maupertuis tuvo la oportunidad de estudiar ese fenómeno pues conoció un caso de hexadactilia en la familia Ruhe. Es muy posible que su investigación casi estuviera terminada mucho tiempo antes de que escribiera la *Vénus Physique* en el año 1745, como se puede demostrar a partir de las evidencias, abundantes en esa obra. Sin embargo, los datos más concretos sólo son adiciones de otros posteriormente obtenidos; éstos los publicó en la *Dissertatio inauguralis metaphysica* del año 1751, que después fue reeditada en sus *Oeuvres* con el título *Système de la Nature*, de 1756, y en sus *Lettres*, más exactamente en la “Lettre XIV”, de 1752.

En ésta es donde encontramos el relato más completo del caso, que es el siguiente:

Un gran Físico propone en una obra útil y curiosa (*L'art de faire éclore des oiseaux domestiques*, por el Sr. de Réaumur, t. II, mem. 4) experimentos sobre ese asunto. En el género de las gallinas no es raro ver razas que muestran cinco dedos en cada pata; tampoco es difícil ver algunas que nacen sin cresta. El Sr. de Réaumur propone aparear una gallina con cinco dedos con un gallo de cuatro dedos, y una gallina de cuatro dedos con un gallo de cinco; la misma experiencia debe hacerse con gallos y gallinas sin cresta; & considera estos experimentos como decisivos para poder saber si el feto sólo es el producto del padre, sólo de la madre, o de uno y otro juntos.

Quedo sorprendido que ese hábil Naturalista, que sin duda hace experimentos, no nos revele el resultado.

Pero un experimento más seguro y más decisivo se encuentra ya hecho. Esa singularidad de los supernumerarios se

encuentra en la especie humana, se extiende a razas enteras; puede verse que es igualmente transmitida por los padres y por las madres. (“Carta XIV”, 16-18.)

Entonces Maupertuis comenta sus observaciones sobre la herencia del hexadactilismo en la familia Ruhe; en razón de esa evidencia, Maupertuis tomará partido por la antigua teoría de la mezcla de los dos sémenes en la formación de los fetos. Describe el caso de los Ruhe en su “Carta XIV” (19-20). Quedó extremadamente sorprendido por el aparente “debilitamiento” de ese carácter a través de las generaciones sucesivas; esto lo llevó a la conclusión de que, por medio de apareamientos sucesivos con individuos normales —y la consecuente mezcla de sémenes—, ese rasgo podría desaparecer con el tiempo. En otras palabras, esos “desvíos” de la naturaleza tendían a desaparecer; las obras de la naturaleza tendían a “volver atrás”, según Maupertuis. Pero lo significativo era que los caracteres aparentemente se heredaban por la participación de los dos sexos, por la mezcla de sus sémenes.

También es importante darse cuenta de que ese caso no mostraba preformación de los gérmenes; ¿cómo explicar que ese carácter —la hexadactilia— era heredado, que surgía por lo menos en algunos de los hijos de los padres portadores de ese rasgo? Sería un azar extraordinario que hubiese gérmenes preformados, creados por Dios desde el inicio de los tiempos, embutidos en los huevos de Eva, o en los espermatozoides de Adán, para que se desarrollasen así, uno enseguida del otro, en una secuencia. Para refutar el preformacionismo —el azar representado por el surgimiento secuencial de rasgos extraordinarios preformados— Maupertuis hizo un cálculo de probabilidades:

Pero si se quiere considerar la continuación de la hexadactilia como efecto del puro azar, es necesario saber cuál es la posibilidad de que esa variedad accidental de un primer progenitor no se repita en sus descendientes.

Después de una investigación que hice en una ciudad que tiene cien mil habitantes, encontré dos hombres que tenían esa singularidad. Supongamos, lo que es difícil, que otros tres se me hayan escapado; que en alrededor de 20 000 hombres se pueda contar un hexadáctilo: la probabilidad de que su hijo o su hija no nazcan con la hexadactilia es de 400 000 000 contra 1: en fin, la probabilidad de que esa singularidad no continúe por tres generaciones sucesivas sería de 8 000 000 000 000 contra 1; números tan grandes que ni la certidumbre de las cosas más demostradas de la Física se aproxima a esa probabilidad. (“Carta XIV”, 22-23.)

Por lo tanto, es mucho más probable que ese rasgo se herede, y que ambos sexos tengan participación en la formación del feto, con mezcla de los sémenes; que ese rasgo, venido de uno sólo de los padres, tienda a desaparecer cuando haya apareamiento con personas normales; pero, “esas variedades”, una vez confirmadas por un número suficiente de genera-

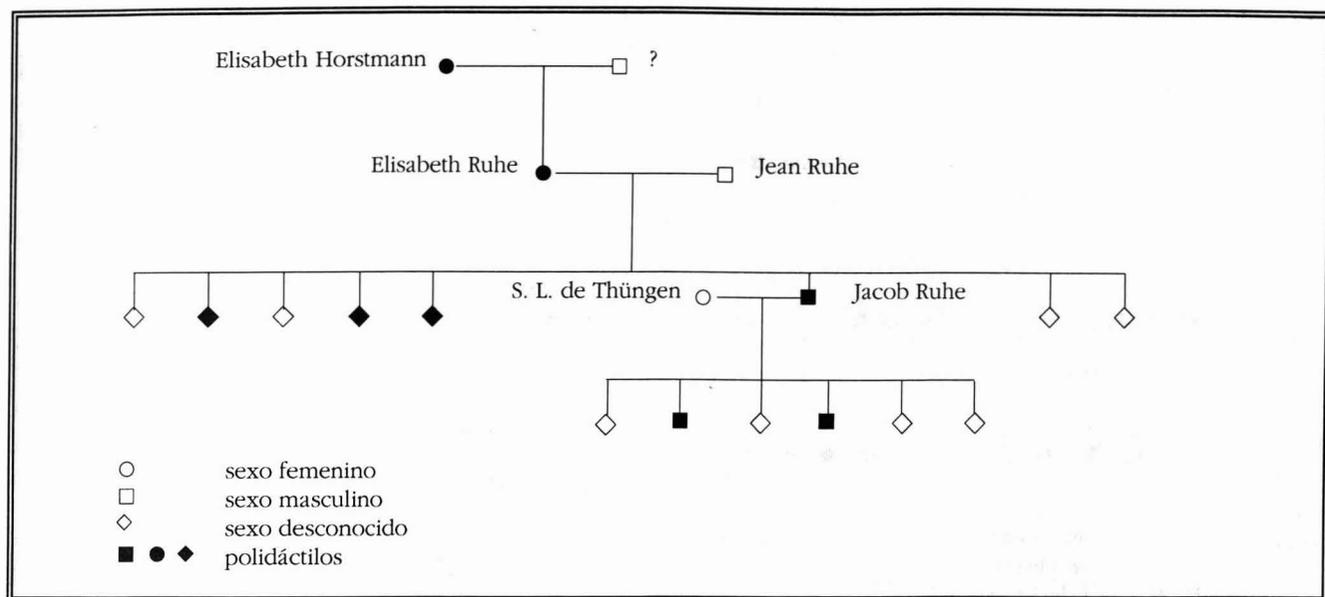


Figura 1. Herencia de la hexadactilia en la familia Ruhe, investigada por Maupertuis

ciones, en las cuales los dos sexos las tuvieron, fundan las especies; tal vez sea así que se multiplicaron todas las especies. (“Carta XIV”).

Maupertuis proponía así, por primera vez, una teoría sobre el origen de las especies, con un mecanismo genético para explicar el proceso y, como veremos más adelante, hasta con un proceso de selección.

Pero volvamos al caso de la herencia de la hexadactilia. Además de la familia Ruhe, cuya herencia de ese rasgo se representa en la Figura 1, Maupertuis estudió otros casos, y con algún éxito pues escribió en la “Carta XIV”:

Dije que había encontrado en Berlín dos hexadáctilos; di la genealogía de uno de ellos [Figura 1]. No pude trazar con bastante exactitud la genealogía del otro, que es extranjero, y que me la ocultó; pero él tiene hijos hexadáctilos y me aseguraron que esa hexadactilia era hereditaria en su familia desde hacía mucho tiempo. Un Sabio ilustre de Alemania, y Ministro del Duque de Würtemberg, el Sr. Bulfinger, pertenecía a una familia tal y nació con un sexto dedo, que sus padres hicieron cortar como una monstruosidad. (“Carta XIV”, 24.)

Es interesante que, en la segunda edición del libro de Réaumur *Art de faire éclore des oiseaux domestiques* (de 1751; la primera edición es de 1749), hay un caso célebre de herencia de hexadactilia humana, tan circunstanciado y completo como el de la familia Ruhe, estudiado por Maupertuis. Una pareja de Malta, de nombre Kellaia, cuyas manos y pies eran normales, tuvo un hijo, Gratio, que poseía seis dedos perfectamente móviles en cada mano y seis dedos en cada pie, pero estos últimos estaban deformados. Ese hombre se casó con una mujer normal y con ella tuvo cuatro hijos. El más grande, Salvatore, tenía seis

dedos en cada mano y pies; el segundo, George, tenía cinco dedos en cada mano y seis en cada pie pero sus manos y pies estaban ligeramente deformados; el tercero, Andrés, era normal; el cuarto, María, tenía manos y pies con cinco dedos cada uno pero los dedos grandes de los pies estaban ligeramente deformados. Todos ellos crecieron y se casaron con personas normales. Salvatore tuvo cuatro hijos, de los cuales dos niños y una niña fueron hexadáctilos y el cuarto normal. George tuvo tres hijas, todas hexadáctilas, y un niño normal; dos de esas niñas tenían seis dedos en cada mano y seis en cada pie; de la tercera su único pie normal era el izquierdo. La cuarta hija de Gratio Kellaia, María, tuvo un hijo con seis dedos en el pie y tres hijos normales —un hijo y dos hijas. El hijo normal de Gratio, Andrés, sólo tuvo hijos normales (Figura 2).

Es lamentable que Maupertuis no llegó a conocer la segunda edición del libro de Réaumur, que describía ese caso interesante.

Durante su estancia en Berlín, Maupertuis se dedicó a realizar muchos otros experimentos y observaciones sobre el mecanismo de la herencia. Alrededor de 1748 se había establecido en esa ciudad, en una amplia casa adyacente al parque real —hoy esa área es ocupada por el Tiergarten— y la convirtió en un verdadero zoológico (anticipándose al actual). El secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de Berlín, Samuel Formey, nos dejó, en su *Elogio* de Maupertuis (1759) la siguiente descripción:

La casa del Sr. de Maupertuis era un verdadero zoológico, lleno de animales de toda especie, que no dejaban mantener la limpieza. En las piezas, tropas de perros y de gatos, loros y pericos, etc. En el patio todas las especies de aves extrañas. A veces era peligroso pasar corriendo por entre esos animales, que atacaban a ciertas personas. Particularmente yo tenía

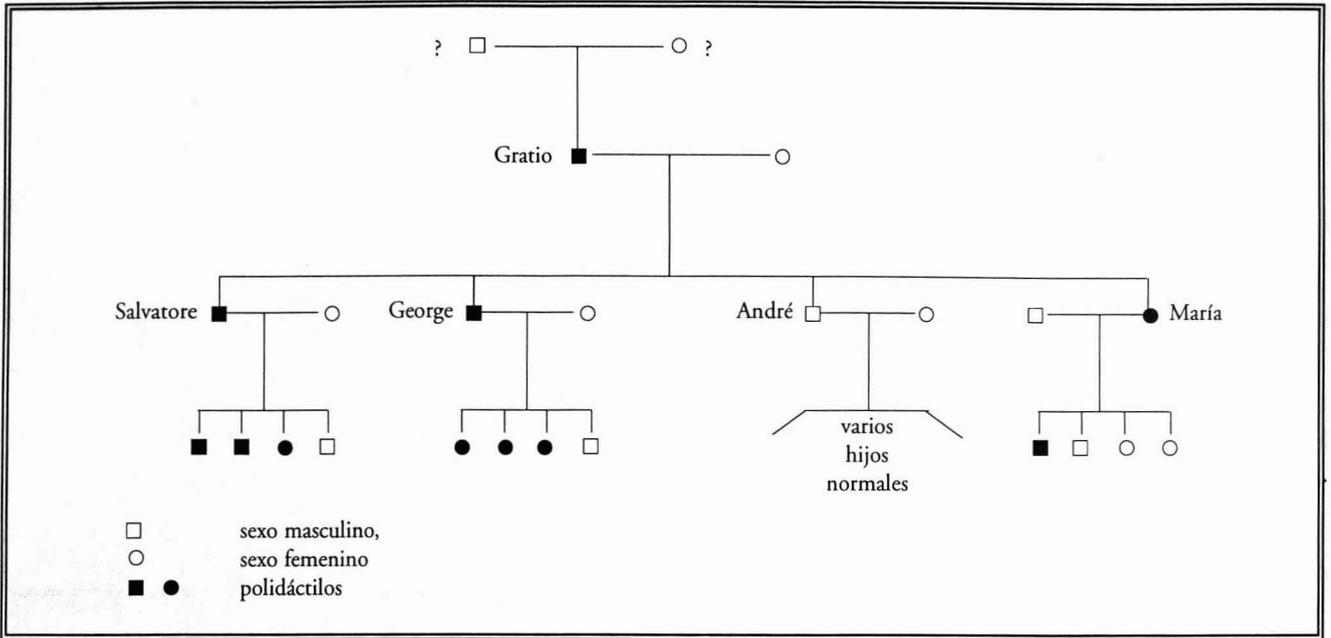


Figura 2. Herencia de hexadactilia en la familia Kellaia, estudiada por Réaumur (1751: *L'art de faire éclore des oiseaux domestiques*, 2a. ed.)

miedo de los perros de Islandia. El Sr. de Maupertuis se divertía, sobre todo, criando nuevas especies por el apareamiento de diferentes razas; y mostraba con complacencia los productos de esos apareamientos, que participaban de las cualidades de los machos y de las hembras que los habían engendrado. A mí me gustaba más ver las aves y especialmente los pericos, que eran encantadores.

Maupertuis nos dejó el relato de algunos de esos experimentos de apareamiento, especialmente el que hizo con los perros de Islandia, que tanto asustaban a Formey (cfr. "Carta XIV", 25, 26).

El Essai de Cosmologie

En la *Vénus Physique* Maupertuis había desarrollado una teoría genética, exponiendo el origen de las "variaciones fortuitas". En un pasaje se refiere brevemente a la selección pero a la efectuada por el hombre: "El color negro es tan inherente a los cuervos y mirlos como a los Negros; no obstante, varias veces vi mirlos y cuervos blancos. *Y estas variedades formarían especies, verdaderamente, si fueran cultivadas.*"

En 1751, Maupertuis publicó su *Essai de Cosmologie*. En el largo Avant-Propos (intitulado "Où l'on examine les preuves de l'existence de Dieu, tirées des merveilles de la Nature", pp. 1-66) trató otra vez, con mucha cautela, el problema de la selección. Así, después de referirse a Lucrecio, plantea (pp. 24-26):

Pero, no podría decirse que en toda combinación fortuita de las producciones de la Naturaleza, como aquellas que pre-

sentaban ciertas relaciones de conveniencia, que pudieron subsistir, ¿no es maravilloso que esa conveniencia se encuentre en todas las especies que existen actualmente? El azar, podría decirse, habría producido una multitud innumerable de Individuos; un pequeño número estaba construido de manera tal que las partes del Animal podían satisfacer sus necesidades; en otro infinitamente mayor, no había ni conveniencia, ni orden: todos estos últimos perecieron; animales sin boca no podían vivir, otros que no tenían órganos de reproducción no podían perpetuarse; los únicos que quedaron son aquéllos en los cuales se encontraban el orden y la conveniencia: estas especies que hoy vemos sólo son la parte más pequeña de aquello que un destino ciego había producido.

La cautela de Maupertuis en esta parte de su trabajo es evidente. A pesar de compartir esa opinión, Maupertuis la presenta de manera que pueda atribuírsele al propio Empédocles, quien había creado esa idea originalmente, o mejor a Lucrecio, citado inmediatamente antes. De todas maneras, como subraya Ostoya (1951: 39), aquí se trata de una selección grosera que no implica una noción de evolución gradual. La selección en este caso aparece solamente como un mecanismo de eliminación de monstruos, de seres inviábiles. No tienen nada que ver, en esa obra, con la selección natural entendida como un elemento positivo que puede dirigir el curso de la evolución, tal como se propondrá en las obras de Wallace y Darwin.

Aun en el *Essai de Cosmologie*, Maupertuis supuso que las especies se manifestarían en el inicio de los tiempos como una serie graduada y continua, y que los hiatos que hoy constatamos en el mundo vivo fueron causados por un cometa (pp. 168-175):

Sólo la aproximación de cuerpos tan abrasadores, como son los cometas, una vez que pasaron muy cerca del sol, solamente la inundación de sus atmósferas o de sus comas, causarían desórdenes muy grandes en el planeta que a ellas estuviera expuesto.

No puede dudarse que la mayoría de los animales perecerían, si sucediera que fuesen obligados a soportar calores tan excesivos o a nadar en fluidos tan diferentes de los suyos, o a respirar vapores tan extraños. Sólo los animales más robustos y tal vez los más viles conservarían su vida. Especies enteras serían destruidas... (pp. 168-169.)



Si estas conjeturas parecen algo osadas a algunos, que miren las marcas incontestables de los cambios que sucedieron en nuestro planeta. Esas conchas y esos peces petrificados, que se encuentran en los lugares más elevados y más distantes de las playas, ¿no hacen ver que las aguas otrora inundaran esos lugares? Esas tierras fracturadas, esos yacimientos de diferentes clases de materias interrumpidos y sin orden, ¿no son pruebas de alguna violencia sufrida por la tierra? (pp. 174-175.)

Nuevamente tenemos la selección actuando apenas para suprimir ciertas formas de vida menos resistentes.

La Dissertatio inauguralis metaphysica

En 1751 apareció publicada en Erlangen una *Dissertatio inauguralis metaphysica de universali naturae systemate, pro gradu doctoris habita* (Disertación inaugural metafísica sobre el sistema universal de la naturaleza, para obtener el grado de doctor), atribuida a un cierto "Dr. Baumann". En 1754 esa obra, traducida al francés, apareció en Berlín bajo el título

Essai sur la formation des êtres organisés. Finalmente, en 1756, cuando en Lyon fueron publicadas las *Oeuvres* de Maupertuis, ese ensayo fue incluido allí con el título *Système de la Nature*. Que Maupertuis era su autor, mucha gente lo sabía. Diderot, en nota al pensamiento XII de su *De l'interprétation de la Nature*, por ejemplo, indicó que esa obra había sido "apportée en France par M. de M... en 1753". "M. de M..." era evidentemente Maupertuis.

Desde la publicación de la *Vénus Physique*, Maupertuis había advertido que los principios newtonianos de la gravitación no brindaban una base suficiente para explicar los fenómenos de la química, ni tampoco los de los organismos vivos. Entonces empleó las ideas de Leibniz, quien veía que en la base de la vida ya existían elementos dotados de conciencia. En su *Dissertatio* —o *Système de la Nature*— Maupertuis intentó reconciliar a los dos grandes representantes de la filosofía de la naturaleza del siglo XVII: Newton y Leibniz. Combinó varias teorías con un resultado grandioso: Pierre Gassendi anteriormente había propuesto un "átomo animado", que poseía memoria; de esta manera, los átomos salidos de los órganos de los progenitores, al juntarse para formar el embrión, se "acordaban" de qué parte del cuerpo de los padres provenían y así reconstituían un órgano semejante, en la posición adecuada, en el cuerpo del embrión. Louis Bourguet, en 1742, propuso la teoría del "molde orgánico" y de las "moléculas orgánicas", ambas adoptadas por Buffon en su *Histoire naturelle* (vol. II). Maupertuis dio un paso más atrevido: atribuyó a las "moléculas orgánicas" de Bourguet y Buffon una "propiedad afín a aquellas que nombramos deseo, aversión y memoria" (*Système de la Nature*, XXXI). Además, si en la *Vénus Physique* había propuesto la pangénesis con cautelosa reserva y apenas como hipótesis digna de investigación, en el *Système de la Nature*, sin duda motivado por el hecho de que Buffon adoptara esa idea, expresó sin reservas:

Los elementos adecuados a la formación del feto nadan en los sémenes de los animales padre y madre: pero cada uno de ellos proviene de la parte semejante a aquella que debe formar, preserva una especie de memoria de su antigua formación y la retomará toda las veces que pueda, para formar en el feto la misma parte. (*Système de la Nature*, XXXIII.)

De ese hecho, dice Maupertuis (*Système de la Nature*, XXXIV), proviene, "en el orden ordinario, la conservación de las especies y la semejanza a los progenitores". Pero, como ya había dicho en la *Vénus Physique*, "pueden ocurrir pequeños 'errores' de copia, o, 'si algunos elementos faltan' en el semen, o si ellos no pueden unirse nacen esos monstruos a los cuales les falta alguna parte" (XXXV); pero, "si todos los elementos se encuentran en cantidad muy grande, o si, después de su unión ordinaria, alguna parte que ha permanecido descubierta todavía permite a cualquier otra de allí juntarse, nace un monstruo con partes superfluas" (XXXVI). "Algunas

monstruosidades, sea por exceso, sea por escasez, se perpetúan bastante ordinariamente de una generación a otra, y durante varias generaciones" (XXXVII). Por otro lado, "si los elementos parten de animales de diferentes especies, pero en los cuales aun quedan relaciones suficientes entre los elementos, unos ligados a la forma del padre, los otros a la de la madre, se originarán animales mestizos" (XXXVIII); son esos híbridos, con caracteres de ambos progenitores, éstos de especies distintas, los que evidencian que los dos sexos tienen que participar en la reproducción; quedan, en consecuencia, eliminadas las teorías del "ovismo" y del "animalculismo". El concepto de especie biológica, o *genos* biológico, tiene ahora una base "genética" explícita: "Si los elementos salen de animales que no tienen entre sí analogía suficiente, los elementos, no pudiendo tomar, o no pudiendo preservar un arreglo conveniente, la generación se tornará imposible" (XXXIX). El sistema propuesto por Maupertuis también explica la generación espontánea:

... existen elementos tan susceptibles de arreglo, o en los cuales la memoria es tan confusa, que se combinan con la mayor facilidad; tal vez se verán animales que serán producidos por medios diferentes del de la generación ordinaria, como esas maravillosas anguilas que se pretenden formadas apartir de harina disuelta y tal vez de tantos otros animalculos con los cuales pululan en los licores en su mayoría. (LX.)

Y viene entonces el postulado de la evolución orgánica:

No se podría explicar así ¿cómo de dos únicos individuos pudo surgir la multiplicación de las especies más diferentes? Ellas deberían su primer origen a algunas producciones fortuitas, en las cuales las partes elementales no habrían retenido el orden que mantenían en los animales padres y madres; cada grado de error habría hecho una nueva especie: y a fuerza de sucesivos desvíos se constituiría la diversidad infinita de los animales que hoy vemos; y que tal vez crecerá más con el tiempo, pero a la cual la secuencia de los siglos no traiga sino adiciones imperceptible. (*Système de la Nature*, XLV.)

Los animales bisexuales de fecundación cruzada constituirían, pues, un grupo monofilético. Todos los otros continuarían naciendo por generación espontánea. Pero, ¿la teoría de la evolución de Maupertuis se aplica solamente a aquellos primeros? Los que se reproducen a partir de un único individuo son tomados en cuenta en el párrafo XLVI. El problema permanece en relación con las especies surgidas por generación espontánea —cuyo "semen", según Maupertuis, "queda afuera del individuo" (XLVI)—; éstas pueden cambiar, está claro, por "errores fortuitos", "fallas de memoria", pero siempre constituirán un grupo poligenético,

nunca monofilético, ya que no se reproducen sexualmente; lo mismo se aplica a todos aquellos cuerpos, vivos o no, que "se producen afuera de las generaciones ordinarias" (XLVII; puede verse también XLIX-LI, y Papavero y Llorente-Bousquets, 1994: 97).

"Carta XIV": sobre la generación de los animales

En 1752, Maupertuis publicó su último trabajo sobre el problema de la generación de los animales. Ciertamente escrita antes de la *Dissertatio metaphysica*, pero dada a luz posteriormente, esa "Carta XIV" ofrece un resumen histórico de las teorías sobre la reproducción, comenta las experiencias y teorías de Buffon y expone los datos que Maupertuis había obtenido sobre la herencia de la hexadactilia. ♦

Referencias bibliográficas

- Maupertuis, P. L. M. de, *Dissertation physique à l'occasion du nègre blanc*, Leyden, 1744.
- , *La Vénus Physique*, Paris, 1745.
- , *Essai de Cosmologie*, 1751.
- , *Dissertatio inauguralis metaphysica, pro gradu doctoris habita*, Erlangen, 1751.
- , *Lettres*, 1752.
- , *Essai sur la formation des corps organisés* (trad. de la *Dissertatio metaphysica* 1751), 1754.
- , *Oeuvres*, 4 vols., Lyon, 1756.
- , *Oeuvres*, 4 vols., Georg Olms Verlagsbuchhandlung, Hildersheim, 1965.
- , *El orden verosímil del cosmos*, traducción, introducción y notas de A. Lafuente y J. L. Peset, (Libro de bolsillo, 1088), Alianza Editorial, Madrid, 1985, 195 pp.
- Ostoya, P., *Les théories de l'évolution. Origenes et histoire du transformisme et des idées qui s'y rattachent*, Ricardo, Antonio, Tomas, Antonio, Carlos, Humberto, Ernesto, Nicolas, Tomas rattachent, Payot, Paris, 1951.
- Papavero, N. y J. Llorente-Bousquets, *Principia taxonómica. Una introducción a los fundamentos lógicos, filosóficos y metodológicos de las escuelas de taxonomía biológica*, vol. IV, *El sistema natural y otros sistemas, reglas, mapas de afinidades y el advenimiento del tiempo en las clasificaciones: Buffon, Adanson, Maupertuis, Lamarck y Cuvier*, Facultad de Ciencias, UNAM, 1994, 137 pp.
- Tort, P., *Vénus Physique* [de Maupertuis], *suiui de la lettre sur le progrès des sciences, précédé d'un essai de Patrick Tort, l'Ordre du Corps*, Aubier Montaigne, Paris, 1980.

M I S C E L Á N E A

David Hull: cambio conceptual y evolución biológica

ANA BARAHONA

En el año 1988 apareció en los Estados Unidos el libro *Science as a Process*¹ (aún no traducido al español) cuyo autor es uno de los filósofos de la ciencia y de la biología más reconocidos e importantes en la actualidad: David Hull. En este libro Hull dice que su objetivo es ver a la ciencia como un científico ve a su objeto de estudio. La ciencia para Hull debe ser tratada como algo natural, una forma de conocimiento sobre la cual se pueden hacer afirmaciones parecidas a leyes.

El modelo propuesto por David Hull se inscribe en las llamadas epistemologías evolucionistas, que son un tipo de epistemologías naturalizadas,² cuyo objeto de estudio es el conocimiento científico y su desarrollo, en el marco conceptual de la evolución biológica y social del hombre. Las epistemologías evolucionistas tienen como denominador común el hecho de establecer relaciones analógicas entre los procesos de la evolución biológica y la evolución del conocimiento, principalmente el científico. Así por ejemplo se habla de "selección" de conceptos o teorías más "adecuadas", etcétera.

El modelo de David Hull, que es un modelo evolucionista del cambio conceptual, no establece una analogía sino que pretende construir una teoría general de los procesos de selección que explique tanto la evolución biológica como la conceptual. Es por esto que Hull intenta desarrollar una "ciencia de la ciencia", que utilice la misma metodología que la ciencia natural. La posibilidad de cons-

truir este modelo parte del reconocimiento de la existencia de regularidades en la ciencia (igual que en la naturaleza) que puedan llamarse leyes.

Hull cree haber propuesto una manera empírica de dar cuenta del conocimiento científico al construir una teoría general de los procesos de selección (que sea general y tenga contenido empírico). Su análisis se basa en el mundo real de la ciencia y las preguntas que intenta responder son cómo y por qué los científicos funcionan de tal o cual manera.

El libro se divide en dos partes. La primera es la descripción de los orígenes y desarrollo de la sistemática o taxonomía moderna, especialmente de las escuelas fenética (taxonomía numérica) y cladista, en los últimos cuarenta años. Para Hull ha representado cerca de veinte años desarrollar esta investigación desde fuera, como filósofo de la ciencia, y desde adentro participando como contribuyente, árbitro y editor asociado de la revista *Systematic Zoology*, la más importante del medio. Hull también ha sido presidente de la Sociedad de Zoología Sistemática. En su libro se incluyen entrevistas con cincuenta y dos investigadores de la disciplina y un análisis del arbitraje al que fueron sometidos los artículos publicados en la revista antes mencionada. Cabe destacar que una de las principales críticas que se le han hecho al modelo propuesto por Hull es que considera a este grupo de sistematas y taxónomos como una población "tipo", cuyo comportamiento es generalizable a otros grupos de investigadores.³

Partiendo de la descripción inicial, en la segunda parte Hull estudia la conducta de los científicos. En los últimos capítulos el especialista intenta hacer un análisis de

la naturaleza de la investigación científica utilizando como marco la teoría evolutiva, en especial la teoría de la evolución por selección natural de Darwin. En este segmento Hull intenta desarrollar un modelo historiográfico que explique el cambio conceptual experimentado por la ciencia.

El modelo de Hull. Estructura démica de la ciencia y la propagación de las teorías científicas.

Una consideración importante en el esquema de Hull es el hecho de que los grupos o "demos" científicos son esenciales para la propagación exitosa de los programas particulares de investigación científica. Para Hull estos grupos se definen por sus interacciones sociales y no por compartir un conjunto de creencias particulares.⁴ Los demos científicos usan tácticas tales como el control de ciertas revistas, el uso de cierto vocabulario o el establecimiento de sociedades cuyo papel principal es la difusión de las ideas de su grupo de investigación. El ejemplo que Hull utiliza es el control que algunos grupos de sistematas tuvieron de la revista *Systematic Zoology*.

Para Hull, un aspecto importante en la ciencia es el reconocimiento; lo que los científicos buscan es la máxima atención o crédito a su trabajo. Los científicos deben pagar por este reconocimiento: deben mencionar el trabajo de otros y dar crédito a los demás. Si los científicos se apoyan en las investigaciones que no están debidamente acreditadas, pueden sufrir las consecuencias. Es por eso —señala Hull— que hay tan pocos fraudes en la ciencia: puesto que los científicos se hallan directamente afectados de manera adversa por el fraude, están más comprometidos a erradicarlo.

La necesidad de apoyarse en el trabajo de otros es un factor que promueve el

¹ Hull, *Science as a Process: an Evolutionary Account of the Social and Conceptual Development of Science*, the University of Chicago Press, Chicago, 1988, 510 pp.

² La epistemología es el estudio de los fundamentos y naturaleza del conocimiento. A partir de la revolución darwinista del siglo XIX se originó un acercamiento diferente a la problemática epistemológica. Si los seres humanos son producto de la evolución biológica, sus capacidades para conocer están basadas precisamente en consideraciones de tipo evolutivo. El conocimiento, como actividad "natural" puede y debe ser estudiado y analizado con los métodos de la ciencia (por ejemplo, la teoría evolutiva o la psicología cognitiva).

³ Han aparecido recientemente críticas en este sentido en revistas especializadas. Cabe mencionar un estudio llevado a cabo en la Facultad de Ciencias por la maestra Edna Suárez Díaz, el cual, utilizando el nacimiento de la biología molecular entre 1940 y 1956 (año de publicación del modelo de Watson y Crick de la Doble hélice), encontró que muy difícilmente el modelo de Hull es aplicable a disciplinas como la biología molecular y en particular no explicaría el "nacimiento" de una disciplina.

⁴ Como sería el caso de las comunidades científicas que comparten un paradigma en el conocido esquema de Thomas Kuhn. A grandes rasgos podemos decir que el modelo propuesto por Thomas Kuhn en su libro *La estructura de las revoluciones científicas* se basa en la idea de que existen periodos distintos en el desarrollo científico. La ciencia normal y la ciencia extraordinaria, dice Kuhn, son los momentos que caracterizan a la actividad científica. Durante la ciencia "normal" los científicos "trabajan" bajo un "paradigma", entendido éste como un acuerdo común entre los científicos para determinar los problemas y las teorías a partir de las cuales se va acumulando el conocimiento científico. Durante el periodo de ciencia "extraordinaria" ya no se trata de acumulación del conocimiento sino de un cambio de paradigma. Este cambio es social y le permite a la comunidad científica, bajo acuerdos implícitos, seguir hacia un camino determinado en la detección de problemas y la proposición de teorías.

carácter démico de la ciencia. Los científicos forman grupos de investigación que cooperan y trabajan para promover los intereses del demo al que pertenecen. Según el autor citado, las bases de la adscripción a un demo no dependen de compartir principios básicos. Por el contrario, los miembros de un demo pueden no estar de acuerdo unos con otros, a veces sobre puntos fundamentales, pero la membresía hará que estos desacuerdos sean amigables y privados. Para Hull, la pertenencia a un grupo determinado la establece la integración espacial y temporal a ese grupo. Ahora bien, la competencia entre los científicos es necesaria para el funcionamiento de la ciencia, ya que lleva al investigador a "chechar" cuidadosamente el trabajo de sus colegas y a que los científicos ganen al desacreditar el trabajo de otros.

Cuando algunos científicos colaboran —asienta Hull—, automáticamente constituyen un auditorio para sus propias publicaciones. La estructura démica de la ciencia provee los nichos conceptuales para el desarrollo de nuevas ideas. En esta forma no se necesita confrontar a la comunidad científica entera. El precio de los pequeños grupos es la existencia de polémicas intergrupales. (p. 395.)

Otro aspecto importante de la competencia, dice Hull, es que fuerza a los especialistas a clarificar sus puntos de vista. La estructura social de la ciencia es tal que facilita, en lugar de obstruir, que se lleven a cabo los ideales de los científicos: reconocimiento de sus pares, premios, difusión de sus propias teorías científicas, etcétera. Los resultados obtenidos por un científico deben ser revisados por otros miembros de su propio grupo, para asegurarse de que los rivales no encuentren debilidades en una teoría. La autocorrección es muy importante, asienta Hull; su realización no depende de los investigadores que originalmente presentan resultados sino de otros científicos que los revisan siguiendo procedimientos diferentes. Por ejemplo, los experimentos no tienen que volver a hacerse para utilizar los datos sino que tienen que ofrecer la posibilidad de ser replicados por otros especialistas o investigadores.

Esta actividad de evaluación es muy importante en la ciencia ya que impide que ésta avance o se desarrolle sobre la base de datos o concepciones equivocadas. Para Hull la imagen del científico desinteresado, buscador incondicional de la verdad, no existe. Su estudio pretende mostrar cómo los científicos utilizan

las posiciones políticas, las citas, la parodia y el ridículo, la arrogancia, el elitismo, y usan su poder para conseguir sus metas. Este com-

portamiento puede verse no muy bien cuando se compara con la imagen idealizada de los científicos pero sí se ve bien si se compara con el comportamiento de los doctores, los políticos o los banqueros. (pp. 31-32.)

Una teoría general de los procesos de selección

Como señalé anteriormente, el libro finaliza con el análisis teórico de la naturaleza de la investigación científica que utiliza el marco de la teoría evolutiva, específicamente de la teoría de la evolución por selección natural de Darwin. Como tal, este tratamiento debe considerarse en el terreno de la epistemología naturalizada, que busca ofrecer una descripción correcta acerca de cómo se desarrolla el conocimiento. La pregunta que Hull quiere contestar es ¿cuáles son los efectos de las prácticas científicas en el contenido y desarrollo de la ciencia? Para responder esta interrogante es necesario hablar de los ingredientes esenciales del modelo de Hull.

En este modelo, el autor desarrolla un análisis de la evolución por procesos de selección que puedan aplicarse tanto a la evolución biológica como a la evolución social y cultural. Bajo esta idea, tanto la evolución biológica como la conceptual son ejemplificaciones (o instanciaciones) de un modelo seleccionista general. Esto le permite elaborar una teoría general de los procesos selectivos, en donde los elementos principales son los replicadores, los interactores y los linajes.

Un replicador es aquella entidad capaz de pasar su estructura, en gran medida intacta, a ciclos replicadores sucesivos. En el caso de la biología los replicadores por excelencia son los genes, en la evolución cultural son los memes, entendidos éstos como las ideas o al menos como las estructuras básicas de ellas.

Los interactores son entidades que actúan como un todo cohesivo con su medio ambiente, de tal suerte que esta interacción sea la causa de su reproducción diferencial. Los interactores por excelencia en biología son los organismos, y en la ciencia son los propios investigadores.

La selección es un proceso causal de reproducción y supervivencia diferencial de los replicadores a través de la extinción y multiplicación diferencial de los interactores. Entonces, el linaje es una entidad que persiste indefinidamente a través del tiempo. Los linajes biológicos por excelencia son las especies; en la evolución cultural los linajes son los grandes grupos de investigación, las escuelas o las tradiciones científicas.

Al considerar a los sistemas conceptuales como linajes, se deduce que éstos evolucionan a través de la selección de los cien-

tíficos (interactores), los cuales causan la proliferación diferencial de las ideas (replicadores). Éste es el marco para teorizar acerca del desarrollo de la ciencia y debería explicar la función de los científicos como interactores y replicadores. La preocupación epistemológica de Hull son las entidades históricas o linajes conceptuales: "para que los procesos selectivos operen, las entidades deben estar organizadas en poblaciones integradas por descendencia a través del tiempo" (p. 244).

El mecanicismo que propone el autor para la operatividad de la ciencia

descansa fundamentalmente en las relaciones que existen en la ciencia entre crédito, uso, apoyo y pruebas mutuas. La ciencia funciona como lo hace debido a su organización social. No es suficiente especificar las normas sociales que la caracterizan. ¿Por qué los científicos se adhieren a estas normas? Este mecanismo es una instancia de un proceso de selección, pero es social, no biológico. (p. 281.)

Podemos resumir el modelo de Hull de la siguiente manera: los científicos están agrupados en demos o poblaciones, llamados grupos de investigación. A su vez, estos demos o poblaciones están agrupados en especies. Los grandes grupos de investigación o linajes están unidos por enlaces sociológicos que incluyen relaciones estudiante-maestro, relaciones colegiales, empleo común del lenguaje, revisión por los pares de los resultados de las investigaciones en los famosos *papers*, becas y apoyos a proyectos, uso mutuo y citación del trabajo de otros, enemigos compartidos, etcétera. Todas estas instancias resultan análogas a los elementos que permiten la unión de los organismos que forman las especies; éstos se unen por medio de relaciones ecológicas, de parentesco o por constricciones que les impone el desarrollo.

En este modelo las ideas actúan como características, y la selección funciona en tanto unos científicos usan las ideas de otros. Los grandes grupos de investigación o linajes evolucionan por medio de este proceso, ampliándose o disminuyendo en tanto compiten por obtener nuevos miembros (estudiantes de posgrado, científicos no convencidos de las ideas que un grupo comparte, etcétera) y se especian (es decir, se multiplican) si dan lugar a otros grupos, o eventualmente se extinguen.

En el caso de los científicos las ideas deben seleccionarse en un ambiente que comprenda tanto factores sociológicos como empíricos, es decir, un científico se enfrenta a otros científicos, sociedades científicas, fundaciones de apoyo económico, etcétera.

Una idea adaptada es aquella que pretende resolver un problema, lo cual implica tanto el progreso ante los ojos de otros científicos como el progreso en el aumento del entendimiento de nuestro entorno. Para Hull, entonces, algunas ideas son mejores que otras en relación con el mundo natural.

Este tipo de analogías entre un sistema biológico y un sistema conceptual ha llevado a Hull a comparar la ciencia con un ecosistema donde opera la selección natural. Como los organismos en la naturaleza, los científicos se comportan de tal manera que incrementan su propia "adecuación".

Al igual que en la biología, donde la selección opera sobre los individuos cuyas características les permiten sobrevivir en la competencia con otros individuos y dejar descendientes, en la ciencia los científicos tienen que luchar por transmitir el mayor número de ideas (o memes) a las siguientes generaciones. Y así como en la biología el éxito reproductivo nos habla de la "adecuación" de un individuo, en la ciencia el éxito se mide mediante la "adecuación conceptual". Para aumentar su adecuación los científicos necesitan que sus estudiantes o seguidores acepten sus ideas y hagan que éstas queden representadas en un mayor número de individuos en la siguiente generación. A esta modalidad Hull le llama "adecuación inclusiva conceptual".

Hull da una importancia central a este concepto ya que dice que aunque en apariencia la ciencia es una empresa cooperativa, su base "genética" es enteramente egoísta. Lo que los investigadores y científicos buscan es aumentar su adecuación inclusiva conceptual vía alumnos, libros y, lo más importante en la vida científica, las citas a sus trabajos (por eso es que las famosas citas, dice Hull, son tan importantes para medir el impacto de las ideas). El crédito más importante es que las ideas de un investigador sean utilizadas por otro y que éste lo cite de manera apropiada. En este sentido, la forma en que la ciencia se encuentra organizada garantiza la mejor manera de obtener una mayor adecuación inclusiva conceptual. "Algunos de los comportamientos de los científicos parecen impropios pero facilitan las tareas manifiestas de la ciencia" (p. 32). Hull toma como ejemplos de caso a grupos de científicos e individuos que apoyan la noción de la ciencia como una estructura altamente socializada en donde el comportamiento "maquiavélico" es el factor que impulsa los descubrimientos científicos.

Disanalogías entre la evolución biológica y la conceptual

Sin embargo, existen en este modelo fuertes disanalogías entre los procesos biológi-

cos y el conceptual. En el caso de la evolución conceptual no existe un mecanismo de transmisión de los memes similar al de los genes. Los ciclos de replicación de los genes equivalen a las sucesivas generaciones por descendencia. En el caso de los memes esto no resulta tan evidente: ¿cómo contaríamos un ciclo de replicación de una idea: generacionalmente al ser adoptada por los alumnos, cada vez que se reedita un libro, cada vez que se cita un artículo, etcétera?

Otra disanalogía es que en el campo biológico la reproducción ocurre sólo produciendo nuevos individuos, mientras que en la ciencia los científicos se reproducen vía la generación de nuevos científicos (por medio de su entrenamiento) o vía la conversión de otros.

Una de las disanalogías más severas es que en la ciencia hay "intencionalidad" mientras que en la evolución biológica no. Las variaciones genéticas ocurren gracias a la mutación y a la recombinación y son independientes del medio ambiente. Una vez que estas variaciones han aparecido, la selección toma aquellas que le confieran ventajas a sus portadores. En la evolución conceptual pareciera que ocurre lo contrario. Si una idea (el análogo del gene) no resuelve satisfactoriamente un problema dado, su variación dependerá del sesgo del científico hacia la resolución de ese problema particular.

Conclusión

Los análisis filosóficos de la ciencia y su desarrollo han progresado ampliamente en las últimas tres décadas debido a la discusión que se originó con la publicación del famoso libro *La estructura de las revoluciones científicas* de T. Kuhn. Las controversias a que dio lugar esta obra continúan todavía y se refieren a la construcción de modelos que den cuenta del proceso de desarrollo científico, incluyendo claro está, los problemas acerca de cómo los científicos llegan a aceptar ciertas creencias como genuino conocimiento científico. Es obvio que el modelo de cambio conceptual que nos propone David Hull es un intento por resolver estas controversias.

Desde la publicación de *Science as a Process* han aparecido muchas críticas, tanto de filósofos e historiadores de la ciencia como de biólogos interesados en el desarrollo conceptual, que ponen de manifiesto el interés de ambos grupos de investigadores por construir modelos que expliquen o permitan explicar la evolución de las teorías científicas y su historia.

A partir de la crítica de este tipo de modelos podremos entender el desarrollo del conocimiento científico. ◆

CUADRO DE ANALOGÍAS

Concepto en biología comparada	Elemento análogo en el proceso científico
Organismo	Científico
Demo	Pequeño grupo de investigación
Especie	Grupo de investigación, escuela o tradición
Gene	Estructura básica de una idea (meme)
Reproducción (nacimiento)	Producción de nuevos científicos con ideas semejantes
Muerte	Científico que renuncia a la ciencia
Adecuación	Núm. relativo de descendientes presentes en la siguiente generación
Adaptación	Idea que aumenta su adecuación al resolver un problema planteado
Especiación	Surgimiento de nuevos grupos de investigación a partir de uno preexistente por rompimiento de la cohesión sociológica
Extinción	Término del grupo de investigación debido a la pérdida de miembros y falta de reclutamiento de nuevos miembros.

Hull adopta un acercamiento evolutivo al desarrollo conceptual de la ciencia, empleando el marco teórico de la biología comparada en donde encuentra analogías claves entre la evolución de los organismos vivos y la evolución conceptual de la ciencia.

El modelo del proceso científico expuesto por Hull descansa en las analogías derivadas de la biología comparada, principalmente de la sistemática y la teoría evolutiva (A. B.)

Una larga metáfora sobre la vida

MAGDALENA GALINDO

Recientemente se publicó una nueva edición —esta vez a cargo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y dentro de la colección *Lecturas Mexicanas*— de la novela de Sergio Fernández, *Segundo sueño*. La relectura permite, de nueva cuenta, el placer del texto, el que se deriva de un estilo que, a semejanza de los pintores flamencos, tiene el cuidado del detalle del miniaturista y las amplias proporciones del muralismo.

Aparentemente —y en este juego barroco hasta el exceso, no sólo la apariencia es engañosa— la novela tiene una trama sin complicaciones: un profesor universitario, el narrador, es invitado a dar un curso a Colonia, la ciudad que rodea la famosa catedral. La madre, tan permisiva como posesiva y agobiante, es, más que aficionada al tarot, creyente de él (lo que es más exacto), y a través de monólogos siempre imaginados por el narrador, trae a la novela la presencia de las cartas y los arcanos. El profesor, quien dejó México después de un matrimonio fracasado con Piedad y de terminar una relación amorosa con Hugo, el primo de su mujer, encuentra en Colonia una nueva amante, Elizabeth, que sin embargo ocupa un segundo plano frente a otros dos amoríos; uno, nunca consumado pues la barrera del idioma cumple el papel de la espada que separa a los amantes, con Gunter Brauner, un joven con quien coincide en la estación del tren; otro, que desemboca en el rechazo, con su rubio alumno, Karl Eimar. Me olvido, sin embargo, de lo más importante, el narrador; anclado en Colonia por un error en la información sobre la fecha de inicio de los cursos ha ido en realidad a escribir dos libros: uno, la biografía de un artista, Stephen Lochner, el pintor del tríptico más hermoso de la catedral, que en la novela recibe el nombre de Lucius Altner; el segundo, las propias memorias del narrador.

En realidad, y aquí empieza el infinito y muy barroco juego de espejos, *Segundo sueño*, la novela que estamos reseñando,

es a la vez los dos libros que prepara el narrador. En la novela, los dos relatos se entrecruzan: la biografía de Lucius Altner y las memorias del profesor en las que se incluyen, por supuesto, los avatares vividos en Colonia y el pasado reciente y aun infantil del narrador.

Un segundo nivel de lo barroco parte de un hecho nimio. Del pintor sólo existen datos fragmentarios, de manera que el profesor tiene que recurrir a un singular método de investigación. Una reiterada, obsesiva contemplación de los pocos cuadros no destruidos por un incendio, le permite imaginar la personalidad del pintor, la relación con una madre celosa y posesiva que combate sin tregua con la nuera por el hijo; también la amistad ambigua con Isaacs y el amor por las hijas o, más exactamente, por Gertrude, la niña vestida de hombre para colmar el deseo del pintor de tener un hijo y la locura final de la esposa.

La biografía imaginaria, pues, se va mezclando cada vez más intrincadamente con los recuerdos y las vivencias del narrador, de modo que el artista del siglo XVI termina viviendo las experiencias y las angustias del profesor: las mismas dudas y temores, la madre convertida en la propia conciencia, los celos de la esposa por una hija que acapara el amor del padre. El propio narrador nos da la pista:

siento la obligación de deslindar la biografía y el libro de memorias. Tomo la pluma para hacer dos esquemas. Las fichas están desordenadas. Se han mezclado, además, apelmazándose.¹

O esta otra no exenta de autocrítica:

Con cierto espíritu utilitario —he de reconocerlo— pienso que todo desecho del li-

bro sobre Lucius irá a caer en mis memorias pues soy un hueco de algún modo propicio; o una especie de vértice en el que desemboca lo que no se adapte a la vida, del pintor colonés.²

No sólo el narrador se mira en el espejo del pintor, no únicamente las fichas de la biografía y las de las memorias se han barajado juntas, también los dos temas centrales, al margen de la anécdota, se miran mutuamente en un espejo: la vida y el arte son una y la misma cosa. No sólo esto. La vida aparece como la obra deliberada, no exenta de absurdo y patetismo, de un autor que lo mismo puede ser el tendido de cartas del tarot o un Dios indiferente a sus creaturas; “Dios es el orador, el orador, el orador”,³ susurra la lluvia en un ritornello. Con el pretexto baladí de que la investigación es sobre la biografía y no en realidad una crítica de arte, el estudio sobre los cuadros de Lucius Altner no recurre jamás a los métodos de la crítica sino es en realidad una reflexión sobre la vida, aunque esta vez sujeta a la arbitrariedad de la imaginación. También expresión de la identidad entre vida y arte es el epitafio que lo mismo puede aparecer en la tumba de Altner, el pintor, que en la de Cristina, la tía loca del narrador, o en la prefigurada de Martin, el hermano del amante negado: “Aquí yace quien no pasó jamás de la vacía cáscara de la letra.”⁴ Por sus resultados, también la vida y el arte se confunden. Dice el narrador:

Es igual que los hechos vayan antes o después del propio acaecer, me digo para tranquilizarme. Si encuentro a Piedad y después a Karl Eimar, en un libro como el que pretendo podría ser al revés, pues mienten la vida y la literatura a un tiempo.⁵

La novela, hija es del artificio; sin embargo, el escritor pasea desnudo por el texto, o mejor, como le diría la madre al narrador, con un cuerpo sin piel.⁶ A través de Lucius Altner y las pasiones que le inventa, o le descubre, lo mismo da, el narrador muestra su ser más íntimo.

Si no abandono la biografía es porque su solo contacto desencadena en mí una si-

² *Ibid.*, p. 116.

³ *Ibid.*, p. 160.

⁴ *Ibid.*, pp. 81, 286, 313 *et passim*.

⁵ *Ibid.*, p. 215.

⁶ *Ibid.*, p. 198.

tuación propensa a decirme cosas que callo ante los Fontana porque ¿cómo explicarles las voces que me gritan: en Lucius estás tú, él es tu mundo? ¿Cómo decirles que no se trata, sin embargo, de sustitución sino de elección?

Además del juego de espejos que, cómplices arrepentidos, al mismo tiempo muestran y encubren el alma corporal del narrador, la novela se entretiene morosamente en la lluvia, el bosque, la nieve, el río Rin, los cuales renuentes a cumplir el papel de paisaje, se convierten en protagonistas con una presencia avasalladora, incluso sobre los verdaderos personajes que sólo atinan a instantáneas apariciones en el largo monólogo del narrador. Dos ciudades, Venecia y Colonia, entablan, igualmente, relaciones —que podríamos

⁷ *Ibid.*, p. 193.

clasificar de amorosas— con el narrador. Venecia la bella sería, en este caso, el amor correspondido pues una vieja y alegre amistad lo acredita. Colonia, en cambio, se asemeja a una estrecha prisión, húmeda y fría. No obstante, con la clásica actitud que Sor Juana describiría mejor que nadie, el narrador pospone siempre el viaje a Venecia, y prefiere, sin confesárselo, quedarse en Colonia, por la que se siente rechazado.

Ejercicio de virtuoso, del arte sobre el arte, el monólogo sostenido a lo largo de las 400 páginas deja entrar y salir sin transición las conversaciones con los amigos o los amantes, los recuerdos, la invención biográfica o el diálogo —en cuanto se dirige siempre al hijo— pero en una sola voz —en tanto no espera respuesta— de la madre en versión paródica y convertida en la burlona conciencia del narrador. Entremezcladas, las descripciones de la naturaleza y de las obras perfectas de Altner re-

corren un camino salpicado de metáforas imaginativas y frescas, como llamarle a la lluvia, entre mil y otras maneras, pero para muestra basta un botón, “muchedumbre transparente”⁸ y “delgados alambres azulosos”;⁹ o ésta, que subraya el aspecto catedralicio de los “hongos... de venenosas bóvedas”,¹⁰ o entre las innumerables que describen el “bosque, en su largo catálogo de hojas superpuestas”.¹¹

Pleonástico barroco, juego de espejos contra espejos, la novela de Sergio Fernández convoca el interés del lector por el arte y, en primer lugar, el tema del arte en sí y lo que le da sentido: la vida. ♦

⁸ *Ibid.*, p. 116.

⁹ *Ibid.*, p. 159.

¹⁰ *Ibid.*, p. 183.

¹¹ *Idem.*

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 292

ABRIL DE 1995

Dinero

LAUGHLIN/HERNÁNDEZ BUSTO: *Pound* ♦ SEDILLOT: *Nacimiento de la moneda*
HEINZELMAN: *Las palabras irreales* ♦ McKROLL: *Solución definitiva a los problemas latinoamericanos* ♦ ZAIID: *Teatralidad de los negocios* ♦ RANSOM: *En horas hábiles*

POEMAS DE RODRÍGUEZ, LARKIN y POUND

Cuatro poemas de Sir Walter Raleigh

Homenaje a Joseph Roth

MAGRIS, BRONSEN, GARCÍA ASCOT, H. O. AGUILAR y GARCÍA - GALIANO

Número 292 Abril de 1995



Fecundidad en el Estado de México

MARGARITA VÁZQUEZ CASTILLO

En México, el elevado crecimiento de la población es un fenómeno que, desde los años setentas, ha ocasionado que las políticas de población basadas en censos y estadísticas planeen y propongan nuevas estrategias y modelos de planificación familiar. La fecundidad de las mujeres mexiquenses como parte importante de dicho crecimiento en la entidad fue el motivo por el que Jean Paul Guevara y Sergio Villena estudiaron los cambios que ocurren actualmente en los patrones de fecundidad en el Estado de México.

Fecundidad en el Estado de México. Una aproximación municipal muestra los niveles y tendencias de la fecundidad en esa entidad y trata de acercarse a la problemática de la misma en el plano municipal a través del análisis, descripción y explicación de los cambios que operaron en la fecundidad de las mujeres mexiquenses que ya terminaron su periodo reproductivo, de las generaciones de 1920-1924, 1925-1929 y 1940-1944, 1945-1949. De esta forma, los autores dan a conocer los cambios que el problema de la fecundidad ha presentado durante los últimos cincuenta años, tomando como base los datos de los censos de población de 1970 y 1990.

Guevara y Villena se basan en el método de cálculo de las *probabilidades de agrandamiento de familia* o las *probabilidades de crecimiento* y en indicadores como la paridez final y el número promedio de hijos nacidos vivos, lo que permitió identificar los cambios que se dieron en las mujeres de cada municipio respecto a la dimensión de sus patrones reproductivos. También señalan que, de acuerdo con el comportamiento de los niveles de fecundidad en los contornos de los municipios en etapas avanzadas, se podrían anticipar las necesidades y requerimientos —en cuanto a la salud reproductiva se refiere— de las mujeres de los municipios circundantes.

Según los datos obtenidos por los autores, son sólo ocho los municipios que dis-

minuyeron notablemente sus patrones reproductivos pero que agrupan en su interior aproximadamente 30% de la población total del estado. Y si a estos municipios se les suma la población de otros tres en una etapa previa respecto al descenso de su fecundidad (Ecatepec, Nezahualcóyotl y Toluca), tenemos casi 60% de los habitantes de la entidad, que es la dimensión de la "minoría consistente". Es decir que, si bien representan menos de 10% del total de mu-

nicipios del estado, agrupan a la mayoría de la población, donde las mujeres tuvieron cambios importantes en sus patrones reproductivos. Señalan, además, que la otra "minoría consistente" que tiene los más altos niveles de fecundidad (y ocupa la mayor parte del territorio del estado), debe ser estudiada y atendida para poder pensar en un pleno y participativo desarrollo de las potencialidades humanas y naturales del Estado de México.

Fecundidad en el Estado de México. Una aproximación municipal aborda un tema que merece ser considerado, principalmente, por los municipios del Estado de México, ya que brinda las herramientas necesarias para dar a conocer los cambios, en la entidad, originados por el descenso de la fecundidad de las mujeres mexiquenses. ♦

Jean Paul Guevara y Sergio Villena: *Fecundidad en el Estado de México. Una aproximación municipal*, El Colegio Mexiquense, A.C.-Consejo Estatal de Población, México, 1994. 143 pp.



Sordomuda

EMILIO GARCÍA MONTIEL

En muchas ocasiones, una de las principales actitudes lúdicas generadas por la poesía no es más que la búsqueda de definiciones para los símbolos usados. Mientras más esquivo sea el símbolo, mayor podría ser la intensidad de esa búsqueda, y más inútil una solución definitiva. Algo semejante es lo que nos plantea Jorge Boccanera en *Sordomuda*. ¿Quién es esta Sordomuda que recorre el libro de principio a fin? ¿Un alter ego, que explora a través de las acciones cotidianas, o de lo imaginario, una lírica que debiera trascender al propio poema? ¿Una persona o personaje ubicuo, en el cual se funden sentimientos destinados a otras personas u otros personajes? ¿Un interlocutor semejante a los que creamos cuando hablamos a solas? ¿Una imagen de la poesía, o tal vez, de la vida? Cualquiera de estas posibilidades podría asumirse con igual duda; y si me inclino por identificar a la Sordomuda con la poesía y con la imaginación de la poesía es, ante todo, por la intensidad con que el libro se alude a la palabra y al poeta.

No hay nada novedoso en que para el autor la poesía sea tan omnipresente como inatrapable; ello deja entrever un aire romántico, matizado, no obstante, por el hecho de que la poesía no responde exclusivamente a la Belleza, más bien a todo un cúmulo de emociones mundanas y de actos sencillos y vitales. Según esto, la Sordomuda puede aparecer como narradora de historias, cocinera, borracha, bailarina, hada, cenicienta, habitante de vecindad, tragafuegos o contorsionista. El acercamiento siempre es difuso y abarca muchas de las actitudes posibles, no sólo respecto a la poesía misma, también en relación con la conciencia acerca de nuestro propio acto creador: el deseo de ser iluminado (“todos queríamos que ella nos nombrara”); la imposibilidad de una certeza (“Pero ella está borracha y lo que sueña es tan / vertiginoso que no puedo seguirla”); lo indefinible (“no hay palabras, es única”); la fruición (“Y en mis sueños tu

casa, / los muros descascarados de tu casa, / el perfume de flores de tu casa, / las risas de tu casa, / tu bicicleta afuera sobre la pared blanca.”); la necesidad del oficio (“Vivo agarrado de su trenza larga, / guindando, dando tumbos”); lo inasible (“—¿Y ella? / —Pasa ligero, dice ‘no lo conozco’”); la desesperación (“y decirle a la cara ¡me voy! / y rociarla con nafta / y apagar mi cigarro en su vestido rojo”); etcétera.

Lo que sí puede arriesgar una novedad es la propia configuración de la poesía como un ente que no escucha ni responde sino que sólo muestra. Esto, que también cabe dentro de la ancestral invalidez con que el poeta se presenta ante el acto poético, adquiere, en ocasiones, un giro de mayor profundidad, al advertir que el propósito de definir lo que nos rodea encierra una ilusión; no por cuanto lo que nos rodea sea tan amplio, como porque aun en lo que nos parece más evanescente, existe un signo de infinitud. El poema “Ilusión óptica” —que al parecer no hace más que describir un *back projection*— alude a esta imposibilidad de un punto de vista único:

El abejón aletea sobre la cabeza del
[buhu parado
en el sombrero de la niña que camina
sobre el lomo del caballo que galopa
[sobre el camino polvoriento.
Pero en verdad,
el abejón, el buhu, la niña y el
[caballo, son
figuras inmóviles,
y el único que corre,
salvaje
es el camino.

El poema, uno de los pocos que funciona como imagen en su totalidad, recuerda una famosa sentencia zen: “la bandera no se mueve, el viento no se mueve, sólo tu mente se mueve”. Para Boccanera, la poesía parece no resolverse en la palabra: no dice nada, y ni siquiera escucha lo que le dicen, su lengua no

es más que “la punta del iceberg”; así, aquel que “soñó un pez plateado sobre una telaraña”, no tuvo necesidad de hacer visible su imagen del sol. La palabra, sin embargo, es imprescindible al poeta (“El que pierda palabras tiene los días contados”) más débil, tal vez, para acceder a una ósmosis semejante.

Aunque todo lo anterior contribuye a una coherencia en cuanto a un posible porqué de Sordomuda, Boccanera no logra sortear los riesgos que entraña la proposición de un símbolo, ni los que, en poesía, implican la reiteración de una idea. Una buena parte de los poemas, a pesar de su buena factura —Boccanera es, evidentemente, un poeta con oficio—, parecen trabajados más en función de hacernos ver la dificultad del símbolo, que en función de sí mismos; de ahí, que muchos de los textos carezcan de individualidad y que sus alternativas de interpretación estén dadas, no por lo que pueda proponer la autonomía del texto, como por lo que se le fuerza a proponer. Ello se torna más visible porque, aun dentro del tópico de la Sordomuda, encontramos poemas cuya capacidad de sugerencia no proviene sino de la propia tensión poética y de la originalidad y unidad de una idea trabajada a fondo: son los casos de “El rock de la cárcel” —tal vez, el mejor de todos—, “Pordiosera”, “Infancia” o “Diálogo en una estación de trenes”. La ambigüedad y la amplitud temática que pretenden derivarse del símbolo de la Sordomuda no son aprovechadas totalmente en el planteamiento formal de los poemas, y en este sentido, llegan a resultar excesivas. Debido a ello, y no obstante el juego de las interpretaciones aludido al inicio, la Sordomuda queda un poco a la deriva dentro de una sucesión de imágenes parcas en novedad.

En una segunda —y más breve— sección del libro, titulada “Zona de tolerancia”, se reúnen poemas varios que despliegan un mayor espectro temático e imaginativo. Aunque ninguno de estos poemas, salvo “En la lona” o “El peluquero”, puede compararse con los cuatro mencionados anteriormente, sí acusan, en conjunto, una mayor personalidad. Confirman, además, lo que ya se advertía desde la sección precedente: que las posibilidades de Boccanera se explicitan mejor en sus afinidades con el coloquialismo. ♦

Jorge Boccanera: *Sordomuda*, El ala del tigre, UNAM, México, 1992. pp. 84.

Usos sociales del humor en *El desfile del amor*

JOSÉ EDUARDO SERRATO CÓRDOVA

Bajtín, el carnaval, lo cómico y el humor

Uno de los críticos que mejor ha definido las características del humor y que ha señalado claramente las diferencias entre el carnaval, la comicidad y lo humorístico es Umberto Eco. En su ensayo "Los marcos de la libertad cómica",¹ el filólogo italiano llega a cierto concepto de lo humorístico a partir de una revisión de las ideas bajtianas del carnaval, y señala que si bien humor y comicidad van siempre juntos, es necesario deslindar funciones. Dentro del efecto cómico, Eco distingue seis rasgos fundamentales: 1) la violación de una regla (preferible, pero no necesariamente, una regla de etiqueta); 2) la violación es cometida por alguien con quien no simpatizamos porque es un personaje innoble, inferior y repulsivo (animalesco); 3) por tanto, nos sentimos superiores a su mala conducta y a su pena por haber transgredido la regla; 4) sin embargo, al reconocer que se ha roto una regla, no nos sentimos vengados por el personaje, y 5) al mismo tiempo, no estamos preocupados por la defensa de una regla ni nos sentimos obligados a compadecer a un ser tan inferior. Lo cómico, en este sentido, es racista: los bárbaros, los otros, deben pagar.

Como es fácil ver en esta clasificación, la violación de una regla y su consecuente sentimiento de liberación es lo subversivo de la comicidad. Esta subversión podría asociarse, en primera instancia, con la idea de la liberación carnavalesca al estilo Bajtín. Podría pensarse que la máscara, el mundo al revés, la revolución que implica el romper las reglas del mundo normal son los rasgos de toda comicidad y de todo carnaval. Pero, ¿la máscara del carnaval que oculta nuestro rostro y

nuestra personalidad —y que nos animaliza, piénsese en el zooforismo de *Sueño de una noche de verano*— nos permite cometer todo tipo de pecados y permanecer inocentes, o más aún, nos permite tomar el poder de este mundo al revés y convertirnos en sus dirigentes? ¿Acaso las nuevas normas de esta revolución carnavalesca no llegan a institucionalizarse? ¿El carnaval nos lleva, entonces, a una transgresión real? Reduciendo tal pensamiento al absurdo, tendríamos que en cada fiesta de carnaval se harían igual número de revoluciones. La vida sería un eterno carnaval.

Si nos alejamos un poco de la fiesta bajtiana y replanteamos las relaciones entre lo cómico y las reglas sociales podremos tocar terreno más firme. Remontándonos un poco a las ideas retóricas aristotélicas, descubrimos que tanto lo trágico como lo cómico tienen lazos profundos con las reglas y costumbres de una determinada sociedad. Las transgresiones de Edipo, los crímenes de Orestes, conmueven a cualquier espectador y lo conducen a la catarsis. Las reglas que se rompen en la tragedia tienen una cierta apariencia de universalidad y están bien delimitadas por los autores y su público: dile no al incesto, dile no al parricidio. En cambio, ¿por qué nos reímos de las confusiones y enredos de los personajes de *Sueño de una noche de verano* o de la parodia épica de los hermanos Marx en *Héroes de ocasión*? Las reglas de la comedia, evidentemente, son menos universales y trascendentes pero, además, si en la tragedia el marco moral y social está bien delimitado, en la comedia se presupone, nunca está explícito.

La *Coena Cypriani* medieval, que cita Bajtín en su *Cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, era una representación burlesca basada en la subversión de las Escrituras que sólo puede ser disfrutada como transgresión cómica por la gente

que toma en serio las Escrituras durante el tiempo no carnavalesco. Para un lector moderno o uno no occidental, la parodia de la *Coena Cypriani* es incomprensible. Es decir, la ley que ridiculiza o el comportamiento que se parodia debe estar vigente en el momento en que se carnavalesca. Además, la carnavalesca funciona sólo una vez al año, un carnaval eterno no funciona.

Pensemos también que el carnaval es una transgresión limitada, autorizada en el espacio y en el tiempo. Los travestidos veracruzanos sólo en carnavalesca pueden circular libremente por el puerto. Así, tanto lo cómico como lo carnavalesco refuerzan, al romperlo por un instante, el aparato legal y de costumbres. En este sentido, lo cómico se parece a la ironía: afirma lo contrario de lo que aparenta y sólo es efectivo si esta afirmación no es explícita. Pero lo cómico encierra un aspecto que no hemos tratado: el humor.

Con el humor se establece una relación diferente entre regla y transgresión. Al respecto, Umberto Eco afirma que el humor:

[...] no pretende, como el carnaval, llevarnos más allá de nuestros propios límites. Nos da la sensación, o más bien, el diseño de la estructura de nuestros propios límites, nunca está fuera de los límites, sino que mina los límites desde dentro. No busca una libertad imposible, pero es un verdadero movimiento de libertad. El humor no nos impone liberación: al contrario, nos advierte la imposibilidad de una liberación global, recordándonos la presencia de una ley que ya no hay razón para obedecer. Al hacerlo, mina la ley. Nos hace sentir la molestia de vivir bajo una ley.²

Un albur no hace un carnaval ni un desfile una batucada.

Se ha dicho, con alguna fortuna entre críticos y estudiosos, que las tres últimas novelas de Sergio Pitlor integran el tríptico del carnaval. En mi opinión, es cierto para *Domar a la divina garza* (Era, 1989)

¹ Umberto Eco, "Los marcos de la libertad cómica", en *Carnaval!*, FCE, México, 1989, pp. 9-24.

² Umberto Eco, *Ibid.*, p. 18.

y tal vez para *La vida conyugal* (Era, 1991) pero falso para *El desfile del amor* (Anagrama, 1984). En esta última, Sergio Pitól crea un marco social basado en una estética del absurdo y de lo grotesco, cuyos episodios recuerdan el humor loco de las películas de los hermanos Marx. En *El desfile del amor*, para empezar, no hay un tiempo profano que parodie un tiempo sagrado. Hay una libre relación entre lo histórico concreto —la vida nacional de 1914 a 1972— y los personajes esperpénticos que caricaturizan ciertos temas socioculturales.

Lo vulgar y lo culto en *El desfile del amor*

El desfile del amor es el relato de la indagación de un crimen ocurrido en el México de 1942. Miguel del Solar, el historiador-detective, decide, en 1972, esclarecer el asesinato. Su pesquisa saca a flote la historia secreta del México de los cuarentas: los grupos pronazis que funcionaron en la Ciudad de México y los odios entre la clase conservadora de abolengo —desplazada del poder pero no vencida— y los nuevos ricos, hijos privilegiados de la Revolución.

En este desfile de odios y rencores nunca se descubre al asesino, pero sí aparecen seres desquiciados que parodian conductas morales y sociales que nos revelan lo que Eco afirma sobre el humor: nos recuerdan la imposibilidad de una liberación global y nos advierten de una ley a la que ya no hay que obedecer. De tal manera pueden interpretarse las historias ligadas al guardaespaldas Martínez, el “bastonero de oro”,³ que con su labia entre vulgar y diplomática parodia los ideales fascistas de su jefe, el acaudalado Arnulfo Briones.

Una de las constantes de la estructura del humor de Pitól en esta novela es

³ Por boca de otros personajes nos enteramos que uno de los pasatiempos favoritos de Martínez era la seducción de obesas alemanas: “Uno de sus placeres, un hábito casi, consistía en narrarme sus aventuras en Hamburgo... Me contaba sus experiencias interminables en Alemania. Las mujeres debían ser maduritas y sobradas de carnes. Nada de muchachitas ni de flacas. ‘Gallina vieja hace buen caldo’, exclamaba”; o bien: “¡No existe placer comparable al de nadar en grasa!” Este pasaje da idea de la estética de lo grotesco de *El desfile...*

la mezcla caótica de lo vulgar y lo culto. Ida Werfel, una erudita alemana especialista en la novela picaresca, ilustra bien este caudal humorístico. La Werfel, una apasionada de la literatura española, se desenvuelve en un medio casi aristocrático, digamos en una aristocracia chabacana, pero tiene una marcada debilidad por el albur. “No se puede tapar el sol con un pedo”, “al ojo del ano engorda el caballo”, “el que caga otorga” son las creaciones de esta sensible dama. Independientemente de la comicidad que pueda producir la parodia albureril de estos refranes, el humor de los episodios donde aparece Ida Werfel reside en poner en evidencia un sistema de valores, que en el caso concreto de *El desfile...* se trata de las relaciones de poder de una clase pudiente hipócrita y retrógrada que se jacta de su cultura y buenos modales. Ida Werfel no libera carnavalescamente al



lector; por el contrario, nos señala que hay reglas absurdas que siguen rigiendo la vida social.

Podríamos decir en suma que las bases sociales del humor de *El desfile...* son las parodias de lo que designamos el buen gusto. No obstante, hay otro elemento que me llama la atención y que podemos definir como la parodia de las ideas de la identidad del mexicano. *El laberinto de la soledad* es, y casi todo mundo lo acepta, el libro más influyente sobre la indagación de lo mexicano, de él derivan las ideas de que las identidades del mexicano son máscaras, una indígena y otra mestiza. Carlos Fuentes, desde *La región más transparente* hasta *El naranjo*, ha retomado la idea y la ha parodiado *ad nauseam*.

En *El desfile del amor*, Pitól se burla del tema. Un nieto de un ministro de Porfirio Díaz, educado en Londres y en París, de repente, con toda la contundencia de la verdad, se le revela que es mexicano:

Sí Huehue... estábamos en el segundo acto de *Pelleas et Melisande*, dirigía, imaginé, nada menos que Ansermet. Papá se me acercó y me dijo con ese tonito que a mí me revienta, tú sabes cuál, que ya estaba decidido: regresaríamos a México y yo debía optar por la nacionalidad mexicana. Tú sabes cómo es, Huehue, tú lo conoces, así que no te extrañarán sus desplantes. Me lo soltó de sopetón, sin el menor tacto, regocijado ante mi desconcierto. ¿Te imaginas, Huehue? De repente, a la sombra de Debussy, supe que iba en serio lo de ser mexicano, que no era un apodo afectuoso como a veces me lo parecía. No es posible, le dije con el aliento perdido. No entendía nada, estaba desesperado, de buena gana me habría puesto a llorar. Nos vamos a México, repitió con regocijo el ogro del estanque. *Comment?*, grité ya en plena angustia. En aquel momento era demasiado. Claro, yo sabía que mis abuelos, que mi padre habían salido de aquí. Pero son cosas que uno sabe y no acaba de saberlas. Ansermet, Debussy, Pelleas, la Tournier que era, te lo debo decir, una Melisande prodigiosa, todo me daba vueltas y se me confundía con imágenes bárbaras de piedra...⁴

El malinchismo, las máscaras del mexicano, el desprestigio de lo nacional en beneficio de lo extranjero —la ópera de Debussy frente a las piedras bárbaras de los aztecas— son los temas sociales y culturales que subyacen en el humorismo de este pasaje que no deja de tener cierto patetismo.

Un estudio de lo humorístico en la obra de Sergio Pitól nos debe obligar a atender tanto lo social como las posibles parodias de ciertas ideas culturales, como el de la identidad del mexicano o las normas de urbanidad y buen gusto, sin olvidar que el humor puede ser más subversivo que la comicidad. ♦

⁴ La cita está tomada de la edición de Anagrama de 1984, pp. 165-166.

COLABORADORES

Ana Barahona (Monclova, Coahuila, 1955). Doctora en ciencias por la UNAM. Ha sido profesora de la Facultad de Ciencias de nuestra casa de estudios y participado en proyectos de investigación en el área de filosofía e historia de la ciencia. Es autora de *Morgan, el hombre de las moscas* y coautora de *Genética: la continuidad de la vida e Historia y explicación en biología*, así como de numerosos artículos publicados en revistas especializadas.

Matsúo Bashō (Ueno, provincia de Iga, 1644-Ōsaka, 1694). Empezó a escribir versos desde joven. En 1660 se incluyeron algunos poemas suyos en una antología. Se cree que vivió en Kioto, donde habría estudiado filosofía, poesía y caligrafía. En 1672 publicó una compilación de haikú: *El juego de la concha marina*, con comentarios críticos de él mismo y que incluía obras de treinta poetas. En 1684 dio inicio al primero de sus "viajes poéticos" (de los que realizaría cinco a lo largo de su vida). Sus últimos años transcurrieron entre visitas a sus amigos y estancias más o menos largas en distintos sitios de su país. En 1694 viaja hacia Kioto, Ueno y Ōsaka, donde muere. Su principal obra es *Sendas de Okú* (1689), libro de viaje sobre una de sus peregrinaciones.

Felipe Castro Gutiérrez (Mercedes, Uruguay, 1954). Maestro en historia de México y doctor en antropología por la UNAM. Nacionalizado mexicano. Es miembro del Instituto de Investigaciones Históricas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios. Recientemente recibió el Premio Francisco Javier Clavijero a la mejor investigación en historia y etnohistoria, otorgado por el INAH. Actualmente se dedica al estudio de la etnohistoria colonial de Michoacán. Es autor de *La extinción de la artesanía gremial y Movimientos populares en la Nueva España*, entre otros libros.

Ricardo Corchado (Ciudad de México, 1971). Pasante de la licenciatura en lengua y literatura alemanas de la UNAM. Sus traducciones del alemán han aparecido en *El Na-*

cional Dominical, La Jornada Semanal y Los Universitarios, entre otras publicaciones.

Antonio Deltoro. Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 512-513 (septiembre-octubre de 1993) y 527 (diciembre de 1994).

Beatriz Espejo. Sus colaboraciones aparecen en los números 508 (mayo de 1993), 511 (agosto de 1993) y extraordinario sobre el *XL Aniversario de Ciudad Universitaria* (1994) de esta revista.

Magdalena Galindo (Ciudad de México). Licenciada en administración de empresas por la UNAM. Es profesora de la Facultad de Economía de nuestra casa de estudios. Fue subdirectora general del periódico *El Día*. Ha publicado en diversos diarios y revistas del país. Actualmente colabora en la sección nacional y dirige la internacional de la revista *Siempre!* En colaboración con Carmen Galindo escribió *Tesoros del Centro Histórico y Guía de la Ciudad de México: Centro Histórico* (ambos en prensa).

Emilio García Montiel (La Habana, Cuba, 1962). Licenciado en historia del arte por la Universidad de La Habana; actualmente cursa la maestría en estudios de Asia y África en El Colegio de México. Es profesor de arte oriental en la Universidad de La Habana. Autor de *Squeeze Play* (Premio Nacional de la Universidad de La Habana 1986), *Cartas desde Rusia* (Premio de la revista *Plural* 1988) y *El encanto perdido de la fidelidad* (Premio Nacional de la Crítica 1992). Ha publicado artículos y reseñas en revistas de México y Cuba.

Arturo Gómez-Lamadrid (Ciudad de México, 1955). Realizó estudios de sociología en la UNAM y de didáctica de lenguas extranjeras en México y Francia. Fue profesor del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras y de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios; actualmente imparte cursos en el Instituto Francés de América Latina y presta

sus servicios en la Dirección General de Materiales y Métodos Educativos de la Secretaría de Educación Pública.

Pilar Gonzalbo Aizpuru. Ya ha colaborado en esta revista. Véase el número 511 (agosto de 1993).

Alberto Híjar (Ciudad de México, 1935). Licenciado en filosofía por la UNAM. Ha sido profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios y de maestría y diplomados de la Dirección de Investigación y Educación Artística del INBA, entre otras instituciones. Colaborador del periódico *El Día* y de otras publicaciones. Ha participado en diversos libros colectivos sobre filosofía, arte, cultura, estética y teoría del arte. Es autor de *Sobre estética marxista. Diez respuestas a un idealista, Crítica a la estética idealista y Pablo O'Higgins y los trabajadores*, entre otras obras.

Patrick Johansson K. Colaboró en el número 520 (junio de 1994) de esta revista.

Miguel León-Portilla (Ciudad de México, 1926). Doctor en filosofía por la UNAM. Fue director del Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra casa de estudios, donde creó el Seminario de Cultura Náhuatl. Es miembro de El Colegio Nacional y de las academias mexicanas de la Lengua y de la Historia. Fue embajador de México ante la UNESCO. Es doctor *honoris causa* de diversas universidades extranjeras. En 1981 recibió el Premio Nacional de Historia, Filosofía y Ciencias Sociales y en 1994 el Premio Universidad Nacional en el área de Investigación en Humanidades. Es autor de numerosos libros, entre los que se cuentan: *La filosofía náhuatl, La visión de los vencidos y Literatura indígena de México*.

Clara E. Lida (Buenos Aires, Argentina, 1941). Doctora en historia por la Universidad de Princeton. Ha sido profesora en universidades de Estados Unidos. Fue directora de la revista *Historia Mexicana*, de El Colegio de México, institución de la que es investigadora. Está adscrita al Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado numerosos artículos sobre anarquismo y movimiento obrero en España e Iberoamérica en el siglo XIX. Es autora de *Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato. Relaciones económicas, comerciantes y población, La casa de España en México e Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español* (en prensa).

Jorge Llorente-Bousquets. Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 511 (agosto de 1993) y el extraordinario sobre el *XL Aniversario de Ciudad Universitaria* (1994).

Pablo O'Higgins (Salt Lake City, Utah, Estados Unidos, 1904-Ciudad de México, 1983). Artista plástico. A los veinte años de edad llega a la Ciudad de México y colabora con Diego Rivera en la realización de los murales de la SEP y de la Universidad de Chapingo. En 1925 presenta su primera exposición en San Francisco, California. Entre 1928 y 1929 participa en las misiones culturales como maestro de arte. Fue miembro fundador de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (1933) y del Taller de Gráfica Popular (1937). En 1961 se le otorga la nacionalidad mexicana. Algunos de sus murales se encuentran en el antiguo edificio de los Talleres Gráficos de la Nación, el Banco de Comercio Exterior y el Museo Nacional de Antropología.

Nelson Papavero. Colaboró en nuestro número extraordinario sobre el *XL Aniversario de Ciudad Universitaria* (1994).

Wolf Dietrich Schnurre (Francfort del Meno, 1920-Kiel, Alemania, 1989). Fue soldado de la segunda Guerra Mundial. Trabajó como crítico de teatro y cine. Su obra consta principalmente de narraciones breves; afirmaba que éstas son "un trozo de vida arrancada" y que su fuerza radica en el insinuar. Entre otros premios recibió el Junge Generation 1958 (Berlín), el Immermann-Preis 1959 (Düsseldorf) y el Georg-Mackense-Erzählungswettbewerb 1960. Entre sus obras se cuentan *Als Vaters Bart noch rot war*, *Die Aufzeichnungen des Pudels Ali* y *Was ich für mein Leben gern tue* (prosa narrativa con ilustraciones del autor); *Das Los unserer Stadt* y *Der Schattenfotograf* (novela), así como poemas y un documental sobre Berlín. El cuento que presentamos, publicado originalmente en *Man sollte dagegen sein*, Walter-Verlag, Olten/Freiburg, 1960, fue tomado de *Die Erzählungen*, Walter-Verlag, Olten, 1966.

Francisco Serrano (Ciudad de México, 1949). Estudió ciencias políticas, filosofía y cine en la UNAM. Ha sido profesor de literatura y lenguaje cinematográfico en la UAP y en la UAM. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores; dirigió la revista *México en el arte*. Ha colaborado en la *Revista de Bellas Artes*, *Plural* y *Vuelta*, entre otras publicaciones. Es autor de los poemarios *Canciones egipcias*, *Fin de mundo*, *Poema del fino amor* y *No es sino el azar*, entre otros.

José Eduardo Serrato Córdova. Ya ha colaborado en esta revista. Véase el número 530 (marzo de 1995).

Josefina Zoraida Vázquez (Ciudad de México, 1932). Maestra en historia universal por la UNAM y doctora en historia de América por la Universidad Central de Madrid, con posdoctorado en historia de Estados Unidos por la Universidad de Harvard. Es profesora de nuestra casa de estudios desde 1959 y profesora visitante de diversas universidades de Estados Unidos, Alemania, Italia y Londres. En 1991 recibió el Premio Andrés Bello. Está adscrita al Sistema Nacional de Investigadores; es académica de número de la Academia Mexicana de la Historia. Ha escrito numerosos artículos para publicaciones internacionales especializadas. Es autora de *The United States and Mexico*, entre otros libros.

Margarita Vázquez Castillo. Colaboró en nuestro número 525-526 (octubre-noviembre de 1994).

Gisela von Wobeser (Ciudad de México, 1944). Doctora en historia por la UNAM. En nuestra casa de estudios ha impartido seminarios de maestría y doctorado y es investigadora y directora del Instituto de Investigaciones Históricas. Es miembro del Comité Mexicano de Ciencias Históricas y de la Academia de la Investigación Científica, entre otras asociaciones. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas. Es autora de *San Carlos Borromeo. Endeudamiento de la hacienda colonial 1608-1729* y *El crédito eclesiástico en la Nueva España en el siglo XVIII*, entre otros libros.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Abril 1995 ♦ Núm. 531

Ilustra Ricardo Anguía

LLAMARLA, ASÍ, LOCURA

Textos de Juan Carvajal, Francisco Hernández, Héctor Pérez-Rincón, Ricardo Tapia, Agustín Monsreal, Augusto Fernández Guardiola, Herminia Pasantes, José Eduardo San Esteban y Adolfo Castañón, entre otros



De venta en las oficinas de la propia revista
Tels. 666 3972 y 666 3624

Ediciones LUNAM

**ENTRE DOS MUNDOS: LOS MURALES DE
ROBERTO MONTENEGRO**

Julietta Ortiz Gaián

1a. edición: 1994, 220 p.

Instituto de Investigaciones Estéticas

POÉTICA Y ESTÉTICA CREACIONISTA

Vicente Huidobro

Selección y prólogo de Vicente Quirarte

1a. edición: 1994, 312 p.

Coordinación de Humanidades

ANUARIOS DEL COLEGIO NACIONAL DE MINERÍA.

1845, 1848, 1859, 1863

Estudio preliminar de Clementina Díaz y de Ovando

Presentación de José Manuel Covarrubias Solís

1a. edición facsimilar: 1994, XLVI p+ facsímiles

Coordinación de Humanidades, Facultad de Ingeniería

Informes y ventas

Dirección General de Fomento Editorial UNAM

Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México, D.F.

Tel. 622 65 83 Tel. y Fax 622 65 82

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
Dirección General de Fomento Editorial



Canal 22 *La cultura que
se transforma en imagen*



El espectáculo de la imaginación

Canal 22 **La cultura también se ve**



Salud es bienestar

Orientación a la comunidad sobre problemas de salud

Viernes 11:00 hrs.

Con la puerta abierta

Debate sobre la sexualidad contemporánea

Miércoles 21 00 hrs.

Cultura con imaginación



EL SISTEMA DE TIENDAS UNAM

lo espera en cualquiera de sus tres unidades,
de lunes a domingo de 9 a 20 hr.

ACATLÁN

Av. Alcanfores y Sn. Juan Totoltepec, Sta. Cruz, Edo. de Méx.

METRO C.U.

Circuito Exterior, frente a la Fac. de Ciencias Políticas y Sociales,
C.U.

ESTADIO

Estacionamiento 9, atrás del Estadio Olímpico, C.U.

COMPROMISO DE CALIDAD TOTAL
DE UNA EMPRESA UNIVERSITARIA

EDICIONES DEL EQUILIBRISTA



Novedades

OCTAVIO PAZ
BLANCO

Seguido de *Archivo Blanco*
Edición de Enrico Mario Santí

“Yo quise encontrar en este poema una especie de correspondencia entre lo temporal y lo espacial. La escritura está en la página y es espacio. La palabra es auditiva, se da en el tiempo: cada palabra viene detrás de otra.”

Octavio Paz

FRANCISCO HERNÁNDEZ
MONEDA DE TRES CARAS

Premio Xavier Villaurrutia 1994

Como en el caso de los heterónimos de Pessoa, la escritura poética de Francisco Hernández se desdobra en las tensiones románticas de Schumann, en la inocencia arcádica de Hölderlin y en la crispación de Trakl para ser ella misma: la del poeta que busca en los otros la voz que desde siempre le ha pertenecido, esa voz ya intransferible y única en el panorama de la poesía mexicana moderna.

